



**LA SIMPATÍA
EN LA
EDUCACIÓN**

**FIDEL
FUIDIO SM
1880-1936**

Antonio Martínez

El Autor: ANTONIO MARTÍNEZ GARCÍA SM (1889-1955)

Don Antonio Martínez fue una de las figuras más destacadas de la Compañía de María en el siglo XX. Religioso de profunda vida espiritual, modelo de religioso laico, renovador de la educación en España, gestor de centros educativos y fundador de una de las creaciones más originales de la misión marianista, Ediciones SM.

Nace en Hontomím (Burgos) el 9 de mayo de 1889. Familia de labradores, profundamente religiosa. Cinco han sentido la vocación religiosa y se han comprometido como religiosas marianistas (sus dos sobrinas), como sacerdote diocesano (su sobrino Antonio) y como religioso marianista (su sobrino Jacinto). Este y su tío Antonio eligen la forma laical de la Compañía de María. Sus años infantiles en el pueblo son para él, la vida de familia, la escuela, ayudar en los quehaceres del trabajo en el campo, y su vida de relación con la Iglesia siendo monaguillo y cantor en la parroquia.

En octubre de 1901 ingresa en el Postulantado marianista de Escoriaza. Allí está como director el alsaciano P.Eugenio Gsell, José Oberlé, prefecto de postulantes y el Consejo provincial (Francisco Delmas, Antonio Enjugier). La SM lleva poco tiempo fundada en España (1887). Hace el Noviciado en 1905 en Vitoria y profesa el día de la Anunciación, 25 de marzo de 1906. Se traslada a Escoriaza de nuevo para prepararse con sus estudios a la misión educadora, bajo la guía de don Alonso Thibinger, pedagogo excepcional y polifacético en el dominio de ciencias y letras. En 1908 ya es profesor de postulantes.

En 1911 es destinado al *Colegio católico Santa María* de San Sebastián, donde trabajará como educador con breves estancias en Cádiz y Madrid. En 1914 está destinado en la comunidad de San Sebastián y se le pone al frente de la Congregación de la Inmaculada. En 1916 es nombrado provincial de España el primer religioso español, P. Domingo Lázaro, de quien escribirá tras la muerte de este, la primera biografía («Un alma de educador».Burgos.1949). Con 33 años es nombrado director del colegio Santa María de Vitoria (1922).

En 1924 llega a Madrid, para dirigir la segunda enseñanza de colegio de Nuestra Señora del Pilar, que se ha convertido en un centro fundamental en la misión educativa de Madrid y de la España marianista. Allí se encuentran dos hombres clave de nuestra historia y van a trabajar juntos: el P.Domingo Lázaro y don Antonio Martínez. Los años de la República van ser por una parte convulsos y difíciles y por otra, testigos de la obra de una serie de educadores y directores de colegios: la *Federación de Amigos de la enseñanza* (FAE), la revista *Atenas*, y las reuniones de educadores católicos. Un hito en este momento fue el *Congreso Pedagógico* (1924). En todas estas iniciativas estaba presente y actuante don Antonio Martínez junto al P.Domingo. El 10 de agosto de 1833 es nombrado Inspector de la provincia de España por el P.Ernesto Sorret al término del Capítulo general celebrado en Reves. Poco después es nombrado secretario de la FAE, y muere el P.Domingo el año anterior al inicio de la guerra civil (1935).

Los años 40 y 50 son el gran escenario de expansión de la misión marianista tanto en España como en Latinoamérica. Don Antonio está implicado en esta expansión misionera y especialmente en la fundación de Ediciones SM, que será una de las creaciones más originales de la misión marianista. La “prehistoria” de Ediciones SM estuvo en los libros que se editaron en la primera mitad del siglo XX, bajo la coordinación de Don Antonio Martínez con sellos diversos de otras editoriales, en Burgos, Vitoria o Madrid. Sin embargo, en las guardas o tapas de estos libros, ya aparecían las siglas de la Compañía, que se convertirían en las de la editorial. En 1937 consiguió que la *Imprenta SM* tuviera personalidad jurídica. Luego ese sello (SM) ya como editorial, nació de forma humilde en los bajos del colegio Hermanos Amorós de Carabanchel, y creció definitivamente desde los edificios de General Tabanera y finalmente en Boadilla. Antonio Martínez ya no contempló las últimas transformaciones, ni mucho menos la decisión trascendental de convertirla en la Fundación Santa María (1977), pero esta aventura editorial y de diálogo entre fe y cultura, le debe mucho a él. Entregó su vida al Señor y a María, el día 14 de julio de 1955, a los 67 años.

El Prologuista: LUIS MOYA BLANCO (1904-1990)

Se eligió para prologar este libro a Luis Moya por haber sido alumno de Don Fidel Fuidio, en el colegio de Nuestra Señora del Pilar (Castelló 56, Madrid), por lo que este texto tiene un sabor muy personal y entrañable.

Luis Moya Blanco fue un arquitecto español, académico de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando desde 1953. Hijo del famoso ingeniero de caminos Luis Moya Idígoras y sobrino del arquitecto Juan Moya Idígoras, nació y vivió en Madrid. Estudió el bachillerato en el «Colegio Nuestra Señora del Pilar» de la calle Castelló y arquitectura en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid (ETSAM), obteniendo el título de arquitecto en 1927. Después en la ETSAM fue profesor, director y catedrático. Además fue catedrático de universidad de la escuela de arquitectura de Navarra, y fue maestro de algunos de los principales arquitectos españoles del siglo XX, entre los que destacan Miguel Fisac y Fernando Higueras.

Luis Moya trabajó como docente, investigador, catedrático de Universidad, y como profesional arquitecto. Es autor de numerosas obras construidas en Madrid y muchas otras ciudades españolas, tanto de edificios como de planes urbanos y nuevos diseños de áreas urbanas. Fruto de sus investigaciones son muchas de sus publicaciones y escritos. Fue un arquitecto dedicado a sus obras y proyectos de arquitectura, como demuestra el hecho de que fuera a vivir durante meses junto a la obra de la Universidad laboral de Gijón cuando se construían los edificios de los laboratorios y la cubierta abovedada de la iglesia.

Se distinguió por su maestría en el uso del ladrillo y por sus arriesgadas cubiertas en las que mostró un variado repertorio formal y un interesante tratamiento del espacio, muchas veces basado en las posibilidades de la bóveda tabicada técnica sobre la que escribió varios tratados. Autor de múltiples edificios, su Universidad Laboral de Gijón fue una de las principales obras realizadas en España durante la segunda mitad del siglo XX.

Sus proyectos denominados "sueños arquitectónicos" y su participación en algunos de los principales movimientos del arte contemporáneo europeo, entre los que destaca el del grupo surrealista, le convirtieron en referencia obligada para varias generaciones de arquitectos.

Siendo uno de los arquitectos de mayor cultura de su época, su resistencia a aceptar el estilo internacional, mostrando su disconformidad con la desconexión con la historia de la arquitectura llevado a cabo por el movimiento moderno, hizo que su arquitectura fuera al principio incomprendida, confundiendo algunos autores interesados su posición con posturas políticas inexistentes en su pensamiento.

Acabó siendo después una de las figuras más valoradas de la arquitectura española del siglo XX. También puede ser considerado, junto con Javier Sáenz de Oiza (1918-2000), como una de las pocas referencias existentes del surrealismo en la arquitectura.

Algunas de sus obras en el mundo marianista:

- El Colegio mayor universitario Chaminade, en la Ciudad Universitaria de Madrid.
- La iglesia del Colegio-Parroquia Santa María del Pilar (Marianistas) de Madrid, en la que adoptó el paraboloides hiperbólico como generador de la cubierta y del espacio interior idóneo para la elevación espiritual.
- Los nuevos pabellones de clases en los colegios de Nuestra Señora del Pilar, de Madrid, y de Nuestra Señora del Prado, en Ciudad Real.
- La iglesia de la parroquia de María Madre de la Iglesia, de Carabanchel Alto.

De licencia Superiorum

Imprimi potest:

P. Francisco Armentia, S.M.

Provincial

Nihil obstat:

Dr. Andrés Ortega, Canónigo

Censor

Burgos, 12 de Enero de 1954

IMPRÍMASE:

Luciano, Arzobispo de Burgos

Por mandato de su Excía Rvdma. el Arzobispo mi Señor,

Dr. Mariano Barriocanal

Canciller - Secretario

PRÓLOGO

No puedo recordar cómo era D. Fidel sin barba, pero sí recuerdo, y espero no olvidar nunca, cómo D. Fidel nos presentó a su barba al principio de un curso, que creo fue el de 1916-1917. Su clase era la de primera hora y, allí llegábamos, después de las vacaciones, los futuros alumnos de Historia Universal. Como primer día del curso, llegábamos distanciados, de uno en uno, después de recibir el saludo de D. Luis Heintz en la escalera. La puerta de la clase estaba próxima al encerado; enfrente, el pupitre del profesor, con una ventana detrás. En el contraluz se veía a D. Fidel sentado en actitud de pensador, con la cabeza apoyada en la mano y el codo en la mesa. De su cara sólo se veía de la nariz hacia arriba. Cada nuevo alumno que entraba percibía un extraño silencio en la clase, como de expectación, a pesar de que ya había muchos compañeros más madrugadores. Una vez dentro el recién llegado, D. Fidel deshacía su hierática postura y se levantaba para saludar con su cortesía y gracia habituales. Pero el saludo cortés no encontraba contestación, sino una expresión de pasmo o de espanto, que duraba hasta que la voz de D. Fidel nos daba la tranquilidad primero y la risa después, acompañada por el jolgorio y la alegría de los llegados antes.

Gracias a la barba, consiguió D. Figuel, aquella vez, un principio de curso alegre, cosa difícil normalmente después de las vacaciones. Pero otras infinitas veces conseguía la alegría con otros sistemas, pues su inventiva no tenía límites cuando se trataba de dar a sus alumnos lo que más les convenía en cada momento. Y realmente, nada hacía más en un primer día de curso que el entusiasmo y el buen humor. También hacen falta en los demás días del curso y de la vida, y de cómo D. Fidel los infundía trata este libro, cuyo prólogo estoy haciendo sin más méritos que el de ser antiguo alumno de este santo religioso, y haberle querido y admirado siempre.

Que D. Fidel fue un maravilloso niño grande, es idea común de todos, como se podrá leer en las páginas que siguen. Podría también decirse que más que un niño fue una sociedad de niños entusiastas, que solicitaban y atraían a cualquier niño con cualquier clase de aficiones sanas, porque lo mismo el deporte y la gimnasia, que el canto, la música, la pintura y las otras artes, o que la historia

y la literatura, y hasta cosas tan raras para un niño congo el latín y le pre-historia, encontraban una parte del espíritu de D. Fidel que las comunicaba con todo el entusiasmo y la alegría que pudiera requerir el más melancólico para su curación. Por eso fue un enorme despertador de vocaciones. Aquel curso del estreno de la barba llegó, a poco tiempo, a la Historia de Grecia. En pocas palabras nos hizo ver tan claro lo que era el Partenón y la arquitectura griega en general, y toda la esencia de este gran arte, que cambié mis aficiones de ingeniero por las de arquitecto y siempre he sido fiel a esta vocación, a esta llamada que fueron las palabras entusiastas y verdaderas de D. Fidel. Pero si hubiera sido sordo a ellas, poco después habría podido sentir otras vocaciones al oírle hablar de Cicerón, de la oratoria y del derecho, o de la política y de la administración romanas, o de cualquiera de los nobles temas que se suceden en la Historia Universal.

Este libro debe ser leído con gran detenimiento, porque tú como lo ha compuesto D. Antonio Martínez, también maestro ilustre de tantos muchachos, no se limita a la sola vida del santo y alegre religioso, y glorioso mártir de nuestra Religión, que fue D. Fidel, sino que, como buen historiador moderno, nos da el medio en que se desarrolló la vida de la Compañía de María en España y, con ella, una parte vivísima de la historia de la enseñanza y sus métodos modernos que constituyen de por sí, como un tratado de pedagogía. Porque la vida de D. Fidel está mezclada con tantas cosas, que no puede comprenderse sin conocer éstas.

El libro es muy completo, asombroso por lo exhaustivo y detallado. Algo debe haber intervenido el famoso cuadernito de D. Pedro Ruiz de Azúa.

Respecto del interés pedagógico de este minucioso detalle con que D. Antonio Martínez analiza la enseñanza que practicaba Don Fidel, basta mencionar, como muestra, que en el libro se describen las visitas a monumentos de Madrid, como complemento del estudio de la historia, mediante las cuales D. Fidel nos enseñaba, por ejemplo, el orden dórico griego en la portada de la Real Academia de la Lengua, el dórico romano en la portada principal del Museo del Prado, el jónico y el corintio en las laterales del mismo Museo, y así sucesivamente. Este método tengo yo que imitar hoy, treinta y cuatro años después, y no para alumnos de Bachillerato, sino dentro de la Escuela Superior de Arquitectura, pues este invento de D. Fidel

es de una eficacia enorme. El estudioso de la Pedagogía encontrará muchas sugerencias importantes en esta obra.

Pero la más importante será siempre la propia vida de D. Fidel, con esa santa mezcla de entusiasmo y humildad que le llevaba a intentar, y a hacer, todo. Entusiasmo al hacerla, porque un hombre de verdad no puede hacer una cosa sin entusiasmo. Sólo las máquinas, los autómatas, o los farsantes, hacen las cosas con despego, fríamente. Humildad, al ver muchas veces los medianos resultados y las bromas correspondientes de los espectadores, a las que él acababa uniéndose con la mejor gana, si quedaba convencido de que la broma era justa; convencimiento fácil dada su sencilla humildad y su claridad de juicio.

Con la continuada práctica de estos verdaderos ejercicios de entusiasmo, humildad, sencillez y alegría, se hacía de nuevo, cada hora de cada día, como un niño de aquellos a los que Nuestro Señor prometió el Reino de los Cielos.

L. MOYA

INTRODUCCIÓN

En una encuesta, llevada a cabo entre alumnos de segunda enseñanza, propúseme inquirir qué cualidades estimaban ellos que debían reunir sus educadores. Con sorprendente unanimidad, muchachos y chicas apuntaron y destacaron con singular empeño e interés, la simpatía, entre las condiciones morales.

Bien sabido es que desde los primeros días del curso los discípulos, en un centro cualquiera, catalogan a sus maestros en dos grupos: simpáticos y antipáticos. ¿Qué sentido dan a estos vocablos y en qué se apoyan para tildarlos de una o de otra forma?

En general, al hablar de la simpatía, aluden, bien sea al carácter expansivo, abierto, alegre del educador; bien, a la condescendencia y bondad de su trato; pero, más a menudo, quieren expresar la sintonización de aficiones, gustos y sentimientos que se produce entre el adulto y el niño, cuando aquél, olvidándose de sí mismo, desciende y se complace en compartir con los pequeños alegrías y penas, esperanzas y temores, entusiasmos, ilusiones y ensueños. Y son particularmente los muchachitos de 10 a 13 años quienes, con mayor insistencia, piden a sus maestros jovialidad, buen humor, cara amable y sonriente dentro y fuera de clase.

Anotemos sus propias expresiones: "que los profesores sean alegres" - "que tengan alguna salida graciosa" - "posean permanente buen humor" - "se muestren joviales, amables, cariñosos" - "hagan amena la clase" - "aparezcan siempre comunicativos".

Bien conocía la índole de los chicos D. Andrés Manjón cuando quería para sus Escuelas del Ave María tan sólo maestros "santamente alegres".

Los alumnos mayorcitos del Bachillerato, en cambio, hacen hincapié en la bondad de trato, en el espíritu comprensivo y acogedor de sus profesores para que se den cuenta de los peculiares estados de alma por que atraviesan en estos momentos de su vida. "El profesor, dicen, deberá congeniar con sus alumnos" - "compartir sus juegos y aficiones" - "hacer grata y alegre la vida a las personas que con él conviven" - "tenga buen genio y reprenda con amabilidad" - "inspire amor y confianza a sus alumnos", etc.

Nadie duda que tratándose de niños y de adolescentes la alegría debe impregnarlo todo; "porque ella es un homenaje a Dios, un ejercicio de exquisita caridad para con el prójimo, para el propio sujeto calor fecundante de todo lo bueno y atmósfera natural de todo lo grande"¹.

D. Pedro Poveda, el santo mártir de la Cruzada y venerado Fundador de la Institución Teresiana, en su librito Consejos a las profesoras, hablando de la alegría colegial se expresa en estos términos: "Hace breve el tiempo, llevaderos los estudios y la disciplina, fácil la vida y amables las personas, simpática y atractiva la virtud; en suma, convierte en cielo la tierra. Se puede ser alegre en la oración, en el estudio, en la clase y en todas partes. ¿Por qué no?"

"El alumno necesita de la alegría moderada y es el maestro el más llamado a dejarla brotar como puede comprimirla dentro y fuera de clase. Saber sonreír, hacer sonriente, no disipada, la vida del escolar es un talento; las penas y trabajos parecen entonces menos pesados.

"El buen humor da brios y dobla las energías; gracias a él se sienten menos las fatigas y se soportan mejor las contrariedades; gracias a él la mente se pone más lúcida, el pensamiento más claro, el alma más serena; lo que se hace con buen humor se ejecuta mejor y con más probabilidades de éxito"².

Mucho antes el genial creador de las Escuelas del Ave María había hecho el más cumplido elogio de la alegría al recomendar a sus maestros: "No estéis tristes, que la tristeza es mala para hospedada y mala para comunicada, es mala educadora y pésima maestra. Maestro triste no es buen maestro, pudiera ser un buen sepulturero, y enseñanza sin alegría es aburrimento; escuela sin juego no es escuela, sino especie de calabozo o cementerio"³.

La simpatía es aquella forma del afecto que mejor realiza la penetración de las almas a la manera como entendía la educación Marco Aurelio, el emperador filósofo, cuando reducía su concepto

¹ CONSUELO S. BUCHÓN, El régimen de internado, "Boletín de la I. T.", marzo 1952.

² COURTOIS, ¿Sabemos educar?, pág. 113

³ MANJÓN. El maestro mirando hacia adentro, pág. 518.

sobre la misma a esto: "Adentrarse en las almas de los demás y dejarse penetrar por ellas."

El poder de la simpatía es inmenso. Todos hemos experimentado el efecto estimulante que ejerce sobre nosotros el trato de algunas personas, así como la sensación de molestia y de hastío que nos causa la convivencia con otras. La conversación de estas últimas nos deja invariablemente desanimados, alicaídos; la de aquéllas, por el contrario, nos impulsa a seguir adelante, despierta en nuestro ánimo el espíritu de lucha, el deseo de victoria, una sensación de gozo, y, lo que es mejor aún, de sentirnos satisfechos de nosotros mismos y de nuestra manera de actuar en la vida. Lo cual no significa que tales personas nos prodiguen elogios falsos, nos halaguen sin motivo ni fundamento, sino que son de esos sujetos que creen firmemente en la bondad de las cosas de la vida, y que nos comunican aun sin pretenderlo, su propia fe en lo que existe de bueno y en la habilidad personal para hacer frente a las dificultades. Tales hombres parecen decirnos, con su palabra y con su admiración, que esperan de nosotros el allanamiento de todos los obstáculos, la victoria sobre cuantos enemigos puedan salirnos al paso.

La alegría, la jovialidad son hermosas cualidades que siempre arrastrarán a los discípulos hacia sus maestros. Educador que diga después de una triste confidencia: "Esto no tiene remedio, lo siento por usted", se quedará solo. Quien, por el contrario, anime en tono sencillo: "No dé importancia al asunto... Ya verá cómo todo se arregla", será buscado y consultado con afán.

Lo que el rigor, la autoridad encaramada no consigue, alcánzalo el cariño, la palabra amable, el estímulo, el aliento. Y es que hay fibras en todo ser que sólo vibran cuando se las coge con los medios adecuados.

Extraordinario es el poder de atracción y de sugestión de una personalidad por razón de su simpatía. Contribuyen a dársela los buenos modales, una fácil y elocuente dicción, la amena conversación, cierta agudeza de ingenio junto con otras condiciones físicas e intelectuales. Pero antes que eso y, más que todo eso, conquista las almas el saber hacerse niño con los niños, compartiendo sus juegos y aficiones, convirtiéndose en su amigo y confidente, y no olvidando nunca que "el niño tiene buena voluntad, pero es débil; gusta del orden, pero se complace en el desorden;

siente la necesidad del trabajo, pero ansía el juego porque su cuerpo y su imaginación se lo piden imperiosamente”.

La simpatía es inseparable del optimismo, como el pesimismo conduce por sí solo a la antipatía. Se ha definido el optimismo como una propensión a ver y juzgar las cosas por su aspecto mejor y más favorable. Sirva de ejemplo este sucedido: Un sacerdote educador acababa de recibir en plena espalda un jarro de agua fría que había derramado una mujer por torpeza al regar las flores de su balcón. “¡Qué feliz soy!”, exclamó ingenuamente el sacerdote. “¿Cómo feliz?”, le dijeron los testigos del suceso. “Indudablemente, bien pudiera haber sido escaldado con un puchero de agua hirviendo arrojado desde un sexto piso.”

El optimista lleva en el corazón el triunfo y en la cara la sonrisa. ¡Educadores, se nos dice, en medio de vuestros desabrimientos, sabed sonreír! Y sabe sonreír quien no tiene alma depauperada por la hipocresía, por el odio, por el resentimiento.

Optimismo es fe en Dios que permite todas las cosas para nuestro mayor bien y provecho.

Optimismo es fe en sí mismo, confianza en sus, energías físicas, en sus recursos de talento, de voluntad, de carácter, de decisión y de iniciativa. Es fe en la vida, mirando preferentemente los lados gratos, los aspectos lisonjeros que tiene, las dulzuras y satisfacciones que proporciona, los consuelos, las alegrías que también se dan. Es fe en los demás partiendo de que son buenos, leales, honrados, sinceros, generosos, condescendientes; paliando sus defectos, sus caídas, sus desaciertos porque en todo eso hay más ignorancia que malicia, más flaqueza que perversidad.

¿Cuáles son las raíces del optimismo? En primer lugar el temperamento y la constitución orgánica del individuo. Una salud robusta, sustentada en digestiones fáciles, proporciona al ánimo contento, euforia y confianza. Las quiebras de salud, más o menos crónicas, deprimen al más optimista convirtiéndole en cobarde y desabrido.

En segundo lugar la experiencia de la vida. Quien se ha visto rodeado de comodidades, ha sido halagado por el éxito, favorecido por la fortuna en los negocios, posee un corazón dilatado y se halla dispuesto en todo momento a lanzarse a nuevas empresas. Por fuerza ese hombre es optimista. En cambio aquel cuyo camino se ha visto frecuentemente atravesado por la adversidad, los dolores

físicos o morales, los repetidos fracasos, se siente encogido, acobardado, desconfiado, pesimista.

La tercera raíz puede hallarse en la convicción religiosa. Forzosamente ha de sentirse optimista y conducirse como tal quien cree en Dios y en su Providencia divina, en la acción de la gracia, en la ayuda y protección de lo alto. Merced a esa fe saca de los males bienes, de las derrotas victorias, de las enfermedades salud para el alma. No se conoce ningún santo pesimista, como no se dan santos tristes. Todos los grandes educadores poseyeron, aun en los momentos más tenebrosos por que pudieron atravesar, en su vida, un optimismo confortador. San Juan Bosco se servía de sus prendas naturales de buen deportista y atleta, para divertir a sus niños, y conociendo la necesidad que tienen de la alegría, creó para ellos los oratorios festivos. San José de Calasanz, de genio y carácter más bien austero y serio, en medio de las tremendas ingratitudes y persecuciones que padeció, conservó una fe ciega en la perennidad de sus escuelas pías. Don Andrés Manjón, catedrático severo y entonado en las aulas universitarias, se transformaba en presencia de los gitanillos del Albaicín en un hombre decididor, humorista y ocurrente, complaciéndose en oír las trompetas y tambores de sus batallones infantiles.

El optimista ve lo blanco, lo negro, lo verde y lo colorado de las cosas, de las personas, de los acontecimientos, pero no habla de todo, se calla lo triste porque conoce los daños que causan los malos augures. Acentúa, en cambio, la nota alegre. De quien quiera que se trate siempre tendrá para él unas palabras de aliento. El optimista sonrío cuando le hablan de dificultades y de imposibles, su norma inmutable se concreta en esta sentencia: "Todo es posible."

Al dirigirse a sus sacerdotes el Sr. Obispo de Solsona en una pastoral del mes de febrero de 1950, les decía: "El pesimismo corta las alas, marchita las ilusiones, engendra la apatía, y al fin y a la postre, es causa y raíz de la pereza. El optimismo es un acicate y un estímulo para el trabajo." Palabras son éstas que bien pueden hacer suyas todos los educadores.

Para que la simpatía y el optimismo afloren en el educador es menester que en él exista lo que un autor llama, muy atinadamente, "juventud de alma". El tiempo pasa inexorablemente o, más exactamente, somos nosotros los que pasamos. Si en el plano de lo físico nos es imposible "reparar de los años el irreparable ultraje", al contrario, depende de nosotros salvaguardar y extender nuestra

juventud de alma. Pero ¿qué supone ésta? Entre otras cosas la facultad de extrañarse, que está en los orígenes de la ciencia y de la filosofía; la de poder admirar, que es la fuente de la poesía y de las artes; el gusto de la acción, que es el resorte del progreso y de todo desarrollo; la necesidad de contactos afectuosos, de amar y de ser amado, de reverenciar y de orar, que es la raíz profunda de la sociabilidad, de la religión y de la moral. Si la infancia es tan amable en su debilidad, si la juventud es entusiasmada en su fuga, es porque ella se extraña, admira, hace y ama.

“La pedagogía de nuestros días está abocada a la despoetización. La “terrible jornada”, siguiendo la expresión de Pio XI a los educadores, engendra la monotonía y la fatiga y a veces el hastío; la enfermedad, ciertos fracasos, desacuerdo con los parientes o los colegas, pueden frenar la actividad, menguar el entusiasmo, enfriar el fervor del alma. Pero el maestro celoso renoverá con ardor su mismo trabajo en contacto con el ideal. Como los niños, los adolescentes son siempre nuevos, como la vida cambia -y en qué medida hoy día-, el maestro encontrará, bajo la aparente uniformidad, una diversidad real y adoptará un renuevo siempre necesario. El verdadero maestro es aquel que adquiere con los años más sabiduría y experiencia, más comprensión y más mesura, más bondad sonriente y esa gravedad dulce, pero no menos amor y admiración. Y entonces podrá decir todos los días como el sacerdote al comenzar la santa Misa: “Subiré al altar del Señor, del Dios que alegra mi juventud.” El espíritu no tiene edad y un gran ideal es el solo elixir de vida y la verdadera fuente de rejuvenecimiento. Quienes tienen el honor de educar a la juventud deben conservar y ampliar su juventud de alma”⁴.

¿Qué razones abonan y hasta hacen indispensable esta juventud de alma y este optimismo en el educador?

I. El ambiente en que tiene que vivir, desenvolverse y trabajar, a saber: la escuela, el colegio, cuyos patios, aulas, pasillos, jardines, las paredes mismas de los edificios, deben sonreír a los alumnos. Y si las cosas y objetos han de ofrecer ese marco de luz, de color, de atracción, ¿sería tolerable que vinieran a oscurecerle las personas con cara estirada, ceño fruncido, aire de cabo de varas?

⁴ Nouvelle Revue de Pédagogie, janvier 1951.

II. El sujeto de la educación que es el niño, el adolescente, el joven, seres todos que se abren ansiosamente a la vida que les sonríe. Quien dijo que al niño hay que educarle "in himnis et cánticis" no hacía más que recalcar una verdad inconcusa. "Los educandos, pequeños, medianos o mayorcitos, no deben encontrar nunca en quienes les forman para la vida "caras contraídas, que contrastan con sus maneras expansivas, ni cierta rigidez opuesta a su exuberancia, o una frialdad que caiga como ducha arrojada sobre los hervores de su sentimentalidad"⁵.

III. La misión a realizar. Para educar se precisa conocer, auscultar y despertar virtualidades, energías vitales que afloran y pugnan por salir en los educandos. Pero eso lo logra tan sólo quien posee gran fe en la vida del propio niño, como la tiene el labrador en la semilla que deposita en tierra. Fe en los recursos que esconde el alma, fe en la armonía preestablecida por Dios entre los impulsos de la vida, las aspiraciones y las aptitudes del niño por una parte y las diversas funciones que ha de cumplir en lo físico, lo intelectual y moral; fe también, ¿cómo no?, en la acción de la gracia y del Espíritu Santo, en las palabras de Cristo: "Dejad que los niños se acerquen a mí y no se lo impidáis, porque de ellos es el reino de los cielos."

La presente biografía se ha escrito con el deliberado propósito de ofrecer a los educadores el ejemplo vivo de un religioso, consagrado desde muy joven a la misión docente y apostólica, que supo llevar a toda su actuación pedagógica el buen humor, la sana alegría, aquel mesurado pero constante optimismo que es indispensable, para hacer a los alumnos grata la vida colegial y gustosas las materias de estudio.

Dotado de un temperamento jovial y expansivo al par que dinámico, nuestro biografiado hizo lema de su vida al "servite Dómino in laetitia" de la Sagrada Escritura. Irradió el bien moral de la alegría entre cuantas personas trató, chicos y grandes, maestros y discípulos, religiosos y seculares. Su condición bondadosa y simpática, hizo que todos buscaran su trato, se sintieran felices y contentos a su lado, se gozasen en su compañía. De ingenio ocurrente y con verdadera "chispa" acertaba a poner sal en las conversaciones contribuyendo a desarrugar frentes y alejar penas.

⁵ KIEFFER, La autoridad en la familia y en la escuela, pág. 86.

Cierta ingenuidad natural junto con algo de vanidad pueril enteramente inofensiva, contrastaba con su físico de hombre bien barhado y respetable. Tuvo el raro don de sentirse satisfecho y hasta entusiasmado con las asignaturas que explicaba, con los alumnos que caían en suerte cada curso, con los trabajos de todo género que voluntaria u obligadamente debía realizar.

La labor profesional y sus personales aficiones le llevaron a especializarse en las materias históricas que explicó con ardorosa fe de apóstol, comunicando a los alumnos su entusiasmo desbordante por ellas. Los prolijos trabajos de búsqueda e investigación a que tuvo que entregarse para escribir su tesis doctoral convirtieronle en verdadero "chiflado" de la Prehistoria; ¡santa chifladura!, con la que contagió a no pocos de sus educandos y a algunas personas graves y muy sesudas.

Hombre bueno y sin hiel, servicial y abnegado como pocos, acertó a sacar el mayor partido posible de los talentos que recibiera del Cielo, sin más que aprovechar diligentemente las horas y los días que le dejaban libres sus deberes como profesor de segunda enseñanza.

Dios y María Santísima a quienes sirvió tan fielmente durante su corta carrera de religioso educador, prepararon las cosas de modo a que coronara su excelsa misión pedagógica con la palma del martirio y diera, a cuantos alumnos pasaron por sus aulas, la última y más elocuente de sus lecciones: rubricar con su sangre los ideales de Religión y Patria, que tantas veces les había predicado.

CAPÍTULO I

LOS MARIANISTAS EN LA CAPITAL ALAVESA

Fue un atardecer del 11 de abril de 1889. Procedentes de San Sebastián descendieron en la estación de Vitoria dos pasajeros, Su indumentaria, su alta talla y el color rubio de su cabello denunciaban a las claras su condición de extranjeros. Vestía el uno traje talar con teja de anchas alas; levita y sombrero de copa el otro. Antonio Lorber llamábase el primero y Clemente Gabel era el nombre de su compañero. Ambos nacieron en la bella y católica Alsacia y residían en San Sebastián desde hacia algunos meses, formando parte de la primera Comunidad marianista en España.

¿Qué objeto les llevaba a la capital de Alava? Simplemente el de explorar el terreno y estudiar las posibilidades de abrir en ella una casa de Formación. Tal era el encargo que habían recibido de sus Superiores.

Diéronse con afán a la búsqueda de un local apropiado acabando por aceptar aquel que les pareció más adecuado y aprovechable. Semanas más tarde acudieron a ocupar el inmueble los postulantes españoles repatriados de Francia, y en el mes de septiembre poníase al frente de la nueva obra el R. P. Vicente Olier. Este santo varón abandonó Holanda, donde la santa Obediencia le tenía ocupado, y vino a nuestra nación en la que desarrolló su labor apostólica hasta que entregó su bella alma a Dios en 1916.

El edificio alquilado, emplazado en el Campillo, en la parte alta de la vieja Gazteiz, era un vetusto edificio que por algún tiempo había servido de palacio episcopal.

En febrero de 1890 el grupo de españoles se vió engrosado con otro de postulantes franceses, en su mayoría alsacianos, procedentes de Bourogne (Francia). Como acontece en todas las fundaciones, los comienzos en Vitoria fueron bendecidos por Dios con singulares privaciones y estrecheces múltiples. Los religiosos y los probandos sobrelleváronlos con fe y amor, haciendo de tales sacrificios e incomodidades una fuente de la más pura alegría y de méritos para el cielo. El espíritu de familia resplandecía entre los formandos, entre éstos y sus profesores extranjeros que afanosamente se iniciaban en el estudio del español.

Por aquellos años era Vitoria una modesta capital provinciana, tranquila, patriarcal, aseada y limpia, ornada con bellos parques, jardines y algún paseo más frecuentarlo. Sus 28.000 habitantes vivían del pequeño comercio y de alguna incipiente industria artesana.

La gran industria no hará su aparición en ella sino 30 años más tarde. Poseía cuatro espaciosas iglesias parroquiales, una de las cuales hacía de improvisada catedral desde que se creó en 1862 la diócesis vascongada. Dos antiguos conventos, Santo Domingo y San Francisco, yacían medio en ruinas desde la desamortización. Algún claustro de monjas, el seminario, el palacio de la Diputación foral, el Instituto, la Normal era todo lo que de más saliente ofrecía por entonces la ciudad del Zadorra. En el campo de la docencia, fuera de los establecimientos oficiales, no tenía Vitoria centros privados de importancia, ni en la enseñanza primaria ni en el Bachillerato. Existía alguna incipiente Academia que preparaba un corto número de muchachos de familias pudientes para los exámenes de fin de curso.

La estancia de los marianistas en el viejo palacio del Campillo duró escasamente un año. Se abandonó para ir a ocupar dos casas y una extensa finca, emplazadas en las afueras de la ciudad, en el lado Suroeste. Uno de los edificios tenía acceso por la calle de la Magdalena; el otro, colocado en el extremo opuesto de la propiedad, daba a la calle de Castilla, quedando entre ambas construcciones un espacioso terreno de forma rectangular de unos 300 metros de largo y una anchura que variaba de los 50 metros en un extremo a los 100 en el opuesto.

El 5 de mayo de 1890 se abrió un externado en la calle de la Magdalena con cinco alumnos, y en octubre del mismo año se empezó el curso con dos clases primarias y el primer año del Bachillerato. Los trece alumnos inscritos y presentados por primera vez a los exámenes de junio obtuvieron en el Instituto muy brillantes calificaciones.

En el edificio de la calle Castilla, llamado pabellón de San José, se albergaban los postulantes y una parte de la comunidad. El 9 de julio de 1891 tuvo lugar la bendición y colocación de la primera piedra del futuro Colegio de Santa María, emplazado casi en medio de la finca. La ceremonia se celebró en la mayor intimidad, a las 7,30 de la tarde, coincidiendo con la fecha aniversario de la compra de los terrenos y el mismo día que la santa Madre Iglesia conmemora la fiesta de la Medalla Milagrosa.

En sus partes esenciales, la recia construcción de cantería y piedra labrada, quedó terminada en menos de un año, pues se pudo ocupar en el mes de junio de 1892 y darse en ella las clases a partir de octubre. Consta de un solo cuerpo de cuatro plantas y un semisótano, aulas admirablemente orientadas y capaces para recoger unos 300 alumnos, dormitorios para 70 internos y espaciosos patios de recreo abrigados del frío viento del Norte por el mismo edificio. En 1949 quedó notablemente agrandado el Colegio con otro cuerpo de edificio, donde está la amplia capilla, el salón de actos, los comedores y cocinas juntamente con los dormitorios para recoger un total de 250 internos.

Al levantarse el Colegio fue posible dar a los Postulantes un domicilio independiente y lugar más holgado en el pabellón de San José. Al frente de todas estas obras continuó el P. Vicente Olier, ayudado de modo eficiente en sus funciones por D. Clemente Gabel, quien asumía la dirección inmediata del Colegio, la recepción de los alumnos y el trato con las familias de los mismos.

Cierto día del mes de septiembre de 1892 llamaron a la puerta del modesto edificio de la calle Castilla D. Inocente Fuidio y doña Micaela Rodríguez, acompañados de su pequeño hijo Fidel. Introducidos que fueron en la estrecha y pobre sala de visitas por el amable portero, expusieron el deseo de entrevistarse con el Superior de la casa. Bajó a poco el P. Vicente Olier presentándose a ellos con su proverbial modestia y sencillez. Tras el obligado saludo el Sr. Inocente expuso lisa y llanamente que el objeto de la visita no era otro que el solicitar una plaza en aquella santa casa para su hijo, allí presente. Doña Micaela se apresuró a hacer el elogio del muchacho, ensalzando su natural despierto, su afición a los libros, el gusto por las funciones de iglesia juntamente con el reiterado deseo que había expresado de ingresar en una Congregación religiosa. No ocultó tampoco la buena mujer los defectillos que pudiera tener su hijo. Nos figuramos al bueno del Padre Olier, mientras escuchaba complacido el relato de la señora Micaela, levantando y bajando sus arqueadas y bien pobladas cejas, acariciando la punta de la nariz con su mano derecha, tendiendo alternativamente su mirada del padre a la madre, de ambos al rapaz que le presentaban.

Anotó en una cedula los informes que parecieron interesarle por el momento, y después de asegurarles que el muchacho quedaba inscrito en la lista de los aspirantes para el curso nuevo, los despidió con su habitual amabilidad, advirtiéndoles que la

admisión se les comunicaría más adelante y en el momento oportuno.

CAPÍTULO II

NACIMIENTO Y PRIMERA EDUCACIÓN DE FIDEL

Existe en el centro norte de la Península una comarca que posee singulares notas diferenciales y un sello peculiar e inconfundible. Conócesela desde los remotos tiempos de la alta Edad Media, con el nombre de la Rioja. Orográficamente forma una depresión entre los montes Obarenes al Oeste, las sierras de Toloño y Cantabria al Norte, los de la Demanda, Urbión y Cebollera al Sur, quedando abierta hacia las tierras aragonesas por el Este.

Recórrela de parte a parte el río Ebro, al que vierten sus aguas el Tirón, el Oja que dio nombre a la comarca entera, el Najerilla, Tregua, Leza y Cidacos, afluentes todos de escaso caudal y situados en la margen derecha.

Desde 1833, en que se hizo la división de España en provincias, la Rioja se halla repartida entre Logroño y Alava, quedando pequeñas porciones agregadas a Burgos, Soria y Navarra. Denominase Rioja alta o alavesa la parte situada a la izquierda del Ebro y baja o logroñesa a la del lado derecho del mismo río.

Goza esta región de un clima extremado y seco, hállese expuesta a lluvias torrenciales y a fuertes tormentas estivales que con alguna frecuencia comprometen las cosechas. En sus fértiles valles se dan sabrosas frutas, cultíyanse hortalizas de todas clases, viñedos, cereales, olivos, etc., todo lo cual constituye la principal riqueza del país. La plaga de la filoxera, sobrevenida en los campos al final del siglo pasado, asoló los ricos viñedos y sumió a los labradores riojanos en la miseria, determinando una fuerte corriente emigratoria hacia las capitales y más principalmente a la zona minera e industrial de Vizcaya. Poco a poco y con la replantación de la llamada vid americana se han rehecho los viñedos y vuelto a cobrar su fama las bodegas riojanas.

Casi en el centro de la Rioja alavesa yérguese sobre una colina el humilde pueblo de Yécora, que hasta 1669 fue una aldea dependiente de Laguardia y hoy es un municipio con 130 vecinos y unos 600 habitantes. En medio del caserío se levanta la iglesia parroquial consagrada al santo Precursor. La mejor capilla de este templo fue costeadada por el Excmo. Sr. D. Miguel de Ayala, hijo de Yécora, Obispo que fue de Calahorra. En ella yacen los restos

mortales de dicho Prelado desde su fallecimiento en la ciudad de Logroño. De las seis ermitas que se veneraban hasta principios del siglo pasado sólo permanece en pie la de Bercejano, situada a un kilómetro en el lado sur de la villa.

El término municipal de Vécora confina con La Población (Navarra) al Norte, con Barriobusto al Este, con el Ebro al Sur y con El Villar al Oeste. Por sus campos quebrados y secos cruza el pequeño río Oyón y la carretera de Logroño.

Tal es el apacible rincón de la Rioja en que vino al inundo el niño Fidel Fuidio Rodríguez, una mañana del 24 de abril de 1880. Recibió las aguas bautismales ese mismo día y le fue dado como Patrono a San Fidel de Sigmaringa, cuya fiesta conmemora la Iglesia en dicha fecha. Sus padres, Inocente y Dlicaela, eran naturales de Vécora y vivían entregados al cultivo de sus predios.

Ignórase por qué causas el 30 de septiembre del mismo año de 1880 el matrimonio Fuidio abandonó la Rioja y fue a establecerse a Vitoria con el niño de cuatro meses y dos hijas poco mayores. Residieron primeramente en el portal de Villarreal cerca del edificio de las Hermanitas de los pobres y abrieron un pequeño comercio que más adelante trasladaron a la calle Pintorería núm. 32.

Aunque transplantado de la Rioja a la capital de la provincia en tan tierna edad, Fidel volvió con alguna frecuencia a Vécora, de pequeño y también de adulto, para visitar a sus parientes, guardando a su pueblo natal un acendrado cariño. Con noble orgullo, en toda ocasión y momento, proclamaba su condición de riojano. Refiérese a este respecto, que ejerciendo las funciones de Profesor del Colegio de Nuestra Señora del Pilar de Madrid y formando parte del tribunal de exámenes en el Instituto del Cardenal Cisneros, un compañero del tribunal, D. Avelino Sánchez, que se las echaba de buen fisionomista discriminador de tipos raciales, dijo a D. Fidel: "Usted es valenciano o andaluz." - "El color moreno cetrino de mi cara -repuso el aludido- le ha inducido a error, D. Avelino, soy alavés y riojano de pura cepa."

Carecemos, por desgracia, de aquellos datos que nos serían precisos para trazar certeramente la fisonomía moral y religiosa del matrimonio Inocente Fuidio y Micaela Rodríguez; mas fundados en las palabras del Divino Maestro "por sus frutos los conoceréis", bien podemos colegir que ambos esposos eran trabajadores, diligentes y honrados, vecinos bien avenidos, padres solícitos de la buena

crianza y educación cristiana de sus hijos. Más aún, para que en aquel hogar brotaran y llegaran a sazón dos vocaciones religiosas con las que el Señor le bendijo, será menester admitir que marido y mujer no sólo se comportaban como temerosos hijos de Dios y fieles observantes de los preceptos divinos, sino que, además, con su fe sencilla, pero viva, su piedad encendida y su acrisolada virtud convirtieron su casa en un verdadero santuario, donde los hijos aprendieron teórica y prácticamente sus deberes de buenos cristianos.

Nunca se encarecerán bastante a los padres de familia las palabras de Su Santidad Pío XI en su Encíclica *Divini filias magistri*: "El primer ambiente natural y necesario de la educación es la familia, destinada precisamente a esto por el Creador. De modo que regularmente, la educación más eficaz y duradera es la que se recibe en la familia cristiana bien ordenada y disciplinada, tanto más eficaz cuanto resplandece en ella más claro y constante el buen ejemplo de los padres, sobre todo, y de los demás miembros de la familia."

Y en esta educación del hogar es la madre la primera y principal artífice, pues ella, según expresión de Guihert: "Despierta los primeros sentimientos, los primeros destellos de la inteligencia, las primeras nociones de lo bueno y de lo malo, los primeros ímpetus del conocimiento, del amor, los primeros arranques de generosidad"⁶.

La oración sincera de una madre piadosa vale ciertamente más que todos los esfuerzos del más sabio y acertado método pedagógico. En parecidos términos se expresa otro educador moderno, el P. Didon, cuando escribe: "Después de Dios el obrero más importante de la educación cristiana es la madre y de ella depende el porvenir del hijo, ella puede hacer del niño un Abel o un Caín."

Muchos hombres podrían hacer suya la frase atribuida a Napoleón: "Yo debo mi fortuna a la educación que me dio mi madre."

Cuando el niño Fidel llegó a la edad escolar llevaronle sus padre al Colegio Apolinar, así llamado, del nombre de su fundador y

⁶ El educador apóstol, pág. 89.

principal maestro. Era un Centro de primera. y de segunda enseñanza, establecido en una casa de la plaza de la Independencia, núm. 14, hoy calle de los Fueros, núm. 19. Cursábanse en él los estudios primarios y débense repasos de las materias del Bachillerato a los alumnos que en calidad de oyentes u oficiales asistían a las clases del Instituto. La formación cultural, a fines del siglo pasado, era poco codiciada, en general, por los chicos y las familias, ya que rutinariamente se seguía la profesión o el oficio de los padres y pocos jóvenes se ausentaban de la ciudad donde nacían. Sin embargo, el Colegio Apolinar llegó a contar con más de 150 alumnos de pago en las secciones elementales y con unos 50 en las secundarias. Al abrir en 1889 los marianistas el suyo, denominado de Santa María, las familias acomodadas encaminaron sus hijos hacia él, lo que fue gran parte para que se iniciara el declive en el de Apolinar.

Fidel realizó paso a paso y año tras año su formación elemental en el Colegio Apolinar, dando reiteradas muestras de regularidad en la asistencia, asiduidad en el trabajo y aprovechamiento general en los estudios. Don Inocente y su mujer se mostraron severos y exigentes, pues siendo su hijo el único varón, queríanle ilustrado en el mayor grado que les fuera posible. Con igual solicitud vigilaban los compañeros con quienes se juntaba su hijo, pues persuadidos estaban de cuánto importaba rodearle de buenos amigos en la infancia, para que de muchacho no cayera en la vagabundez, en la grosería e irreligiosidad.

Frecuentaba el niño con sus padres la iglesia de Santa María, a cuya feligresía pertenecía y aficionóse a las ceremonias del culto en las que tomaba parte como diligente monaguillo. Durante estos años y en la sacristía de la parroquia, que era a la vez catedral, trabó amistad con otro compañero llamado Narciso Esténaga, oriundo, como él, de la Rioja. ¡Cuán lejos estaban de pensar ambos concurrentes, servidores del altar de Santa María, que tras una prolongada separación impuesta por los diferentes destinos que Dios les dio, volverían a encontrarse en Ciudad Real para derramar allí juntos su sangre en aras de los mismos ideales religiosos y patrióticos.

A los 12 años Fidel tenía acabada la primera etapa de su formación escolar. Los padres, con su modesta fortuna, no podían darle estudios de segunda enseñanza ni tampoco sabían qué porvenir podría convenirle más. Era menester, por tanto, o dejarle

vagar por las calles, o entretenerle en la pequeña tienda que llevaban. Dios vino a resolver la inquietud paterna despertando en el niño la vocación religiosa y conduciéndole hasta las puertas del Convento o Postulantado de los Marianistas.

Poco más tarde una de las hermanas profesaba con el nombre de Sor Máxima de los Sagrados Corazones, en las religiosas Oblatas del Santísimo Redentor, más conocidas en Vitoria con el nombre de las Ambrosias, por ser el convento que habitaban donación de una dama llamada Ambrosia.

CAPÍTULO III

POSTULANTE MARIANISTA

Consignado queda de qué modo el niño Fidel fue presentado por sus padres al Superior de los religiosos marianistas de Vitoria. La petición de plaza como postulante debió ser reiterada según se desprende de la declaración hecha por el P. Vicente Olier a la Administración General: "Ha insistido de tal modo – escribe para hacerse recibir, que, no obstante su corta edad y la circunstancia de residir en Vitoria, se le ha admitido."

La casa de Formación era un edificio de dos plantas con acceso a la calle de Castilla. Habitaban la juntamente postulantes y escolásticos, todos los cuales, para las comidas, debían trasladarse al Colegio del que sólo les separaban los patios de recreo.

Para mejor atender a la formación intelectual de los postulantes se les tenía agrupados en tres clases graduadas. Fidel fue colocado en la clase inferior con otros siete condiscípulos. Cuando escribimos estas líneas aun sobreviven dos de sus compañeros de promoción: D. Eduardo Infante y D. Luis Pecina.

Como materias de estudio se cursaban en aquel Centro todas las correspondientes a una completa enseñanza elemental y superior. Ocupaban el primer plano todas las conducentes a una formación religiosa sólida de los muchachos: estudio de la Doctrina e Historia Sagrada, iniciación en las prácticas de la oración vocal y mental, recepción de los santos Sacramentos de Penitencia y Eucaristía, el examen de conciencia, etc. La lengua española abarcaba la lectura suelta e inteligente, el dictado y la composición con el estudio de la Gramática en forma graduada. El ciclo de las Matemáticas iba de las simples nociones de Aritmética y Geometría hasta los conocimientos básicos del Algebra y de la Trigonometría. La Geografía e Historia general y de España, las Ciencias en sus rudimentos, el solfeo, y canto, etc., etc., todo ello como base para una ulterior y más elevada formación profesional.

El profesorado que los jóvenes españoles tenían entonces, alsaciano en su mayoría, apenas estaba iniciado en nuestro idioma. Y, sin embargo, aquellos buenos extranjeros, sostenidos por un elevado espíritu de abnegación y de familia, junto con un ardiente celo apostólico, se mantenían animosos en la magna empresa de

troquelar religiosa e intelectualmente a los muchachos que la Santísima Virgen les enviaba para ser, con el tiempo, los continuadores de su misión educadora en nuestra patria. Consignemos aquí los nombres de aquellos santos varones, beneméritos hijos del P. Chaminade, que abandonando su país natal, forjaron las primeras generaciones de marianistas españoles: P. Vicente Olier, P. Eugenio Gsell, D. Félix Ebert, D. Antonio Bley, D. Juan Coutret, D. José Oberlé, D. Alonso Thibinger, de los que viven todavía los tres últimos.

En su humildad esos beneméritos varones encomendaban a los postulantes, sus alumnos, que les corrigieran en cuantas equivocaciones de léxico o de expresión pudieran incurrir. Es así y en este batallar de las clases con los educandos, como llegaron, poco a poco, a dominar nuestra lengua.

¿De qué modo se desarrolló el joven Fidel durante aquel primer año de aspirantado? El Superior de la casa nos describe las condiciones esenciales del muchacho en estos términos: "Constitución sana, talla 1,30 metros, salud buena, porte agradable, en modales bien, juicio recto, carácter abierto, aplicación sostenida, piedad sincera; cualidad más saliente: despabilado."

Pocas veces, a lo largo de la vida de D. Fidel, se produjeron hechos que contradijeran los rasgos fundamentales de este sucinto pero certero retrato hecho por el P. Olier en 1892. Sus compañeros de clase unánimemente le reconocen esa viveza natural muy suya junto con una decisión a toda prueba. Intelectualmente se desarrolló con holgura en medio del grupo de compañeros, ocupando los puestos de 2-0, 3.0 y 4.1 la mayoría de las semanas.

Transcurrieron los meses del curso sin que en el ánimo del muchacho se advirtieran altibajos ni en su humor ni en su comportamiento. Voluntariamente aceptó aquel género de vida y contento vivió el ambiente de piedad, de recogimiento y de estudio que allí se respiraba. En los comienzos del mes de agosto fue a casa de sus padres, como los demás compañeros, para pasar unas semanas de vacaciones, según costumbre establecida en los Postulantados marianistas. Incorporóse de nuevo al Convento para reanudar las tareas escolares en septiembre, mas apenas iniciadas éstas se vió sorprendido con la noticia de que sus Superiores habían decidido enviarle al sur de Francia para proseguir su formación en una casa análoga a la de Vitoria.

La Administración General tenía en aquel entonces por norma reunir en sus establecimientos de Francia -Postulantado, Noviciado, Escolasticado y Seminario- a cierto número de jóvenes aspirantes extranjeros. Fácilmente se comprende las razones que les movían a obrar de esta manera. Aunque la voz de lo Alto se hiciera oír al Fundador en la Basílica del Pilar de Zaragoza, Francia era la cuna de la Compañía de María. El mayor número de religiosos y las obras más principales de educación se hallaban en dicho país, por tanto allí es donde los futuros marianistas, originarios de otras naciones, debían recoger las tradiciones de la Congregación, empaparse de su espíritu y aprender el idioma que les servirla de lazo de unión y comunicación con sus miembros. Por otra parte, la selección de los sujetos aptos para el sacerdocio quedaba también de ese modo mejor asegurada.

La sorpresa y emoción obligadas de los primeros momentos pasaron pronto. Fidel no soñaba más que en el viaje y las nuevas tierras que iba a visitar. Sus padres, en cambio, contentos como estaban viéndole cerca de si se alarmaron no poco al saber la resolución y los planes de los Superiores. Con todo no opusieron resistencia a la expatriación; habían hecho entrega de su hijo a Dios y a la Congregación y reprimieron lo mejor que pudieron las lágrimas el día de la despedida.

En el viaje a Francia acompañáronle D. Telesforo Caballero e Hilario Asenjo, llegando los tres con toda felicidad a su nueva residencia, el Postulantado de Pontacq, el 27 de septiembre de 1893. Tres años duró su estancia en esta santa casa.

Pontacq es un pueblecito de los Bajos Pirineos, que cuenta con unos 2.000 habitantes. Hállase metido en un estrecho valle por donde discurre el río Ouse, afluente del Gave. Entre altozanos y colinas, cubiertas de espeso arbolado, serpenteando el río, va también la carretera que enlaza Lourdes con la ciudad de Pan. A un lado de la carretera se alza la iglesia parroquial, y en el lado opuesto, algo apartado del caserío, el edificio que fue internado y Postulantado de los marianistas hasta la expulsión de los religiosos en 1903. Por el año 1893 el edificio que servía de Colegio y Casa de Formación era todavía de construcción reciente y contaba con amplios patios de juego, una preciosa alameda flanqueada por dos prados, una extensa huerta fértil y bien cultivada. El número de postulantes no era crecido, debido a que la Provincia del Mediodía poseía otro Postulantado muy floreciente en Realmont.

La Compañía de María, al igual que las demás Congregaciones religiosas, somete a sus aspirantes a una primera prueba antes de enrostrarlos bajo los estandartes de la Virgen Inmaculada, mediante la profesión religiosa. La duración de esta prueba, denominada de Postulantado, depende de la edad y de la preparación intelectual y religiosa que posea el aspirante al ingresar. Sirve para hacer un estudio de las disposiciones que le animan en orden al ideal de la vida religiosa que desea abrazar, medir el alcance de sus recursos intelectuales, discriminar cuáles sean las notas más salientes de su carácter y personalidad, y junto con todo eso, instruirle, a grandes rasgos, sobre la esencia de la vida monástica, ejercitarle en la práctica de las virtudes cristianas, inculcar en su alma la devoción y una piedad del todo filial a la Santísima Virgen María.

El carácter expansivo y alegre que poseía hizo que Fidel se adaptara muy pronto al trato con los nuevos condiscípulos y profesores franceses, al régimen de comidas, a los estudios y demás actividades. Alternó desde los primeros momentos con todos, sin distinción de nacionalidad; perdió el miedo a hablar el nuevo idioma, con lo que pudo llegar en breve a expresarse con corrección y adquirir un acento muy acabado.

Regentaba la casa como Superior el bondadoso P. Luis Cousy y cuidaba directamente de los postulantes Mr. Sicard. Entre los compañeros españoles encontrábase a su lado, amén de los que hicieron el viaje con él, Gregorio Gálvez, Miguel García y Francisco Martínez Atristain.

La vida en aquella santa casa no difería en su esencia de la que llevaban los muchachos en Vitoria. Las prácticas de piedad se entreveraban con los estudios profanos y las horas de expansión reglamentarias. La sola novedad que se daba era la concurrencia de los chicos de la escuela aneja y de los postulantes a las mismas aulas.

Recuerdo imborrable de su estancia en Pontacq dejáronle los paseos al santuario de Lourdes. ¡Qué ocasiones más propicias para explayarse con su Madre Inmaculada e impetrar su poderoso auxilio para sí y para los suyos! Su alma pronta siempre a las grandes emociones, cómo no rebosaría de contento al presenciar las concurridísimas procesiones de peregrinos franceses o extranjeros, al oír los clamores de las multitudes pidiendo la curación de los enfermos al Señor en los momentos de la bendición con el Santísimo, al ver correr grupos de gentes tras el cojo que anda, el

ciego que ve, el paralítico que se mueve, por sí mismo, etc., y tantos y tantos prodigios como se obran en aquel lugar visitado por la Inmaculada Concepción!

En los Boletines de información que obran en los archivos de la Administración General encontramos noticias de este tenor: "Muchacho de salud y constitución sana, talla de 1'44, juicio recto, carácter abierto y franco, de una piedad bien probada, ocupa el puesto 11 entre 24 alumnos que concurren en la clase." - "Se está muy contento con este postulante, se aplica y no acierta mal en los estudios, parece franco, no carece de piedad, muy hábil y despabilado en los juegos."

Ya se perfilaba en aquel adolescente que corría como un gamo, que poseía una agilidad extraordinaria para toda clase de ejercicios físicos, al futuro profesor de Gimnasia del Colegio de Nuestra Señora del Pilar, amante de todos los deportes, incansable andarín en paseos y excursiones, eufórico y animoso en toda ocasión y circunstancia.

CAPÍTULO IV

LA PRUEBA DEL NOVICIADO

Rápidos y felices transcurrieron los cursos que Fidel pasó en la casa de estudios de Pontacq, no obstante el alejamiento de la Patria y de la familia. Durante ese lapso de tiempo su cuerpo adquirió consistencia y robustez mientras su espíritu amplió notablemente los horizontes con una formación cultural bastante extensa y suficientemente sólida para poder enjuiciar las personas y los hechos en lo que ofrecen de más corriente y ordinario. Desde el punto de vista religioso podía discernir adecuadamente lo que es y lo que significa la vida de la gracia en el alma humana, lo que representa en la Iglesia de Dios la vida monástica, lo que es y supone en el apostolado de las almas la entrega generosa de aquellos cristianos que son llamados por Dios a proseguir la tarea de sembrar la buena semilla del Evangelio.

Los Superiores que le habían formado e iniciado en la práctica de las virtudes cristianas le encontraban ya en posesión de aquella madurez que se requiere para enfrentarse de lleno con el problema serio y transcendental de su vocación a la vida perfecta. Es labor que deberá llevar a cabo con toda clase de asesoramientos durante el año del Noviciado que está próximo a empezar.

Mucho sentimos no tener a la vista la carta que Fidel dirigió al Superior General solicitando su ingreso en el Noviciado de la Compañía de María, en la que, a no dudarlo, vertió los más íntimos sentimientos que le empujaban a pedir el favor de ser admitido en él.

La petición fue acogida benévolamente sobre la base de los informes favorables, llegados a la Administración General, desde el Postulantado de Pontacq. ¿Pero hacia dónde encaminarle? ¿Se le enviaría de nuevo a España, al Noviciado de Vitoria, o se le reuniría en Moissac con otros compatriotas seleccionados? La decisión de los Superiores recayó sobre lo primero y el 2 de septiembre de 1896 Fidel y su compañero Gregorio Galvez emprendieron el regreso a la Patria. En la casa de la calle de la Magdalena se les unieron otros dos postulantes procedentes de Escoriaza: Pedro Ruiz de Azúa y Félix García, con quienes compartieron afanes espirituales, estudios y pequeños trabajos a lo largo de aquel año de bendición.

Un Retiro preparatorio, predicado por el P. Luis Paseo, capellán del Colegio de Santa Maria, fue lo primero que hizo Fidel en la nueva casa. Así lo prescribe el Reglamento del Noviciado, no sin razón, para dar de mano a toda preocupación terrena y disponer el alma a entrar por entero en los fines del santo tiempo destinado a la segunda y más importante prueba de la vida religiosa.

Con el mayor fervor que pudo aprovechó aquellos santos Ejercicios para recapacitar, una vez más, sobre las grandes verdades de la Religión y, a la luz de las mismas, examinar y conocer el verdadero estado de su alma y disponerse a aprovechar los doce meses que había de pasar en aquella morada de plegaria y de recogimiento. Al finalizar el Retiro los nuevos aspirantes pronunciaron, sobre los santos Evangelios, la promesa de observar fielmente pobreza, castidad y obediencia. No hubo toma de hábito propiamente dicha porque aun no existía la costumbre que se introdujo pocos años después de vestir a los novicios con levita, chaleco cerrado, tirilla con corbata de cinta y, en las salidas al exterior, sombrero de media copa que se sustituyó luego por el bombín.

El Noviciado de los marianistas se encontraba instalado en un lindo hotelito, y formaba parte, como ya queda dicho en otro lugar, de una finca espaciosa en la que también existían otras construcciones. Por el lado norte la casita daba a la calle, por el sur al patio y huerta que se extendía hasta el parque del Colegio.

El R. P. Vicente Olier, en funciones de Provincial, desempeñaba también el cargo de Maestro de Novicios, teniendo como ayudante o Hermano Maestro a D. Eduardo José, de procedencia alsaciana. La prueba del Noviciado tiene una duración mínima de un año, exigencia del Derecho Canónico para cuantos aspiran a consagrarse al servicio de Dios por los votos de Religión. Durante todo ese tiempo se prescinde de cuantas ocupaciones pudieran apartar la atención de lo que para el aspirante es esencial, a saber: el estudio de su vocación. Los novicios reparten el tiempo entre la oración vocal y mental y el estudio de las materias propiamente religiosas.

En Vitoria levantábanse a las cinco de la mañana, saludando al Señor con el "Benedicamus Dómino" al echarse fuera de la cama, seguido del "Laudate pueri" y del "Ave Maris Stella". Tres o cuatro horas consagrábanse al rezo durante el día, poco más de dos a las comidas y esparcimientos: las restantes pasúbanse en estudios y

clases sobre temas fundamentalmente religiosos. Una hora o poco más reservábase para los pequeños trabajos del aseo de la casa, del cuidado de los jardines y de la huerta.

En aquella humilde y recoleta mansión todo iba encaminado a favorecer el recogimiento del espíritu y a la unión más íntima con Dios. Fidel entregóse por entero al doble empeño de estudiarse a sí mismo y darse a conocer a sus Superiores, al conocimiento teórico y práctico de la santa Regla. En el "Manual de la vida interior" aprendió a penetrar en el fondo de su alma y captar algo de esa comunión espiritual con Cristo, conocimiento indispensable a toda alma religiosa con el que ha de alimentarse y crecer día tras día. El estudio del "Santo Evangelio" diole una idea más completa y perfecta de los ejemplos y de la doctrina del Modelo de toda perfección. El "Catecismo del estado religioso" le hizo saber todo el contenido y el alcance de las obligaciones que la vida religiosa impone. La "Mariología", la "Liturgia", la "Historia de la Iglesia y de la vida monástica" adornaron su mente con conocimientos de subido interés sobre la Santísima Virgen, el sentido de las ceremonias del culto, el desarrollo de la Iglesia y de las Instituciones monásticas. Consignemos que la falta de textos sobre algunas de estas materias obligaba a los novicios a un ejercicio bastante duradero y a veces penoso de la pluma.

Pero el libro por excelencia que tuvo que aprender mejor en su letra y en su espíritu, fue el de las Constituciones o santa Regla. Éste había de ser el Código al que debía ajustar su conducta mientras viviera y por él habría de ser sentenciado al presentarse ante el Supremo Juez.

Incumbía al P. Maestro la tarea de explicar las Constituciones y exigir la más fiel recitación del texto. No pocas veces habría de luchar el novicio con la resistencia de su memoria para reproducir los artículos al pie de la letra.

¿Qué es la vida religiosa?

¿Me llama Dios al estado religioso?

¿Siento dentro de mí mismo una verdadera vocación?

¿Estoy resuelto a cumplir los santos compromisos?

¿Quiere Dios que me santifique en la Compañía de María o debo orientarme hacia otro género de vida?

El estudio detenido y concienzudo de todas y cada una de estas preguntas hízolo Fidel un día y otro desde su ingreso en el Noviciado en los exámenes diarios de conciencia, en los Retiros mensuales y en los cuadernos de dirección espiritual con el P. Maestro. A la luz de la fe y de los consejos prudentes y atinados de su Director de conciencia fue dándose cuenta de su carácter, de las disposiciones íntimas de su alma y de los motivos que le movían a escoger un género de vida de suyo áspero, austero, difícil, verdaderamente heroico. Aquellas preguntas que de modo obsesionante volvían a cada paso a su mente fueron recibiendo las respuestas adecuadas, contando para ello con la gracia divina y la ayuda de María Santísima, ya que por si sola la flaca naturaleza humana no podría soportar tamañas exigencias.

Dice el proverbio que "cuando el hierro está encendido entonces debe ser batido". Tanto el P. Maestro como su colaborador D. Eduardo José sometieron a Fidel a las pruebas propias de esa edad para cerciorarse de la clase de madera de que estaba hecho y conocer a fondo su temperamento, el temple de alma y las energías espirituales que poseía.

Los informes que el P. Maestro envió a la Administración General confirman la impresión dada en años anteriores respecto a su constitución sana y fuerte, su agilidad para los ejercicios físicos de cualquier clase. En su rostro de color moreno brillaban dos ojos negros muy vivos y una mirada penetrante e inquisitiva, al par que se dibujaba una sonrisa complaciente y acogedora. Por compleción moral era más impulsivo que reflexivo, más dado a la actividad y al movimiento que al estudio reposado. Extraordinariamente ágil para el juego sobresalía también en el canto por su decisión y arrojo, su bien timbrada voz, la agradable y afinada modulación.

El noviciado es la época feliz y carente de todo género de preocupaciones, de ahí que una palabra ingeniosa o una situación inesperada provoca la risa en cualquier lugar y momento que se produzca. Fidel se prestaba con gusto a ser el hazme reír de los demás en los momentos de expansión y era llevado a ello por una pueril e inocente vanidad muy propia de su carácter. Con una espontaneidad enteramente ingenua y sin malicia se captaba la benevolencia del P. Maestro y del Hermano Maestro, juntamente con la admiración y el cariño de todos sus compañeros. Permítasenos apuntar este sucedido que nos comunica uno de los que con él estaba en el Noviciado. Cierta día durante el estudio

zumbaba un moscardón en la sala y se calabaceaba reiteradamente contra el cristal. Fidel, llevado del deseo de poner fin a aquel molesto zumbido del insecto cogió su gorra y la lanzó contra el bichejo que alteraba el recogimiento de los novicios. Pero la gorra no alcanzó al moscardón y se llevó en cambio por delante al cristal que cayó al patio armando un regular estrépito. Es fácil comprender la que allí se armó. El Hermano Maestro, que no se andaba en chiquitas, amonestó severamente a Fidel y después se puso a dar una lección de cómo se cazaban los moscardones. Sacó del bolso de la levita un pañuelo y doblándolo convenientemente se subió a una banqueta y tiró varios lances, pero el bicho seguía revoloteando por la ventana. Bajóse del banco defraudado, subió a él Fidel y de un manotazo acabó con el animalejo.

A Fidel no le acobardaron las pruebas, ni se arredró por las austeridades de la vida monástica que quería abrazar. Venció los estudios, recibió con dócil sumisión y agradecimiento las correcciones y penitencias con las que sus Superiores trataron de corregir su natural ligereza, mereciendo ser recibido Novicio formado el 25 de marzo de 1897.

El P. Maestro, exigente y de una austeridad poco común, informó a los Superiores acerca de Fidel en términos elogiosos: "Exterior modesto, algo descuidado en su porte, superficial a veces en sus juicios, carácter alegre, piedad, obediencia y abnegación bien. Impresión general: conciencia delicada, abierto, algo infantil, susceptible al esfuerzo, canta bien, no dibuja mal."

Tres meses más tarde hace las siguientes apreciaciones: "Espíritu poco acostumbrado a reflexionar, demasiado superficial. Ha hecho serios esfuerzos este trimestre. Está en la corriente de la gracia y no carece de voluntad para corregirse."

Estos esfuerzos para enmendar sus defectos aumentaron a medida que el tiempo transcurría y se aproximaba la fecha de su salida del Noviciado. En momento oportuno solicitó la gracia insigne de ser admitido a la profesión religiosa, petición que estaba avalada con el parecer favorable de su confesor. El P. Maestro y su Consejo, así como el Consejo del Provincial dieron su conformidad a la admisión, y el Superior General, R. P. José Simler, se dignó aceptar la solicitud del novicio.

Los últimos días de estancia en Vitoria fueron de mucha oración y doblado recogimiento para prepararse al acto solemne de

su consagración al Señor y a la Reina de los Cielos. Las pláticas del Predicador que lo fue el mismo P. Luis Paseo, y con ellas las reflexiones personales no hicieron sino afianzarle más y más en su íntima convicción de que Dios y su Madre bendita le querían para sí.

Amaneció, por fin, el día 8 de septiembre, esplendoroso en el cielo de Vitoria. Desde muy temprano la casita del Noviciado se hallaba más animada que de costumbre; idas y venidas de novicios, preparativos en diversos sitios, la pequeña capilla se iba engalanando con las mejores flores y banderitas, la Virgencita del Pilar brillaba en su camarín con más fulgor que otras veces. A las 7,30 de la mañana celebróse la Misa de Comunión, acercándose a la sagrada Mesa los novicios de nueva entrada y los que en breve terminarían su estancia en aquella santa casa. Alotetes al Santísimo, a la Virgen, al canto del "Magnificat", etc., llenaron la primera jornada del día memorable para todos. La ceremonia de los santos votos fue en extremo sencilla y recogida. Hacíase en aquellas kalendas a puerta cerrada, sin asistencia de los familiares de los profesos ni personal ajeno a la Congregación. Tuvo lugar a las 6,30 de la tarde, después del santo Rosario, seguido de la Bendición con el Santísimo. Los sacerdotes se adelantaron al presbiterio y entonaron el "Veni Creator" y el "Ave Maris Stella", al que fueron respondiendo con brío los dos grupos de jóvenes que iban a consagrarse al servicio de Dios, unos con las promesas y otros con los santos votos. Tras la plática de circunstancia da comienzo la ceremonia y desfilan uno tras otro delante del altar para repetir la fórmula de las promesas en manos del oficiante, que lo era el mismo P. Maestro, a la vez primera autoridad de la Provincia de España.

A continuación de los nuevos novicios fueron llamados los profesos, sosteniendo con el Superior que iba a recibir sus votos en nombre de la Iglesia, aquel diálogo, corto, pero trascendental, en el que se hace reflexionar a los candidatos una vez más sobre el paso que van a dar, las responsabilidades que van a contraer y la advertencia de que la decisión de ir adelante se toma libre y espontáneamente, sin presión física ni moral de ningún género.

Al corresponderle el turno, Fidel, arrodillado, con la mano derecha puesta sobre los Santos Evangelios y sosteniendo con la izquierda una vela, leyó en voz alta la fórmula prescrita: "Por la gloria de la Santísima Trinidad, el honor de María Santísima y la salvación de mi alma, yo, Fidel Fuidio Rodríguez, prometo a Dios y

hago voto de guardar por un año la pobreza, la castidad y la obediencia según las Constituciones de la Compañía de María.”

Y desde aquel instante el joven Fidel pasaba del estado seglar o secular al estado religioso y se hacia miembro de una Congregación aprobada por la santa Madre Iglesia.

Generosamente se entregó aquel 8 de septiembre a Dios y a su Madre del Cielo, y abnegadamente, gozosamente, se esforzó por servirlos hasta la hora de su martirio. En adelante pertenecerá al Señor y no deberá procurar otra gloria ni otros intereses que los de su Dios y de las almas.

“¡Oh agradable y alegre servidumbre de Dios, con la cual se hace el hombre verdaderamente libre y santo!”⁷.

⁷ Kempis, libro III. cap. 5.

CAPÍTULO V

PREPARÁNDOSE PARA EL APOSTOLADO DOCENTE

“Hay dos modos de trabajar en la salvación de las almas: preservándolas del contagio del mal o curándolas de él. De estos dos modos, la Compañía adopta con preferencia el más seguro y fecundo en sus resultados; así, pues, quiere preservar y cultivar. A este efecto, la Compañía se dedica a la educación de los niños más jóvenes, con un amor especial a los pobres; no excluye, sin embargo, a los niños de más edad o de condición más elevada.

“Por eso las obras principales de la Compañía de María son relativas a la enseñanza, cualesquiera que sean las denominaciones con que estas diversas enseñanzas se designan en los diferentes países.” (Const., art. 262 y 263.)

Para que las actividades apostólicas en el campo de la educación alcancen verdadero éxito tienen que encomendarse a un personal debidamente preparado, especializado y con verdadera vocación magistral. Por entenderlo así el Fundador de los Marianistas y sus sucesores en el Generalato de la Compañía, mostráronse exigentes y celosos en orden a la selección y formación de los religiosos destinados a la enseñanza. Elocuentes y prolijas citas podríamos aportar, entresacadas de sus cartas y circulares, para probar esto que afirmamos. Desde los orígenes de la Congregación existieron casas destinadas a la capacitación intelectual de los futuros educadores. En ellas se preparaban antes de enviarlos al Noviciado si los aspirantes eran demasiado jovencitos, y después, sobre todo, de hecha la primera profesión.

El fracaso o menor éxito advertido, a veces, en la enseñanza católica dada por las Congregaciones docentes se ha debido, tan sólo, al empleo prematuro del personal en los Colegios y Escuelas. No basta el hábito, ni la buena voluntad, ni tan solo la vocación apostólica para hacer un competente profesor y un hábil educador.

De igual manera que sería error de lamentables consecuencias lanzar a la predicación y a la dirección de las almas a un ignaro carente de alguna experiencia en este arte, lo sería también colocar en las aulas un profesor indocumentado y desprovisto de las condiciones indispensables para enseñar y educar a los niños y

jóvenes. Si años atrás pudo aceptarse la definición que un pedagogo, Mr. Thomas, dio del maestro "como hombre en el que se da esta feliz conjugación; un poco de saber, mucho buen sentido y muchísima abnegación", hoy la primera condición no puede admitirse por pobre e insuficiente. Quienes hayan de formar intelectual, moral y religiosamente a los alumnos en conformidad con las exigencias de la vida actual, precisan un lapso de tiempo bastante prolongado para: 1.º, adornar su inteligencia con la ciencia en el grado debido; 2.º, temprar su alma para el acertado manejo de los muchachos; 3.º, respirar más o menos intensamente un ambiente de teoría y práctica escolar y colegial.

Era la mañana del 9 de septiembre cuando un grupo de cinco jóvenes profesos salían de Vitoria y emprendían la marcha por la carretera hacia el pintoresco valle de Léniz. Fidel Fuidio, Félix García, Pedro Ruiz de Azúa, Gregorio Gálvez y Salvador Foronda componían aquel interesante equipo de viajeros que a pie habían de recorrer los 39 kilómetros que separan la capital alavesa del convento de Nuestra Señora del Pilar en Escoriaza (Guipúzcoa)⁸. El espíritu y la letra del voto de pobreza tal como lo entendían y practicaban nuestros antepasados en religión exigía el ahorro de la peseta que costaba el tren desde Vitoria hasta Salinas de Léniz, donde moría el tren, y las dos pesetas del coche hasta la puerta de casa. El tiempo, lluvioso a ratos, obligó a los viajeros a buscar abrigo en algún caserío o debajo de los árboles de la carretera, pero llegaron sin novedad al fin de la jornada, siendo recibidos en el convento con regocijados abrazos y enhorabuenas por todos los moradores del cenobio marianista. Desde aquella noche empezaban una nueva etapa de probación que en las Constituciones del Instituto se denomina Escolasticado.

¿Qué es el Escolasticado en la Compañía de María? Un doble objeto asigna la Regla a este periodo de la vida religiosa: proseguir la formación espiritual alcanzada en el Noviciado y preparar la obtención de los títulos académicos necesarios para poder enseñar.

En orden al primer objetivo, el Escolasticado, se dice en la Regla: "Es una feliz continuación del Noviciado." Por tanto, el cuidado de la vida sobrenatural y de los intereses del alma ha de ser lo primero y lo más esencial. Se ha ingresado en un Instituto

⁸ Quienes deseen conocer detalles sobre los edificios y la extensa finca pueden leer con provecho nuestra obra *Un alma de educador*, página 78.

religioso para labrar su santificación personal, y desde el instante en que se emiten los votos, esa tarea constituye su obligación más grave. Religioso que no tiende a la perfección de la vida que ha abrazado pierde su razón de ser como tal. Por ello la oración asidua, la meditación bien cuidada, la recepción frecuente de los sacramentos, la práctica de la dirección espiritual son medios que los escolásticos han de mantener de continuo en el primer plano de sus preocupaciones. Por ello y como consecuencia de ese mismo fervor dase con entusiasmo a la observación fiel de la Regla en sus mínimas prescripciones, a la práctica abnegada de la caridad fraterna, sigue dócilmente las indicaciones de sus Superiores, entregase con afán al estudio y cultiva una tierra y constante piedad filial para con María. Es en un grado más elevado lo que Fidel empezó a hacer en el Postulantado y afianzó en el Noviciado.

En Escoriaza encontró oportunidades mil en que inspirarse para llevar ese trabajo de perfeccionamiento y de vida interior. Al frente de la Comunidad se encontraba el P. Eugenio Gsell, joven sacerdote, oriundo de Alsacia, de constitución sana, grave y serio en su porte, bien formado intelectualmente y con envidiables dotes de mando. Contrastando con su exterior severo, poseía un alma sencilla y buena que encontraba sus delicias en la expansión de la vida de comunidad. Recreábase en el cuento, la anécdota y el refrán como si hubiera hecho tema de su vida el "servite Dómino in laetitia".

Ayudaba al Director en el gobierno de los escolásticos un Hermano Maestro llamado D. Juan Causse, reputado como santo por su paciencia, bondad, mansedumbre y piedad. Pocos años más tarde este excelente religioso se dirigiría al frente de la primera expedición de marianistas a Méjico para fundar.

El profesorado de la casa en aquel curso de 1897-98 estaba integrado por el P. Emilio Birón, capellán; D. Alonso Thibinger, D. Félix Ebert, D. José Crelier y D. Desiderio Ortalá, quienes principalmente se ocupaban de los escolásticos. Al servicio de los postulantes se encontraban D. José Oberlé, D. Alfonso Benet, D. Melquiades Pérez y D. Carlos López. Para los niños de la Escuela de la Sagrada Familia, vulgarmente conocida con el nombre de la Sorbona, estaba por aquellos años D. Antonio Bley. Apenas instalados en Escoriaza los nuevos profesos dieron comienzo a los estudios del Bachillerato, pues el tiempo urgía. Las materias de

estudio se distribuían a la sazón en cinco años y se convalidaban en el Instituto de Vitoria.

Primer año. -Lengua Española y Latina (primer curso) y Geografía.

Segundo año.-Lengua Española y Latina (segundo curso) e Historia de España.

Tercer año. -Aritmética y Álgebra, Retórica, Historia Universal y Lengua francesa (primer curso).

Cuarto año. - Geometría y Trigonometría, Física y Química, Lengua francesa (segundo curso).

Quinto año.-Filosofía, Historia Natural, Agricultura.

Durante el primer año convalidó Fidel el ingreso y las asignaturas de los tres primeros años del plan. Al curso siguiente preparó las materias restantes de las que se examinó en las convocatorias de junio y septiembre.

Mientras duraban los exámenes en Vitoria alojábanse los escolásticos en la casita del Noviciado, situado a corta distancia del Instituto, para llegar al cual les era forzoso pasar al lado del convento de las clarisas. En la capilla de este monasterio venerábanse una estatua de Santa Rita y otra de San Antonio, que en tal época del curso eran muy visitadas por todos los estudiantes de la ciudad. Los escolásticos se contagiaron de la misma devoción y a diario impetraban el auxilio de estos poderosos valedores de los examinandos.

Un tanto intrigados se hallaban los señores catedráticos del Instituto con la presencia de los escolásticos marianistas que, vestidos de chaqueta, acudían a afrontar las pruebas oficiales, cosa un tanto rara y desusada entre los miembros de las Congregaciones religiosas. D. Pio Cerrada, profesor de Agricultura, dirigiéndose a Fidel le preguntó a bocajarro:

-¿Qué género de estudios van ustedes a seguir?

-Por ahora -replicó el interrogado sin ruborizarse- el Bachillerato, luego la Licenciatura, después el Doctorado y si se puede más.

La respuesta debió parecerle al maestro suficientemente explícita, pues no insistió más.

Al mismo tiempo que las asignaturas profanas y religiosas que les preparaban para sufrir con brillantez las pruebas oficiales recibían los escolásticos una formación pedagógica, siquiera elemental, bien sea en forma de conferencias a cargo del Inspector D. Antonio Enjougier, bien practicando la enseñanza en las clases de los postulantes. Era una iniciación muy provechosa desde todos los puntos de vista para evitar los fracasos, siempre posibles, en los comienzos del ejercicio de la profesión.

Fidel mostróse en el Escolasticado el joven alegre y chispeante de antes y de después. Complacíase en entretener los recreos de sus Hermanos con salidas de buen humor y ocurrencias muy suyas. Durante los paseos enseñábales varias canciones francesas aprendidas en Pontacq: "II était un petit navire... Frère Jacques dormez vous... A Punodam Lamorisière...", cantos y marchas que, acompañados con la ocarina, repetían todos a coro una y mil veces en los elevados montes que forman el valle de Léniz. Refiere un testigo que hallándose los escolásticos en una hondonada del monte Zaraya cantando a pleno pulmón se acercó al lugar un señor bien portado y culto que veraneaba en un caserío próximo. Tras un cortés saludo manifestóles su admiración y entusiasmo por la afinada ejecución de los cantos y el buen gusto artístico de que daban muestras. En su honor y para complacerle repitieron una vez más todo el repertorio que, satisfecho, escuchaba atentamente el visitante. Las fuertes y bien templadas voces de los jóvenes cantores resonaban con un eco especial por valles y montañas.

Fabricó Fidel una flauta que hacia sonar por los caminos a diestro y siniestro hasta atronar los oídos de sus compañeros. Un día el bondadoso e indulgente D. Antonio Enjougier, que acompañaba al grupo, se atrevió a decirle: "Fidel, esa música es muy bonita, pero oída desde lejos." Debió entender la indirecta, pues se apartó del grupo y dejó de atronar los oídos con aquellos ruidos. Diose más tarde a fabricar una gaita, pero el Superior de la casa le paró pronto los pies y el instrumento no llegó a resonar en el valle.

Dado a la expansión de buena ley se prestaba a que los demás se bromearan con él y buscaba modo de reírse a cuenta de los demás sin llegar nunca a herir su amor propio.

Poseía una habilidad grande para toda clase de juegos y ejercicios gimnásticos como si su cuerpo estuviera hecho de goma. Ejecutaba filigranas, cual entrenado saltimbanqui, en la barra fija,

en las paralelas, en las argollas, en un montón de tierra, donde con aire y gracia daba el salto del carnero. Lo mismo en el marro, que en la bandera, que en las cuatro esquinas o a la pelota se desenvolvía con una soltura maravillosa.

Su afición al canto creció de año en año y su hermosa y potente voz de barítono se oía con gusto en la capilla y en cuantos coros se formaban en el convento de Escoriaza. Su sola aparición en el escenario provocaba la hilaridad en el público que asistía a las representaciones. Era él de ordinario el héroe de las veladas, debido a su gracejo natural y a sus peregrinas ocurrencias.

Los Boletines de información correspondientes al tiempo de su estancia en el Escolasticado, le describen en forma muy parecida a los que ya conocemos. Su constitución sigue siendo robusta y su salud excelente y a toda prueba; de modales corrientes, se destaca por su gran piedad y su amor a la vocación. En una observación adicional se le califica "de algo niño, no siempre bastante reflexivo y a veces también inconstante en el trabajo".

Durante el curso 1897-98 tuvo lugar en Escoriaza un hecho de cierto relieve e interés; a saber: la visita del Superior General R. P. Simler, acompañado de D. Luis Cousin. El P. Simler es considerado en la Compañía como el segundo Fundador, por su acertada gestión y la expansión dada a las obras durante su largo Generalato. En su viaje a España pasaron por Zaragoza, cuna de la Compañía, al menos en la inspiración. En Madrid fueron recibidos en audiencia privada por su Majestad la Reina Maria Cristina, audiencia en la que se hallaba también presente el rey niño Alfonso XIII.

La estancia de los Superiores en la casa de Formación dejó un recuerdo imborrable en los religiosos y en los formandos en razón de los ejemplos de piedad, bondad, solicitud e interés por todos y cada uno dados por el buen Padre y su acompañante. Varios actos se celebraron en su honor y la despedida constituyó una verdadera manifestación de simpatía, de agradecimiento y de intensa emoción.

CAPÍTULO VI

EL COLEGIO DE SAN JUAN BAUTISTA DE JEREZ DE LA FRONTERA PRIMER CAMPO DE APOSTOLADO

En solos dos años de Escolasticado Fidel dio cima a los estudios del Bachillerato. Esto no hubiera podido lograrlo sin una base cultural suficientemente sólida y extensa, adquirida en los Postulantados de Vitoria y de Pontacq. Juntamente con este potencial intelectual y al par de él, acreció su formación religiosa, llevándole a una comprensión más acabada del sublime destino que Dios le deparaba como religioso educador.

Contaba ya 19 años de edad. En breve debía dar comienzo a la vida docente y apostólica en la que consumiría, año tras año, las muchas energías físicas y morales que del Cielo recibiera.

En septiembre, día 29, el mismo en que terminó sus exámenes de Reválida, recibió en Vitoria la indicación de salir con destino a Andalucía. El lugar de residencia se le daría a conocer oportunamente. Con la emoción que produce en todos la primera vez que se recibe una orden de traslado, acudió inmediatamente a la capilla para hacer, a los pies de Jesús Sacramentado, su acto de plena conformidad con la voluntad de sus Superiores.

Vistiendo el hábito religioso y llevando por todo equipaje un hatillo con los libros de rezo y los cuadernos personales, encaminóse hacia el Sur de España, contento y gozoso de poder darse a las almas. Con él iban también su compañero. de promoción Pedro Ruiz e Hilario Asenjo. En calidad de guardián y cicerone de los tres, acompañábales un religioso alsaciano llamado Felipe Timmel.

No hay para qué hacer mención de las molestias y penalidades de un tan prolongado viaje, realizado, como se hacía entonces, en el tren correo o mixto sin más parada, en la capital de España, que el tiempo preciso para trasladarse en un coche pesetero, desde la estación del Norte hasta la de Atocha. Al llegar a la ciudad de Córdoba, cumpliendo indicaciones recibidas del Provincial, D. Felipe abrió un sobre cerrado que contenía las Obediencias de los expedicionarios. En su virtud Pedro Ruiz debía llegarse hasta Cádiz y los otros tres quedarse en Jerez de la Frontera.

Ya está Fidel en su primer campo de misión: Andalucía, la tierra de María Santísima, al decir de sus habitantes; la región del sol y de la alegría, según fama universal. Su estancia en este país, privilegiado por más de un concepto, duró desde 1899 hasta 1910, con dos interrupciones de un año cada una, motivadas por la prosecución de sus estudios universitarios.

Aquellos ocho años de trato y convivencia con los niños andaluces, proporcionáronle datos más que sobrados para conocer su peculiar psicología y percatarse de las ricas virtualidades que poseen junto con los defectos que también les son propios, y neutralizan, cuando no malogran totalmente, en ocasiones, su valía. El genio alegre y ocurrente de Fidel se enriquecieron no poco con el roce de la viva y penetrante agudeza de estas gentes del sur de España.

En el orden del tiempo el Colegio de Jerez fue la segunda obra puesta en marcha por la Compañía de María. Tratábase de un Centro de enseñanza creado años atrás y del que se hizo donación a los religiosos marianistas. Fundóle D. Juan Sánchez de la Torre y abrióse en noviembre de 1838, pocos meses después de la muerte del magnánimo Fundador. En 1844 se concedió a este Centro la categoría de Instituto de Humanidades, y así siguió funcionando hasta 1876 en que el Gobierno quiso convertirlo en Centro oficial dependiente del Ministerio. Los patronos, para desligarse de la intervención absorbente del Estado, reclamaron la independencia de la Fundación y la obtuvieron finalmente después de un largo pleito. En 1888 encargaron al Sr. Obispo de Cádiz, Excmo. Sr. Calvo y Valero, que mediara para que se hiciese cargo del Colegio una Congregación religiosa. Providencialmente había conocido dicho Prelado a la Compañía de María en su casa Madre de Paris y allí mismo obtuvo de los Superiores mayores una respuesta favorable.

La Administración General hizo honor a la palabra dada y el 6 de noviembre de 1888, después de un viaje de sesenta horas, llegaron a Jerez los primeros marianistas; a saber: R. P. Francisco Xavier Delmas, P. Juan Bourdel, D. Juan Causse y D. Antonio Cubillo. De allí a poco se completó la comunidad con siete religiosos más. El día de la inauguración de las clases acudieron los diecisiete primeros alumnos.

No vanos a reseñar las vicisitudes de este Centro que hoy está en plena prosperidad y ha visto pasar por sus aulas y recibir

cristiana educación a lo más distinguido de Jerez, de muchos pueblos de Cádiz y de las provincias limítrofes⁹.

Cuando Fidel llegó a la "ciudad de los vinos generosos", regentaba el Colegio el bondadoso P. Carlos Kauffman, nacido en Alsacia. Los alumnos eran todavía poco numerosos, debido a varias causas de diferente índole. La adopción del Centro por los religiosos estaba aun reciente; el descalabro que España sufrió en América perdiendo los últimos restos de su poderío colonial, Cuba y Filipinas. Añadamos que la epidemia de la filoxera había paralizado, en buena parte, la exportación de vinos jerezanos de renombre mundial. Tampoco olvidemos que, por aquel entonces, eran pocas las familias que encaminaban sus hijos hacia los estudios secundarios.

Los primitivos locales destinados a Colegio se reducían a un hermoso caserón jerezano con tres plantas, azotea y dos patios interiores. Estas construcciones, en verdad sólidos y bien acondicionadas, satisfacían las necesidades de una familia acomodada, pero resultaban insuficientes de todo punto para albergar una comunidad de 14 miembros, disponer de clases para los alumnos que aumentaban de año en año.

Fue precisamente en 1899 el de la llegada de D. Fidel, cuando se llevaron a cabo obras importantes de ampliación en el Colegio. Levantóse el hermoso pabellón de clases que da a los patios de recreo y la capilla donde aún se siguen celebrando hoy día los actos del culto.

Algunos sucesos de cierto interés tuvieron lugar en el Centro a lo largo de aquel curso. Uno de ellos fue la conmemoración del fin de siglo y la entrada en el siguiente. Por concesión del Pontífice León XIII, el día 31 de diciembre pudo celebrarse en todo el orbe católico la santa Misa a medianoche. En el Colegio se cantó teniendo expuesta su Divina Majestad durante el santo Sacrificio y se recitaron las preces ordenadas por el Santo Padre para dar comienzo al Jubileo.

Aquel año también recibió el Colegio la visita canónica, no del R. P. Provincial en persona, sino de un delegado suyo, el R. P. Francisco Xavier Delmas. ¿Cuál fue la razón? Sencillamente por el hecho de que el R. P. Vicente Olier, al par que Provincial

⁹ Breve reseña histórica de la S. M.

desempeñaba el cargo de Maestro de Novicios, función que le impedía alejarse por mucho tiempo de su puesto de Vitoria.

El 30 de abril de 1900 el Colegio vióse honrado con la visita del Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, D. Antonio García Alix. Unos días antes pasó por Jerez con dirección a Cádiz donde debía presidir la botadura del crucero "Extremadura". Con las autoridades de Jerez acudieron a la estación para saludar al señor Ministro el Director del Colegio y dos religiosos, y en los breves momentos que el P. Kauffman habló con él se atrevió a invitarle para que visitara el Colegio de San Juan Bautista a su regreso a Jerez. En principio aceptó el Sr. García Alix muy gustosamente, si el tiempo se lo permitía. En efecto, el 29 por la noche se apersonaban en el Colegio los señores Marqueses de Casa Pavón y Mochales para anunciar al Sr. Director que al día siguiente, después de visitar el Instituto, el Sr. Ministro se dignaría acudir también al Centro de los marianistas. No quedaban más que algunas horas para preparar el nuevo salón de fiestas, pero la diligencia con que todos los religiosos se pusieron a la obra permitió hacer las transformaciones y preparativos necesarios para que todo estuviera a punto. A las cuatro y media de la tarde tuvo lugar la recepción oficial del Sr. Ministro en el Instituto, adonde acudio una representación de los profesores y alumnos de San Juan Bautista. Acto seguido el Sr. García Alix se trasladó al Colegio, acompañado por el Sr. Gobernador Civil, del Alcalde de jerez, diputado a Corles Sr. Marqués de Mochales y el senador Marqués de Casa Pavón, con algunas personas más de la ciudad. Fue recibido a la entrada por el Sr. Director, el capellán P. Alfonso Stiegler y varios profesores. Al aparecer en el salón resonaron los aplausos de los alumnos y de sus familias y el coro del Colegio cantó un hermoso himno a voces mixtas. A continuación un alumno, todavía muy jovencito, Presidente de la Congregación, José Pemartin, el futuro Director General de Enseñanza Media y Superior, leyó un elocuente y sentido discurso de bienvenida, al que contestó el Sr. Ministro mostrándose satisfecho por la recepción tan atenta y cariñosa que se le dispensaba. Pasó luego a recorrer las aulas y gabinetes de Historia Natural y Física, llevando una grata impresión de la visita. Los alumnos, puestos en dos filas, despidiéronle en la puerta con una cerrada salva de vivas y aplausos.

¿Cuáles fueron las funciones de D. Fidel -así le designaremos en adelante- durante el primer año de su estancia en Jerez?

Sencillas y fáciles porque los alumnos que le tocaron en suerte eran pocos en número y estaban en una edad en la que no crean serias dificultades. Encomendósele la segunda clase primaria, niños de 6 y 7 años, con la ligereza propia de esas criaturas y la deficiente pronunciación que aun tienen, máxime en la región andaluza. Resultóle tarea fácil cultivarles en la lectura, escritura y el cálculo, materias de técnicas esenciales para poder adelantar algo en los cursos superiores. Puso especial cuidado en la enseñanza de la Doctrina cristiana e Historia Sagrada, no escatimando el uso del material intuitivo para hacerles grata y asequible esta enseñanza.

Por su carácter expansivo y abierto, bondadoso y sencillo alcanzó popularidad entre sus pequeños educandos, provocando su risa a pleno pulmón y dejándoles boquiabiertos con sus saltos y divertidos ejercicios gimnásticos durante los recreos. Sintióse feliz entre aquellos tiernos discípulos, ya que, como dice el poeta: "No hay mayor encanto bajo el cielo que el rostro angelical de un pequeñuelo" (Víctor Hugo).

Cuando el Inspector de la Congregación, D. Antonio Enjougier, de santa memoria, giró la visita del Colegio, testimonió que los alumnos de la segunda clase estaban adelantados, y que tanto el aula como su nobiliario se encontraban en muy buen estado de conservación. En cuanto a la opinión que le mereció el profesor dejó escrito textualmente: "Fuidio posee carácter y abnegación, goza de autoridad, demuestra celo e interés por el adelanto de sus alumnos."

La segunda estancia de D. Fidel en Jerez fue durante el curso 1909-1910, año aciago para España por razón de la guerra de Melilla y de la Semana trágica de Barcelona. La santa Obediencia encomendóle la Prefectura o vigilancia de la división de los medianos, esto es, de muchachos de 11 a 13 años, los que por su condición y modo de aceptar la disciplina y el estudio mejor se acomodaban a su carácter. El panorama de la Comunidad había cambiado notablemente, si se le compara con el que encontró la primera vez en 1899. Gobernaba el Colegio el joven sacerdote P. Salvador López de Luzuriaga, hombre inteligente, de fino y bondadoso trato. A su lado trabajaban el P. Alfonso Stiegler, D. Miguel Shall, ambos alsacianos; D. José M.a Zabalegui, D. Nicolás Ortiz de Urrutia, D. Gregorio Lasagabaster, D. Bonifacio Lafuenté, D. Miguel García, D. Pedro Medina, D. Jenaro Linaza, etc.

Entresacamos de los Anales del Colegio tal o cual episodio más saliente de aquel curso. Apenas iniciadas las clases, por mandato del Excmo. Sr. Arzobispo de Sevilla, celebróse un triduo en la capilla los días 10, 11 y 12 de octubre en reparación de los horrendos sacrilegios y profanaciones cometidos durante la Semana roja de Barcelona, los días 27 y 28 de julio. Los actos consistieron en una misa por la mañana, el rezo del santo Rosario y la Bendición con el Santísimo por la tarde. El día del Pilar, último del triduo, hubo misa cantada, Santo Rosario con sermón y Bendición con el Santísimo.

Durante el mes de diciembre se personaron en el Colegio dos jóvenes, casi imberbes entonces, Ángel Herrera y Justo Requejo, pero que con el correr de los años adquirirían renombre dentro de España y fuera de sus fronteras. Solicitaron permiso del Sr. Director para dirigir la palabra a los alumnos y jóvenes de la ciudad con el fin de darles a conocer el origen y los fines de una nueva "Asociación nacional de jóvenes Propagandistas". El R. P. Salvador, acogedor y de espíritu abierto a toda idea generosa, autorizó muy gustosamente lo que se le pedía, siempre que se celebrase el acto en el Colegio y en presencia de los alumnos mayores, de los antiguos y de las familias. Con el Director ocuparon la Presidencia los Superiores de los Reverendos Padres carmelitas y jesuitas de Jerez. Abrió los discursos el antiguo alumno Manuel Alarías Castro Palomino, quien hizo la presentación de los oradores venidos de Madrid. Tras él tomó la palabra Ángel Herrera, exponiendo los objetivos que se proponía la "Asociación de jóvenes Propagandistas" recientemente creada en la capital de España. Finalmente, el Sr. Requejo, con una palabra fogosa y vibrante, tuvo al auditorio pendiente de sus labios durante una hora.

Tan entusiasmados quedaron los oyentes que el P. Salvador, interpretando el deseo general, invitó a los jóvenes jerezanos a que acudieran a la estación para despedir a los oradores. Así lo hicieron en crecido número, lo que complació sobremanera a los dos creadores de esta nueva Asociación, que, andando los años, crecería lozana por toda la Península, en beneficio de la Religión y de la Patria.

Tengamos muy presente que pasaba España por un período agitado de luchas políticas como secuela de la guerra de África y de la abortada revolución de Barcelona; que el conglomerado de los partidos políticos de izquierda había hecho caer al partido conservador presidido por el ilustre hombre público D. Antonio

Maura; por último, que se avecinaban leyes laicas a imitación de las que en Francia se habían dado contra las Órdenes religiosas y la Iglesia en general.

El 29 de mayo hubo en los patios del Colegio de San Juan Bautista un mitin organizado por los elementos católicos de la ciudad para protestar contra la apertura de las Escuelas laicas y ateas. Fue iniciador del acto D. Francisco Zulueta, Presidente de la Asociación de los Luises de Jerez. A las cinco y media de la tarde se ocuparon las sillas colocadas en los patios, asistiendo gran número de alumnos, obreros del Centro Católico, damas y caballeros. Ante ellos hablaron el Director del Colegio, el Sr. Zulueta, D. Fidel Fuidio, D. Dionisio Garcia Pelayo, D. Lorenzo Derki y D. Tomás Cafranga. Ni que decir tiene que todos los oradores abundaron en la idea fundamental, a saber: el pernicioso daño que se seguía para la Sociedad de la educación sin religión y la perversión de las masas obreras quitándoles toda idea religiosa que pueda frenarlas en sus pasiones y odios de clase. La concurrencia aplaudió repetidas veces a los oradores, y aunque no fue todo lo numerosa que podía esperarse por la condición asustadiza de las gentes católicas, reinó el entusiasmo y se tomaron acuerdos de importancia.

¿Cómo desempeñó su cometido de Prefecto y Profesor D. Fidel durante aquel movido curso de 1909-1910? Tenemos a la vista dos documentos que nos lo dicen de modo fehaciente y muy completo. Es uno el informe que el Inspector D. Clemente Gabel envió a la Administración General después de la visita anual al Colegio. Dice así: "Buen Profesor y mejor Prefecto. Ejerce un excelente apostolado entre sus alumnos. Como Profesor los resultados son buenos y sabe electrizar a los muchachos para estudiar. Buena adquisición para el Director y para la casa de Jerez."

Apunta con precisión en estas breves líneas del informe, las dos notas más salientes de la acción educadora que D. Fidel desarrolló a lo largo de su vida; a saber: el entusiasmo que sabía llevar a toda su labor docente y la alegría que despertaba entre los muchachos haciéndoles gustosas las tareas escolares por áridas y penosas que parecieran.

Es indudable que el maestro es quien hace la escuela o la deshace, la infunde espíritu y vida o la convierte en cárcel aborrecible y odiosa. El espíritu animoso y jovial del profesor se transfunde muy pronto en las almas de los alumnos y les dispone para seguirle hasta donde quiera llevarles.

El Director del Colegio, a su vez, enjuiciando años más tarde. la labor de D. Fidel como Prefecto, se expresaba de este modo: "Entre los diversos Prefectos que en mi vida de marianista y de Director he conocido -todos ellos excelentes-, hay tres que merecen una mención especial por lo bien que comprendieron la enorme influencia que el Prefecto puede y debe ejercer entre los alumnos de un Colegio. Estos Prefectos fueron D. Nicolás Ortiz de Urrutia, D. Pedro Medina y D. Fidel Fuidio. Para este último el Prefecto no fue nunca un sargento que exige orden, silencio, trabajo y disciplina, cumplir los castigos impuestos por los profesores, hacerse temer y... odiar. Eso no lo hubiera permitido ni su gran corazón ni tampoco la idea que se había hecho acerca de la ventajosa posición que ocupa un Prefecto para conocer a sus alumnos y aprovechar las mil ocasiones que se le ofrecen para adentrarse en sus corazones.

Preparaba con esmero la lectura espiritual del fin de la jornada y que con alguna frecuencia transformaba en una sentida plática. Servíase del Calendario para escoger los asuntos según se iban sucediendo las fiestas del año, invitando a los niños a prepararse a ellas y celebrarlas con algún acto especial que él mismo les sugería. Al lado de esta acción sobre el conjunto de la división hay que hacer resaltar su apostolado en las conversaciones por medio de esas frases sueltas y dejadas caer como al desgaire y usualmente, los atinados consejillos en momentos de apuro para tal o cual alumno amenazado de echarse al surco o desviarse del buen camino. Claro que debido a esa excesiva bondad de que rebosaba su corazón en alguna ocasión la disciplina sufría cierto eclipse, pero el Director del Colegio pasaba por alto alguna falta de orden exterior, habida cuenta del bien real que el Prefecto hacia a las almas. Muchos años después de la salida de D. Fidel, los alumnos de Jerez, tan asequibles al cariño, le recordaban y añoraban las platicuitas de la lectura espiritual que paternalmente les daba."

CAPÍTULO VII

EN EL COLEGIO DE SAN FELIPE NERI EN CÁDIZ

El ambiente que vivió D. Fidel en Cádiz difería notablemente del conocido en Jerez. Otro era el aspecto de la ciudad, distinta la condición de los niños, extraña también la forma del edificio en que se hallaba instalado el Colegio.

Cádiz es una de las capitales españolas más llenas de Historia. Circúndala por un lado una espaciosa bahía y por otro un mar abierto. Su caserío limpio y aristocrático, hállase apretujado tras las centenarias murallas, por fortuna hoy desaparecidas y los vetustos castillos artillados. Las calles son estrechas y están tiradas a cordel. Posee una grandiosa catedral de estilo neoclásico y barrocas iglesias como las del Carmen, de San Francisco, San Antonio y San Felipe Neri.

Para un hombre como D. Fidel aficionado a la historia y sensible a todas las expresiones del Arte, Cádiz era, con sus museos de arqueología y de pintura, un teatro más apropiado para satisfacer su ánimo entusiasta y admirador de todo lo grande y bello.

El Colegio de San Felipe Neri, puesto a disposición de los religiosos marianistas por el Excmo. Sr. Obispo Calvo y Valero, tiene su nota histórica y artística también. Fue en sus primeros tiempos Seminario-Convento de los PP. Filipenses del Oratorio, y hállase adosado a la iglesia dedicada al celoso apóstol italiano.

Forma un patio cuadrangular de unos 20 metros de lado en derredor del cual se encuentran distribuidas las clases y habitaciones con acceso a ellas por tres airoas galerías superpuestas. Después de adquirido por la Compañía de María se cubrió dicho patio con una soberbia montera de cristal para librarle de las lluvias y con un toldo de lona para amortiguar los ardorosos rayos solares durante los meses estivales.

El edificio, como la generalidad de las casas gaditanas, posee amplias azoteas desde las que pueden respirarse frescas brisas marinas y contemplarse los edificios, la bahía, el ancho mar Atlántico.

La iglesia de San Felipe adquirió renombre universal a principios del siglo XIX por haberse celebrado en ella las sesiones de Cortes en las que se elaboró la primera Constitución liberal de nuestra Patria. Su forma ovalada, casi circular, con tres galerías o coros alrededor de la nave, la hacía cómoda para las reuniones de los diputados doceañistas y del público que acudía a oír sus fogosos discursos, más llenos de fervor patriótico que de buen sentido político.

El primer intento del celoso Prelado gaditano, Excmo. Sr. Calvo y Valero, para llevar a los marianistas a la capital de su diócesis, fue en 1887, pero sólo cuatro años más tarde pudo ser una realidad. En octubre de 1891 es cuando llegaron a Cádiz los tres religiosos que iban a dar satisfacción a los anhelos del celoso Pastor; a saber: D. Casimiro Souyris, D. Francisco Xavier Richert y D. Antonio Cubillo. Pero sobrevino una detención que estuvo a punto de dar al traste con los mejores deseos de una y otra parte. El edificio que se destinaba para Colegio se encontraba en tan lamentable estado que no podían llevarse allí los niños. Diéronse comienzo las obras de reconstrucción, y como éstas iban con una lentitud desesperante, el Sr. Obispo alquiló un piso en la calle Benjumeda, núm. 11, para instalar provisionalmente el Colegio. El mismo dignísimo Prelado, anciano y achacoso, trabajaba con sorprendente vigor y energía animando a los obreros con su propio ejemplo, pues salía cada tarde cubierto de cal, extenuado, casi enfermo. Con alguna frecuencia gustaba de quedarse a tomar con los religiosos una frugal comida y más frugal desayuno. Finalmente, en noviembre de 1892 se inauguraron las clases con cinco alumnos en el local provisional de la calle Benjumeda. Al año siguiente la matrícula subió a 40 alumnos, y en marzo de 1894 se pudo instalar el Colegio en San Felipe. Digamos de paso que en él había explicado cátedra unos años antes el conocido literato D. Alberto Lista, siendo al par Director del Centro.

Los niños gaditanos, de color cerúleo, con grandes y redondos ojos, son de un fino trato y modales distinguidos; cariñosos y serviciales; muéstrense dóciles a la dirección, tan prontos en el prometer como inconstantes en el cumplir lo prometido. Poseen un carácter confiado y abierta, junto con una fina e irónica sal andaluza.

Regentaba el Colegio, por aquellos años, el R. P. Juan José Bacquier, francés de nacimiento, español de corazón y gaditano por

adopción. Recibió de Dios dotes admirables de mando y de organización. Era buen orador, no obstante su pronunciado acento francés, del que nunca pudo librarse; emprendedor y dinámico. hábil para captarse la simpatía y poner a su servicio las voluntades ajenas, fueran éstas de las autoridades civiles, militares, eclesiásticas o de los padres de los alumnos. A su iniciativa, siempre despierta e inagotable, se debían las veladas literarias, los solemnes repartos de premios, las concurridas primeras comuniones y las peregrinaciones al santuario de Nuestra Señora de Regla, las fiestas de toda índole celebradas en el Colegio. El parecía llenarlo todo con su espíritu organizador y con su oratoria, si el caso lo requería.

La crisis económica sobrevenida en el país como consecuencia del desastre de Cuba en 1898 afectó, como no podía por menos, al puerto de Cádiz, ya muy decaído desde la emancipación de las colonias. La gente que vivía de los negocios de importación y exportación de mercancías a América quedó inactiva y sin recursos. Sus efectos alcanzaron también al Colegio; descendió el número de alumnos, las pensiones resultaban tan módicas que no bastaban para sostener el profesorado. La escasez y penuria llegó a tal punto que la Administración General dio la voz de alerta y amenazó incluso con el cierre del Centro si no se remediaba la situación. El P. Bacquier, resuelto como pocos, y altamente encariñado con la ciudad y sus alumnos, apresuróse a convocar a los padres de familia para una reunión. Tuvo ésta lugar el 21 de julio de 1901. Para la vida del Centro bien puede calificarse de histórica en verdad. Acudieron a la cita unos 70. Hablóles el Sr. Director con su habitual claridad y franqueza de la amenaza de cierre que se cernía sobre el Colegio. Emitiéronse pareceres, apuntáronse soluciones y al fin encomendóse a una Junta creada con miembros de los señores allí presentes para que, con facultades amplias, buscara la solución que todos apetecían. Integraron aquel Comité tres prestigiosos gaditanos: D. Miguel de Aguirre, a la sazón Alcalde de la ciudad; D. Lorenzo Lacave, reputado industrial, y el Ilmo. Sr. D. Antonio Millán, comerciante. Empezaron los comisionados por allegar los recursos necesarios para saldar las deudas -alquileres no pagados- que el Sr. Obispo D. José María Rancés reclamaba con apremio y fundaron luego la Sociedad Anónima "La Escolar", que adquirió el inmueble liberándolo de la dependencia de la Mitra. Los marianistas de todos los tiempos, consideran, reconocidos, como segundos fundadores de San Felipe Neri a estos tres ilustres próceres gaditanos.

Durante los cursos de 1900 a 1902, D. Fidel tuvo a su cargo los alumnos de la clase de ingreso, chicos de 10 años a los que se pueden aplicar las palabras de Lavedán: "Más delicados que el aire y más volubles que la ola." Con ellos la labor profesional le resultó fácil, casi placentera, dada la feliz retentiva que poseen los muchachos de esa edad, su docilidad habitual y lo dispuestos que se hallan en todo momento para la sugestión y el entusiasmo.

Su conducta como religioso y su acertada labor como profesor y educador está bien destacada en este informe de los visitantes: "D. Fidel muéstrase piadoso y exacto cumplidor de sus deberes religiosos; está animado de excelente buena voluntad en el desempeño de sus funciones. Religioso edificante, servicial y franco." En uno de los informes se apunta la idea de que en breve se le podrán confiar alumnos más crecidos, pero sería de desear que antes se le facilitaran los medios para adelantar en sus estudios universitarios. Este ruego fue atendido muy pronto como veremos más adelante.

En octubre de 1903 encargósele de explicar las asignaturas de Lengua Castellana y Latina, las que le ponen en contacto con alumnos de una edad que mejor cuadraba con la índole y modo de ser suyo. D. Fidel se entregó a su tarea con alma y cuerpo, ingenióse de mil maneras para hacer que las aún tiernas inteligencias de sus alumnos asimilaran o al menos retuvieran las abstractas nociones gramaticales junto con las técnicas de la declinación y conjugación latinas.

Al par que cumplía sus deberes de Profesor llenaba en la Comunidad funciones que son muy convenientes, digamos incluso que indispensables en la obra educadora de un Colegio. Realzaba las funciones de la capilla con su potente y bien timbrada voz de barítono, dirigía los ejercicios gimnásticos de los alumnos y participaba como el que más en cuantos actos y fiestas colegiales se celebraban a lo largo del curso. Y no olvidemos que bajo el gobierno del P. Juan Bautista Bacquier las fiestas colegiales eran un tanto frecuentes.

Nos permitimos entresacar de los Anales de la casa algunas funciones llevadas a cabo estos años y en las que D. Fidel no fue un mero espectador, sino actor y animador imprescindible.

El Cronista califica de histórica una reunión de antiguos alumnos celebrada en enero de 1904. Tuvo por objeto fundir en una

sola las dos Asociaciones de ex-colegiales de San Felipe Neri, los del primitivo Colegio dirigido por Alberto Lista y los de los marianistas. Presidió la sesión el P. Bacquier y pronunciaron discursos en nombre de los alumnos del antiguo Colegio D. Miguel de Aguirre, D. Guillermo Camargo y D. Antonio G. de Arboleya. Por los ex-alumnos marianistas el Sr. Monzón y Hezode. Ni que decir tiene que la unión se realizó y en lo sucesivo no se ha hablado más que de antiguos de San Felipe. En tan solemne ocasión el inspirado vate Sr. Arboleya leyó esta luminosa composición poética, que por ser un canto a la Compañía de María, copiamos íntegra:

A los religiosos de la Compañía de María, instalado en el antiguo Colegio de San Felipe Neri

Con justicia, de su alteza
blasona vuestro Instituto;
¿Quién no ha de rendir tributo
a su heráldica nobleza?
La fe en la fortaleza
tejen su escudo a porfía,
y bajó él la Compañía,
fijo en Dios su pensamiento,
vive del divino aliento
del corazón de María.
Bajo los sacros pendones
de esta excelsa Capitana
lánzase la hueste ufana
a conquistar corazones.
Y ¡cuánta es de sus legiones
la amante solicitud!
Dígalo esta juventud
que hoy bebe ciencia a raudales
en los puros manantiales
del Trabajo y la Virtud.

Vigoroso al par que tierno
es vuestro lema... ¡Adelante!,
sacarlo do quiera triunfante
es humillar al infierno.
Por algo plugo al Eterno
claros por templo y altar
el granítico Pilar,

que Zaragoza venera,
donde aprende España entera
lo que es Patria, honor y hogar.
Por eso el blasón mariano
luce entre frescos laureles
tres simbólicos cuarteles
en su escudo gaditano.
Uno el nombre soberano
de la que es astro y aurora,
otro, la Cruz redentora
y otro, el Corazón amante
de un Apóstol sol fulgente
de su empresa educadora.

Y qué empresa. ¡Por cimiento,
amor y santa doctrina;
por móvil, la fe divina
que da al alma luz y aliento,
por fin, buscar al sediento
de verdad, y hartar su anhelo;
y cuando la muerte el velo
rasgue, que lo eterno encierra,
al morador de la tierra
darle morada en el cielo!

Por este mismo año el Director del Colegio, cediendo a reiteradas instancias de las familias, introdujo la preparación de las carreras militares y de marina, encomendando la dirección de esta Academia a D. Ricardo Fernández de la Puente, gran caballero cristiano y marino prestigioso. Esta innovación constituyó indudablemente un acierto, pues amén de solucionar un problema a las familias, de proporcionar al Colegio ingresos que le eran muy necesarios, dio a la Patria hombres que se cubrieron de gloria en las guerras de Marruecos primero y en la Cruzada nacional más tarde.

Un episodio de interés para la familia marianista se produjo en Cádiz el 27 de febrero de 1907, cual fue la llegada del Reverendo P. Provincial Francisco Xavier Delmas, con un grupo de misioneros que iban a fundar en Méjico la primera casa de la Compañía. Integraban aquella expedición religiosos franceses y españoles capitaneados por el santo veterano D. Juan Causse, antiguo Maestro de novicios.

La comunidad de Cádiz, con su Director al frente, acogiólos con alegría y se esmeró por hacerles plácida la estancia en aquella ciudad las horas que les fue dado permanecer en ella. La despedida constituyó una verdadera manifestación de simpatía fraternal cuando embarcaron en el Manuel Calvo de la Transatlántica.

Digna de apuntarse es también la visita que hizo a San Felipe Neri Su Majestad el Rey Alfonso XIII al recorrer por primera vez, después de su coronación, triunfalmente, las provincias españolas. En la plaza de las Cortes estaban alineados los alumnos del Colegio y mucho gentío esperando la llegada del monarca, y en la puerta misma de la iglesia el Sr. Obispo y las autoridades civiles, militares, Director y Profesores marianistas: Cuando apareció Su Majestad, una salva de aplausos atronó el espacio mientras los alumnos, uniformados y en dos filas, arrojaban flores a su paso. Tras los saludos de rigor entró en la nave del templo que recorrió bajo palio, llevado por seis marianistas, D. Anastasio G. de Matuco, D. Teófilo Craisac, D. Francisco Jacob, D. Luis Ruanet, D. Pedro Ruiz de Azúa y D. Juan López. Después de los actos de la iglesia pasó el Rey al grandioso patio del Colegio, profusamente adornado con flores, banderas y gallardetes. Allí se encontraban las mesas ya dispuestas para servir una comida a los pobres de la ciudad. Al verse en medio de aquel patio, en cuyas galerías se había colocado los más granado de la sociedad gaditana, exclamó Alfonso XIII: "¡Qué hermoso es Cádiz, qué hermoso, qué espléndido es todo esto!" El coro de alumnos, acompañado por un sexteto, cantó un hermoso y vibrante himno que para tal circunstancia compuso el maestro Gabiola. Las damas gaditanas, ataviadas con el buen gusto que saben poner en semejantes ocasiones, distribuyeron la comida a los pobres, mientras el Rey fue pasando por entre las mesas, prodigando saludos y sonrisas a los convidados, de los que recibía en cambio incesantes vivas y aplausos. El joven monarca, abierto y simpático como lo fue toda su vida, no cesaba de repetir en voz alta: "Esto es lo mejor que he visto en Cádiz."

No podemos proseguir nuestro relato sin apuntar el paso transcendental que dio D. Fidel aquel verano de 1904. Nos referimos a su consagración definitiva en el servicio de Dios y de María mediante la profesión de los votos perpetuos. Cuando en marzo solicitó de los Superiores la gracia de ser admitido definitivamente en la Compañía, todos los religiosos informantes testimoniaron ser D. Fidel un "religioso abnegado y bondadoso,

poseer una piedad sincera, estar animado de un excelente espíritu apostólico, profesar un verdadero apego a su vocación y un gran amor a la Compañía de María.”

Desde que tuvo conocimiento de que el Superior General había despachado favorablemente su petición, lleno de santo gozo, preparóse con el mayor fervor a su profesión. En Jerez de la Frontera pasó los ocho días de Retiro que precedieron al acto, viviendo en el mayor recogimiento. Los sermones estuvieron a cargo del R. Padre Alberto Martínez, de la Orden de San Francisco, predicador reputado en la ciudad como hombre verdaderamente apostólico y dotado de una elocuencia vehemente y persuasiva. A la luz de la fe expuso las verdades religiosas y los deberes derivados de los santos votos. Por fin, en la tarde del día 5 de agosto, D. Fidel, postrado ante el altar, pronunció la fórmula constitucional de la profesión con la mano puesta sobre los Santos Evangelios. Recibió los votos en nombre de la Iglesia el R. P. Francisco Xavier Demas en presencia de todos los Hermanos de Andalucía y del Inspector D. Clemente Gabel, que en calidad de tal acudía por primera vez a dichos Retiros.

Con D. Fidel se consagraron también para siempre a la Reina de los Cielos otros dos jóvenes religiosos, D. Melquiades Pérez y D. Luis Peciña.

CAPÍTULO VIII

PROSIGUE D. FIDEL SUS TAREAS DOCENTES EN CÁDIZ

Tras el año pasado en Madrid concurriendo a las aulas universitarias, regresó D. Fidel a la culta y pulcra Cádiz para continuar su labor profesional. En el Colegio no se habían producido cambios de importancia. La misma cabeza seguía gobernando aquella familia escolar, "ayuntamiento de maestros y educandos", como la llamaría el autor de las Siete Partidas. Parecidos eran los actos académicos con los que periódicamente se interrumpía la monótona vida de clases y estudios. Idéntico, en fin, el "curriculum vitae" de profesores y alumnos. c

Cádiz, ciudad de larguísima y brillante historia naval y marinera, tiene en sus cercanías un famoso astillero y una renombrada Academia oficial de marina. Ambas creaciones han influido notablemente a lo largo de los siglos en la orientación vocacional de la juventud gaditana. A los niños de esta ciudad les cautiva y obsesiona la vida militar y los riesgos del mar, como a los muchachos de Cataluña les atrae e interesa el negocio industrial y comercial en que ven metidos a sus progenitores. No ha de extrañar, pues, que muchos alumnos, después de cursar los tres primeros años de segunda enseñanza, se sintieran impulsados a preparar el ingreso en una cualquiera de las Academias castrenses. Y el Colegio de San Felipe Neri hubo de tener en cuenta esa realidad, por lo que, como queda expuesto, fue un acierto indiscutible la creación de la Academia preparatoria para dichas carreras, so pena de ver desaparecer a los alumnos en los años más interesantes y decisivos para su formación. Esta circunstancia explica el hecho que hoy nos hace sonreír, de concurrir a las clases de los últimos años del Bachillerato tan sólo dos o tres alumnos. Téngase presente también que para algunas familias interesaba más que sus hijos cursaran estudios comerciales y de Artes y Oficios que los de segunda enseñanza. El Profesorado, pues, veíase obligado a repartir sus actividades en materias muy diversas.

Para formarse una idea del trabajo académico que se desarrollaba en el Colegio de San Felipe Neri por aquellos años,

vamos a transcribir los resultados obtenidos al final del curso 1907-1908 en los exámenes. oficiales.

En el Instituto, sobre 186 exámenes se obtuvieron 20 sobresalientes, 53 notables, 110 aprobados y 3 suspensos. No se olvide que en el Bachillerato de 1903 se cursaban tres o a lo más cuatro asignaturas en cada curso.

En la Escuela de Comercio hubo 10 aprobados, 6 notables y 1 sobresaliente. En Artes y Oficios 4 sobresalientes, 6 notables, 3 aprobados y 1 suspenso. En las Academias militares, de cinco presentados, ingresaron en artillería 2, en infantería 1 y otro en ingenieros.

¿Cuáles eran las relaciones del Colegio con los Centros oficiales? De mero cumplido durante el año; más frecuentes en el periodo de exámenes. Si es muy cierto que en alguna ocasión tal o cual juez examinador se mostró duro y displicente con los alumnos del Colegio San Felipe Neri, en general, puede afirmarse que entre el profesorado de ambos Centros docentes existió un trato correcto e íntimo incluso con alguno de los catedráticos.

Dos actos algo señalados tuvieron lugar durante esta segunda etapa de la estancia de D. Fidel en la capital andaluza y en los que tomó parte activa.

Celebróse el primero el día 3 de enero de 1907, concurriendo a él antiguos alumnos de la fundida Asociación de ex-colegiales anteriores y posteriores a la llegada de los marianistas. El comedor del Colegio se hallaba profusamente adornado con flores, macetas, banderas y gallardetes y dos retratos, uno del P. Chaminade y otro de D. Alberto Lista. Durante la comida -servida a las siete de la tarde, según costumbre en la región- reinó la más franca camaradería, sintiéndose todos altamente satisfechos por verse reunidos y en condiciones de renovar amistades contraídas en la niñez. Al final surgieron los oradores, de oficio unos, espontáneos los más, ya que el andaluz es locuaz por naturaleza y orador improvisado en cualquier lugar y momento. En nombre de los colegiales más jóvenes habló el Sr. Monzón; por los veteranos del primitivo Colegio, el canónigo y elocuente orador sagrado Dr. Elejalde. Entre los espontáneos se cuentan a D. Fidel Fuidio, siempre complaciente, y a D. Ignacio del Villar. El Sr. Elejalde comentó ampliamente el objetivo que con frecuencia recordaba D. Alberto Lista a sus educandos: "Nuestro fin es formar jóvenes

instruidos, virtuosos y amantes de la Religión y de la Patria.” D. Fidel, dice el Cronista, tuvo frases muy felices en su improvisación, invitó a todos los allí presentes a trabajar sin descanso para lograr abrirse camino en la sociedad por los medios lícitos del esfuerzo y de la iniciativa personal, y alcanzar, dentro de la misma, un puesto digno y en conformidad con los designios de la Providencia.

Al sentarse fue calurosamente aplaudido por los comensales.

Otro episodio de la vida colegial que se ha repetido con alguna frecuencia en Cádiz fue la peregrinación de los Congregantes al Santuario de Nuestra Señora de Regla en Chipiona. He aquí en breves líneas el relato que hace de ella un testigo: “Se atravesó la bahía en el vapor Mercedes, previa concentración de más de 190 peregrinos en el muelle del puerto a las siete de la mañana. De los pasajeros 110 eran alumnos pertenecientes a la Congregación, 22 más admitidos por concesión generosa del Sr. Director y 55 familiares que solicitaron el favor de acompañar a los niños. La llegada a Chipiona tuvo lugar a las 9,40, después de un corto trayecto hecho en tren. No es preciso declarar que durante el trayecto se rezaron varias decenas del santo Rosario y se cantaron variados motetes a la Santísima Virgen. La entrada en el pueblo hízose en dos filas. rompiendo la marcha la bandera enhiesta de la Congregación. Mucha gente del pueblo se agolpaba en las calles presenciando el paso de los peregrinos y se unía a ellos para llegarse hasta el Santuario -convento de los Padres franciscanos-. Recibieron éstos a la peregrinación a las puertas del templo, en cuya espaciosa nave se fueron colocando todos. La santa Misa se celebró a usanza marianista y predicó en ella el canónigo Sr. Elejalde, dejando al auditorio conmovido y enfervorizado con sus elocuentes palabras. Por invitación de los Padres franciscanos la Comunidad y personas más destacadas comieron en los claustros bajos del convento, yendo los alumnos y peregrinos a la fonda llamada “El Castillo”, con sus adjuntos patios y jardines. Por la tarde congregáronse nuevamente en la iglesia para el rezo del santo Rosario, seguido de la exposición con el Santísimo. La piadosa plática de circunstancia corrió a cargo del activísimo e infatigable P. Juan B. Bacquier. El regreso hízose en forma parecida a la ida, sin que hubiera que lamentar incidente alguno, habiéndose pasado un día lleno de santo gozo en homenaje rendido a la Reina de los Cielos.”

Quien ha conocido a D. Fidel y vivido a su lado en circunstancias parecidas no le será difícil representársele en esta peregrinación, metido entre los alumnos, animándoles a cantar, a rezar, a jugar y divertirse en gozoso esparcimiento. Gozaba él y comunicaba su alegría y contento a cuantos a su lado se encontraban.

Un religioso que vivió a su lado por aquellos años nos dice: "D. Fidel es el hombre bueno, bondadoso, siempre alegre y optimista; el hombre sin hiel, que no se mete con nadie ni critica la conducta de los demás. Es todo entusiasmo y actividad."

Alguien dejó escrito que "no es perezoso solamente el que no hace nada, sino también aquel que podría hacer algo mejor que lo que hace". D. Fidel, temperamento dinámico y avaro del tiempo, aprovechó sus años de estancia en Cádiz para ampliar su cultura y perfeccionarse en todo aquello que pudiera constituir un medio para mejor llevar a término con éxito el apostolado a que venía consagrado. Tuvo una temporada en que la afición mayor la centró en tocar el piano, para lo cual se puso bajo la dirección del eximio profesor del Colegio y notable compositor D. Camilo Gálvez. Practicó con tesón la gimnasia sueca para llevar con más eficacia los ejercicios físicos de los alumnos. Hasta tuvo el humor de ensayarse en el arte de la esgrima muy en boga entonces en Casinos y Centros militares.

"Vamos a organizar unas conferencias instructivas", dice un día a mi grupo de profesores, y se forma en la Comunidad una especie de Circulo de estudios, del que fijé alma y principal animador D. Fidel. Cada semana, por turno, subían los religiosos a la cátedra y desarrollaban, éste un tema de Religión; aquél trataba de las abejas; quien de los eclipses. D. Fidel, en uno de sus turnos, expuso de qué manera se puede considerar a la Compañía de Jesús como una fuerza opuesta al Protestantismo y la Compañía de María como otra fuerza nacida para contrarrestar el indiferentismo religioso derivado de la Revolución francesa.

Comunicó D. Fidel su afición a la música y al canto a varios jóvenes de la Comunidad, llevándoles a estudiar con paciente afán el método de solfeo de Eslava. Para ello reuníanse todos los días en hora determinada en la sala del piano y machacaban durante quince minutos el Método. Organizó veladas, instructivas al par que recreativas, en las que sus alumnos más aventajados exponían temas de Ciencias, de Letras o de Historia. En algunas de sus

intervenciones personales, para dar él ejemplo, trató sobre “la vida y la condición de los perros de San Bernardo”. En otra narró el gracioso cuento del Enano, haciendo reír no poco a los concurrentes. En una tercera disertó largamente en torno al Arte árabe, dando reiteradas pruebas de erudición, dominio de la palabra y elegancia de estilo.

De esta forma y por estos medios aleccionaba y entretenía provechosamente a los que de él dependían y a su lado se encontraban. El ocio estaba reñido con él y su mayor placer lo encontraba en comunicar a los demás lo que había estudiado, leído o visto. Muy justo encontramos, por tanto, que sus Superiores formen de él los juicios tan favorables tocante a su conducta y trabajo. “D. Fidel -escribe el Inspector D. Clemente Gabel- vuelto a Cádiz desde Madrid, donde ha estudiado la Licenciatura se ha puesto al trabajo con la mejor buena voluntad. Es estimado y querido por los alumnos, a los que hace mucho bien. Conserva, sin embargo, un carácter algo jovial, tal vez pudiéramos decir ligero en su manera de obrar, que le lleva a cometer, contra su voluntad, equivocaciones que es el primero en lamentar.”

En diciembre del mismo año 1906 escribía por su parte el Padre Provincial: “Sujeto inteligente, tiene afición por las Bellas Artes, comprende bien la vida religiosa y se esmera por llevarla de un modo digno y edificante. Es alegre y ocurrente, posee una bella voz y se ha convertido en un difundidor del canto.”

Los años pasan, el hombre se completa más y más en todos los órdenes por poca que sea su preocupación de crecimiento intelectual, moral y religioso. Casi sin pretenderlo se adquieren conocimientos, se amplían los horizontes de la vida, viene cierta madurez de juicio y de experiencia que permiten asumir responsabilidades nuevas y más delicadas. Llevaba ya D. Fidel diez años de vida activa, habla dado reiteradas pruebas de amor al trabajo. acierto en el manejo de los alumnos, capacidad mental, flexibilidad de condición, abnegación y espíritu religioso bien arraigado. La Providencia no tardará en conducirlo a un campo de apostolado más amplio, donde dará la medida de su valer como profesor y educador.

CAPÍTULO IX

ESTUDIANTE UNIVERSITARIO

A lo largo de la primera etapa de sus estudios, que abarca desde los doce hasta los dieciséis años, D. Fidel demostró suficientemente el estar intelectualmente bien dotado en general. Retenía con facilidad, se expresaba con desparpajo, sentía inclinación al estudio y obtenía entre sus compañeros unos puestos que le colocaban entre la primera mitad de la clase. Con frecuencia en los informes se le califica de "joven inteligente y despierto, aunque algo inconstante a veces en el esfuerzo". Al salir del Noviciado, los Superiores le destinaron sin vacilación alguna a hacer los estudios de segunda enseñanza. Ya queda dicho que los llevó con tal éxito que con dos años, aprovechando las convocatorias de junio y de septiembre, logró terminar el Bachillerato.

La Administración Provincial de España, alentada en el empeño por los Superiores mayores de la Congregación entendió desde un principio que convenía al prestigio de la enseñanza católica y congregacionista el que los profesores religiosos ostentaran los mismos títulos académicos que los seculares, fueran éstos oficiales o privados. Como primer paso para la consecución de tal objetivo, determinó que los escolásticos dieran validez oficial a los estudios del Magisterio, del Bachillerato o del Comercio, según sus peculiares aptitudes y aficiones. Una mayor cultura de carácter universitario la intentarían quienes se sintieran con ánimos y contaran con dotes suficientes para lograrla.

Entendían que si el título de suyo no da la ciencia, su adquisición obliga a un trabajo mental que, de otro modo, difícilmente se impone uno voluntariamente. Que con los títulos oficiales se prestigiaban los Centros y el Profesorado ante los alumnos, las familias y las autoridades académicas. Finalmente, se prevenían contra posibles exigencias estatales, que no tardaron en llegar, dificultando la enseñanza a los Colegios carentes de personal titulado.

Esta política y orientación se inició en 1899 congregando en Escoriaza a unos cuantos religiosos, ya en funciones, para dedicarse exclusivamente a preparar los Programas de la Facultad de Letras de Madrid. En aquel primer grupo de estudiantes universitarios

estaban D. Domingo Lázaro, D. Salvador López de Luzuriaga y D. Lorenzo Reca. Durante el curso 1902 a 1903 figuraban D. Fidel Fuidio, D. Bonifacio Lafuente, D. Francisco Martínez Aristain, D. Gregorio Martínez de Murguía y D. Benigno Pérez. En la sección de Ciencias se preparaban: D. Manuel Malo, D. Antonio Cubillo, D. Demetrio Uriarte, D. Constantino Diez y D. Pedro Ruiz. Todos ellos acudían a Madrid en las convocatorias de junio y de septiembre para sufrir las pruebas correspondientes como alumnos libres.

Sobre los planes de estudios universitarios de entonces se publicaron sendos artículos en el *Apôtre de Marie* en los meses de marzo y abril de 1907, debidos a la pluma de D. Luis Heintz, el correspondiente a la Facultad de Ciencias, y a la de D. Lorenzo Reca, el dedicado a la Facultad de Letras.

Refiriéndose a aquel grupo de profesores estudiantes, cuya dirección le estuvo encomendada, escribía el P. Lázaro: "De la Universidad qué decir. D. Bonifacio y D. Fidel, pica que pica en sus tres asignaturas, no tan difíciles como las del año pasado. El Sr. Pérez con su constancia les obliga a no quedarse muy rezagados, so pena de topar con alguna vergüenza, porque las lecciones se toman a diario y sin remisión. Además de las tres asignaturas que constituyen el Preparatorio se explica latín (lección diaria). Hasta aquí, desgraciadamente, ha privado la Historia y por eso no han hecho . gran mella en el idioma de los curas. ¡Cuán poco comprenden la excepcional y privilegiada situación con que este año los han agraciado los Superiores! No digo esto por acusarlos de negligencia; ¡oh, no!, trabajan y mucho, pero aludo tan sólo a ese poco empeño por el latín. Nuestro Gregorio, aunque algo más fuerte que el año anterior, aun sigue, empero, algo enclenque y flacucho, pero vásele soltando la lengua. D. Francisco da la lección de hebreo casi diaria; y ahora, durante estas vacaciones, D. Eduardo José, que llegó ayer, le dará dos cursos de árabe al día; con todo, de las asignaturas que debiera cursar, sólo para una o dos tiene Programas. ¡Qué desbarajuste en esos Centros oficiales! Este mismo D. Francisco se ha encargado este año de desenvolver el Programa de Literatura española para D. Bonifacio, D. Fidel y D. Benigno. Charla no le falta, ¿verdad? Al propio tiempo ha sustituido a D. Lorenzo en el Escolasticado"¹⁰.

¹⁰ Carta a D. Miguel García del 24 de diciembre de 1902.

En los exámenes de junio los resultados fueron altamente lisonjeros. Lo mismo puede decirse de los de la convocatoria extraordinaria después del verano.

Apremios de personal, al comenzar el curso 1903 a 1904, hicieron que D. Fidel fuera enviado a Cádiz para dar clase, interrumpiendo así sus estudios de Facultad. Felizmente pudo proseguirlos al curso siguiente asistiendo a la Universidad Central como alumno oficial.

Pero antes de hablar de ello, hagamos un poco de historia sobre la presencia de los marianistas en la corte de España. En octubre de 1903 abrió la Compañía de María una residencia para religiosos jóvenes, cuatro en total, que habían de asistir a las clases oficiales. Tuvo su sede aquel año en la calle de Ferraz, núm. 11. Al curso siguiente se abandonó dicho local para alquilar otra vivienda en la calle de Jorge Juan número 22, y ya no sólo para religiosos, sino también para estudiantes de carrera, ex-alumnos principalmente de los Colegios marianistas de España. La dirección y buen gobierno de una obra de esta índole requiere mucho tacto, habilidad suma y una abnegación a toda prueba por parte del Director y de sus colaboradores, pues es bien sabido que los jóvenes salen del hogar y de las aulas de los Colegios ávidos de libertad y de diversiones.

En la Residencia de Jorge Juan se reunió aquel año de 1904 un número algo crecido de religiosos, el R. P. Francisco Javier Delmas, Provincial; D. Jerónimo Vecino, Director y al par estudiante de Ciencias exactas; se encontraban también el P. Enrique Soulié, capellán de la casa; P. Enrique Quinchart, que lo era del Conde de las Almenas y preceptor a la vez de los hermanos Juan y Ricardo Lacierva; D. Carlos López, preceptor del hijo del Conde de las Almenas, en sustitución de D. Rufino Blanco; D. Pedro Ruiz de Azúa, estudiante de Ciencias, y D. Fidel Fuidio, alumno de Historia. Para atender a los menesteres de la casa contaba la Comunidad con dos Hermanos obreros, D. Pedro Langarica, que hacía de camarero encargado del aseo, y D. Anastasio Bilbatúa, que regentaba la cocina. El hecho de reunirse en Madrid tantos religiosos se explica teniendo en cuenta que durante el verano habían entrado en España muchos Hermanos expulsados de Francia. Llegáronse a juntar en la Residencia hasta 14 estudiantes de distintas carreras, todos alumnos procedentes de los Colegios de Andalucía, con la sola excepción de Enrique Eguren, ex-colegial de Vitoria.

En la vida de comunidad D. Fidel, alma sencilla y sin malicia, por credulidad unas veces, por complacencia las más, prestábase a proporcionar alegría y esparcimiento a los demás Hermanos. Es cosa admitida y bastante corriente, v. gr., el dar y ser objeto de inocentadas el día 28 de diciembre. Ocurriósele a D. Fidel meterse en la cama fingiéndose el enfermo para que, cuando llegase a casa uno de los capellanes, se le dijera que visitara a D. Fidel que estaba seriamente indispuesto. Así se quedó el bueno de D. Fidel más de una hora sin que asomara por su cuarto el sacerdote, ya que los Hermanos se cuidaron muy bien de no decirle nada. Al cabo del tiempo comprendió D. Fidel que la inocentada se la habían dado a él, y buscando el desquite clavó algunas monedas en las gradas de la escalera para hacer picar a los demás. No lo logró, sin embargo, porque todos ese día vivían prevenidos. Tampoco tuvo éxito cuando puso vinagre y pimienta en el vino. El único en probarlo fue él mismo, queriendo dar ánimo a los demás para que bebieran.

En la Universidad tuvo como profesores, entre otros, a D. Andrés Ovejero y a D. Eduardo Hinojosa. Fueron ambos los que mayor influencia ejercieron sobre él, desarrollando su ya pronunciado gusto por el Arte y la Historia. Explicaba el Sr. Ovejero la asignatura de Literatura y Bellas Artes. Joven catedrático a la sazón, y hombre apasionado por estas materias, comunicó a sus discípulos el entusiasmo que él tenía; complacíase en dar, además de las lecciones doctrinales o teóricas de la cátedra, las clases prácticas en los museos y ante los monumentos mismos. De vez en cuando llevaba a sus alumnos al Prado, y con los cuadros a la vista desarrollaba sus luminosas lecciones, dando una atinada interpretación de las obras y del estilo de los pintores. D. Fidel que poseía un afina sentimental, debió gozar lo indecible escuchando al erudito maestro, que a la vez mostrábase severo juez en los exámenes.

Las lecciones del eminente catedrático de Historia Antigua y Media de España dejaron también profunda huella en D. Fidel y fijaron su vocación de Profesor de estas materias. El Sr. Hinojosa, figura relevante de la Universidad Central, fue un gran amigo de la Compañía de María desde los primeros contactos que tuvo con los religiosos marianistas D. Luis Cousin y P. Pelmas. Afiliado al partido conservador, desempeñó los cargos de Gobernador Civil de Valencia y Barcelona, así como el de Director General de Comunicaciones; pero si aceptaba estos elevados puestos políticos era más por

espíritu patriótico y de servicio en favor de su jefe el Alarcón de Pidal que por gusto y ambiciones de mando. Su pasión era el estudio y la investigación, alcanzando una erudición tan grande, que su discípulo, Rafael Marín Lázaro, le consideró como el mejor historiador jurídico de nuestra nación en su época. No discursaba en clase, ni sus lecciones eran meras conferencias en las que el maestro trata de lucir su feliz retentiva y su soberana elocuencia mientras los alumnos dormitan o se divierten. Ponía a disposición de sus discípulos documentos de primera mano y sobre ellos les hacía trabajar. Iniciaba, pues, el sistema de Seminario que poco a poco se ha ido generalizando en nuestras actividades. El año en que D. Fidel asistió a su clase, el Sr. Hinojosa desarrolló el tema "El Fuero de León", documento el más importante de todos los otorgados a los Municipios españoles de la Edad Media. Fue donado por el rey Alfonso V a la capital de su reino. Las eruditas explicaciones del catedrático entusiasmaron a D. Fidel hasta el punto de que fue una idea fija en él durante varios años el hacer la tesis del Doctorado sobre este tema, como se verá más adelante.

D. Claro Abánades, publicista de cierta nota y benemérito recopilador de los discursos y escritos de D. Juan Vázquez de Mella, fue un compañero de estudios de D. Fidel. Refiriéndose a él nos da los siguientes interesantes detalles: "Fuidio fue un gran amigo y uno de los más inteligentes condiscípulos que encontré en la Facultad de Filosofía y Letras. Desde que le conocí fue para mí no sólo un amigo bueno, sino un maestro en la disciplina de la Historia. Con él me aficioné a las cuestiones de la Arqueología y del Arte pictórico. Sufrimos juntos el examen de Reválida de la Licenciatura de Historia. Entonces, a principios del siglo, eran esos exámenes rigurosos. Solamente fuimos cuatro los que nos presentamos a graduarnos: un Padre jesuita que residía en Valladolid y se apellidaba Apalategui, Pedro de Urbistondo, toledano, Fidel Fuidio y yo. De los dos primeros no he tenido más noticias. Pero Fuidio y yo tuvimos correspondencia después de aquellos ejercicios. El último curso asistí dos meses a las clases y allí conocí a Fuidio. Muy pronto simpatizamos y nuestras conversaciones se reducían casi siempre a discutir sobre asuntos de arte. D. Andrés Ovejero y Bustamante era a la sazón catedrático de Historia del Arte y nos invitó a una excursión a Toledo. Formamos parte de ella Fuidio y yo, y pasamos un día inolvidable. D. Andrés, joven todavía, con el entusiasmo propio de quien siente el arte y admira las grandes obras, nos condujo por todos los sitios en que podía explicarnos el valor de los

monumentos toledanos. Nosotros tomábamos notas de sus explicaciones y a mí se me ocurrió escribir un librito, el primero que publiqué y en el que hacía el relato de lo que había visto y oído.”

En la Universidad, como en todas partes, D. Fidel aparecía con su genio alegre y dispuesto a derramar buen humor en torno suyo. Solía, en ocasiones, entrar en los pasillos del caserón viejo de la calle San Bernardo con unos “quevedos” que no necesitaba para nada y adoptando un “aire” de catedrático en el momento de entrar en clase.

En julio, terminados los exámenes, marchó a Escoriaza, donde se le encomendó un repaso de Historia con los escolásticos. Andaban estos jóvenes intrigados y sin saber cómo responder a una pregunta del Programa en la que se decía: “Relaciones de Felipe II con Suecia.” ¿Tratábase de una equivocación o era un simple error de imprenta? A la vista de la ignorancia y de la perplejidad de aquellos estudiantes salió D. Fidel con estas alentadoras palabras: “Esta pregunta es la más fácil del Programa. ¿Relaciones de Felipe II con Suecia? Pues muy sencillo, que se hizo el sueco.”

Pendiente en junio de alguna asignatura regresó a Madrid a fines de septiembre sin poder terminar la Licenciatura como hubiera sido su deseo. Sólo en enero pudo coronarla con la aprobación de los ejercicios de la Reválida.

CAPÍTULO X

EN EL COLEGIO DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR DE MADRID

Nos hallamos en el mes de septiembre de 1910. Cuenta D. Fidel 30 años de edad, posee una cultura superior universitaria y una sólida formación religiosa adquirida durante dos lustros de vida profesional en los Colegios. Es el momento en que la santa Obediencia le transplanta a Madrid para proseguir la misma labor educadora que ha ejercido en los Centros de Andalucía. El nuevo ambiente dentro del cual ha de moverse durante 23 años de profesorado, será el más adecuado para dar rienda suelta a sus aficiones histórico-artísticas. Los museos y palacios de la Corte, así como las ciudades satélites de Alcalá, Guadalajara, Avila, Segovia, El Escorial, Toledo, etc., le ofrecen, en efecto un vastísimo campo de inagotables centros de interés y de lecciones ocasionales que avaramente sabrá aprovechar para empapar a sus alumnos de Historia y de Arte en las formas más variadas, ricas y representativas. De todo ello se servirá para cautivar la imaginación y enardecer el corazón de generaciones de discípulos.

Pero antes de presentar a D. Fidel como profesor del Colegio del Pilar, creemos será del agrado de los lectores el que dediquemos algunas páginas a reseñar la historia de este Centro, cuyo rápido desarrollo y elevado prestigio ha sido objeto de la admiración de propios y extraños. Un primer capítulo contendrá la apertura y vicisitudes externas del mismo. El segundo, las notas, más destacadas de la Pedagogía seguida en él para formar a los educandos que han frecuentado sus aulas.

“La vida de un Colegio -copiamos de Recuerdos correspondiente al curso 1920-1921- tiene sus etapas como la de los individuos: nacimiento, infancia, adolescencia, edad madura, decrepitud y muerte.

El Pilar sólo conoce hasta ahora las cuatro primeras épocas mencionadas. ¡Dios le mantenga en el cuarto estadio dilatados años, ahorrándole los achaques de la decrepitud y las angustias de las horas postreras!

Primera etapa: Goya, 13. fue la cuna de la criatura, el 3 de octubre de 1907. Un millar de tarjetas que los carteros deslizaron

debajo de las puertas, y un anuncio en El Universo, dieron parte del feliz alumbramiento a los vecinos de la Corte. Lacónicamente anunciaban que "Durante el curso de 1907-08, se recibirían alumnos de primera enseñanza elemental y superior, y del primer año de segunda enseñanza".

El día señalado, doce chiquillos, remolcados por sus mamás, escalaron los treinta y tantos peldaños, preguntando en cada piso, como en otros tiempos los Reyes de Oriente, dónde estaba el Colegio recién nacido.

Un recibidor, tres clases, una capilla, un comedor y una cocina, constituían el local; cuatro profesores y un cocinero, todo el personal. Y desde tan humilde cuna llevó un sello, que en años sucesivos no había de perder: el de una intensa vida familiar, con su cariño mutuo, deferencias en el trato, atenciones recíprocas y familiaridad de buena ley. Edad de oro fue aquella, en que los chiquillos se despedían los sábados, con el sentimiento de que el domingo fuese día de asueto, y volvían el lunes, rebosando alegría ante la perspectiva de seis días seguidos de clase. Quantum mulatas ab illo!

El 12 de octubre celebróse por primera vez la fiesta de la Patrona del Colegio. Con mayor voluntad que afinamiento, cantaron el himno del Pilar, a toda orquesta; esto es, al son del único violín que había en casa.

Ya encarrilados, trabajaron bastante, pasearon mucho, ya que el patinillo era más reducido aún que el número de los colegiales. Estos fueron multiplicándose hasta llegar a 28 al fin del curso.

La semilla siguió fructificando durante el verano, y en octubre de 1908, 69 muchachos llamaron a las puertas del Colegio. Como se ve la progresión se anunciaba lisonjera y había de mantenerse sin mengua en los años sucesivos.

Curso de 1909-10	135 alumnos.
" " 1910-11	160 "
" " 1911-12	230 "
" " 1912-13	395 "

Las clases y el personal siguieron naturalmente el mismo compás. De tres pasaron a cinco, y después a siete, a nueve y a trece, no siendo el menor de los rompecabezas que traía cada curso, el encontrar locales para el siguiente. Así se dio el caso, en

1910, que tres clases tuvieron que emigrar al núm. 42 de Claudio Coello. En 1912 nueva emigración.

Segunda etapa.-1.a enseñanza: Goya, 16; 2.a enseñanza: Claudio Coello, 41. En vista del número cada vez mayor de los aspirantes, se acudió a una solución radical: la división del Colegio en dos secciones independientes. Para ello se alquiló el núm. 16 de la calle de Goya, a donde se trasladó la 1.a enseñanza ya triplicada. El Bachillerato, a su vez, abandonó Goya, 13, para sentar sus reales en Claudio Coello, 41. Libre así de sus movimientos cada sección pudo desarrollar sus iniciativas sin tropiezo, y el número de alumnos llegó a cifras sorprendentes:

	Curso de 1913-14	491 alumnos.
" "	1914-15	537 "
" "	1915-16	578 "
" "	1916-17	643 "
" "	1917-18	695 "
" "	1918-19	760 "
" "	1919-20	825 "
" "	1920-21	870 "

quedando sin plaza un promedio de 100 a 150 niños cada año.

El problema del local volvió a plantearse una vez más en el año 1918. En Claudio Coello los alumnos estaban materialmente hacinados. Pasillos y clases resultaban estrechos con escasa luz y ventilación; los patios, totalmente insuficientes para los juegos de los alumnos, y la misma escalera se encontraba resentida de abajo a arriba con la incesante subida y bajada de los alumnos. A tal punto era esto verdad, que, al abandonar la casa, observó el dueño que la pared maestra de la calle se había desviado de la línea vertical, y hubo de tirarla por completo para reponer el edificio en condiciones de ser habitado.

El P. Lázaro, Provincial por aquel entonces, alojado en Goya, 16, veía la crítica situación en que se encontraban los Directores de ambas casas y compartía sus preocupaciones. Mas ¿cómo remediarlas? Los momentos no eran, ciertamente, muy propicios para arriesgarse a grandes aventuras. En el exterior, se encontraba Europa asolada por la guerra y las revueltas políticas y sociales que se siguieron de ella. Dentro de España, notábase igualmente gran

efervescencia entre las masas obreras; el costo de la vida subía, con las consiguientes derivaciones en la industria y en el ramo de la construcción. ¿Podía la Provincia, en tan críticas circunstancias, lanzarse a la aventura de comprar los terrenos y proceder luego a la edificación de un Colegio? ¿Cabría esperar ayuda económica de la Administración General, comprometida entonces en la reconstrucción de las obras destruidas por la guerra?, y con todo, una solución urgente se imponía. Iniciáronse gestiones, reuniéronse Consejos, buscáronse informes, consultóse a personas de negocios; todo se puso en juego, y cuando el horizonte parecía más cerrado, solía decir el P. Domingo Lázaro: "Puestas las cosas en esta tesitura, en lo humano no se ve remedio alguno; preciso buscarlo en lo divino, donde siempre se reserva un margen la divina Providencia."

Por mandato y recomendación suya se elevaron preces al Señor y a nuestra Patrona la Virgen del Pilar en las casas de Formación y en los Colegios; se interesó también en esta cruzada de oraciones y sacrificios a diversas Ordenes contemplativas.

Y bien pronto se encontró el terreno -su emplazamiento se entiende-, porque las negociaciones duraron dos años largos, sin duda porque el demonio se metía de por medio para enzarzar todas las cosas. Pero la partida no era igual. La Providencia, siempre en el momento crítico, resolvía las dificultades, orillaba los tropiezos, moderaba las exigencias, engrasaba los rodajes somnolientos de las Administraciones públicas. Ella nos sacó felizmente de un enredo en el que, al decir de las gentes competentes, hubieran sido necesarios diez años. Las familias respondían prestando dinero a un tanto por ciento muy módico; quien quinientas pesetas, quien mil; quien diez mil, y los alumnos aportaban el pequeño óbolo de sus ahorrillos de varios años. Finalmente, el 7 de abril de 1920, se pudo cantar el "Te Deum" en acción de gracias por la compra de los terrenos por tanto tiempo suspirados. La escritura de compra se formalizó en casa del notario Sr. Bofarull, sita en la carretera de Extremadura, denominada "La Torre". Se hallaban presentes la Excma. Sra. Marquesa de Bárboles D^a Ana de Bartodano y de la Cerda, el R. P. Domingo Lázaro, D. Juan Clot y D. Juan Alonso. El Notario, enfermo a la sazón, dirigió desde su lecho las operaciones de la escritura pública, en virtud de la cual la Compañía de María entraba en posesión de los terrenos que la señora Marquesa, allí presente,

poseía en la Avenida de Menéndez y Pelayo, frente al parque del Retiro.

El cronista que en el Apôtre de Marie, agosto de 1921, relata estos sucesos, continúa diciendo: "Ahora, los planos. Trabajo sencillo en medio de todo, ya que los papeles aceptan, con su proverbial complacencia, todos los planes, viables o no. Y empezó una serie ininterrumpida de consejos privados o públicos en los que todos aportaban una excelente buena voluntad por cuanto que no habla que preocuparse de cálculos, débitos, ingresos y otras bagatelas por el estilo. Un arquitecto, provisto de las mil y una exigencias de un Colegio que se respeta, trazó planos que fueron la admiración de la Administración General."

El costo global de las construcciones proyectadas quedó, sin embargo, en prudente penumbra. Fue necesario, con todo, abordarlo, y la Administración Provincial se puso a ello resueltamente. Dejémosla un momento, uniendo, como dice un proverbio español, "Roma con Santiago", para salir de la intrincada dificultad, mientras la Providencia prepara con esta lenta e insondable paciencia que le es característica una solución insospechada.

Desde 1909, una piadosa duquesa, a quien estorbaba en casa un respetable número de millones, construía, con una fastuosidad que sólo puede permitírsele un Carnegíe o un Alorgan, un imponente edificio benéfico, en el que la fantasía de un arquitecto inteligente se marchó por camino libre. Era además el deseo de la misma duquesa. Piedra tallada, azulejos variados, ya lisos ya esmaltados con dibujos en colores discretos, vidrieras con tonos muy suaves fueron obras maestras. Lentamente el incomparable edificio surgía, perfecto en el conjunto y en los detalles, rivalizando por el esplendor de su arquitectura con las construcciones más bellas de la capital, guardando, sin embargo, en la decoración interior un sello de noble y austera sencillez y haciendo soñar por eso mismo en los monasterios más admirables de los siglos de fe. Una iglesia del más puro estilo ojival, con vidrieras maravillosas, fue el remate de esta obra grandiosa: solamente las vidrieras habían costado, antes de la guerra de 1914, 98.000 pesetas. Iba a hacerse la inauguración de esta obra en 1915, cuando sobrevino la muerte de la fundadora, sin testar.

En seguida comenzaron a aparecer innumerables herederos, que entretuvieron muy agradablemente, por cierto, a una legión de

abogados y procuradores durante cinco años. El caso acabó por esclarecerse y los herederos legítimos que sobrenadaron se pusieron inmediatamente a la tarea de repartirse la inmensa fortuna.

Aconteció que, unos días antes de la colocación de la primera piedra del que había de ser futuro Colegio del Pilar, sometido a un prolongado sueño, esperando los fondos necesarios para adjuntarle las entregas y donativos primeros, segundos y otros más, aconteció, repito, que uno de los hombres de negocios de la herencia en cuestión vino a proponer a los marianistas la soberbia construcción en lugar del Colegio que se proyectaba. Se aceptó en principio la propuesta, no sin ahogar cortésmente una sonrisa de incredulidad. El 8 de diciembre se notificaba a la Administración General la oferta que se nos hacía, testimonio elocuente de la protección de la Santísima Virgen a nuestra familia religiosa. Comunicado también a amigos leales y entendidos el asunto se llevó con empuje. Las conversaciones se prosiguieron con energía, desbrozando el asunto, hoy de una oposición, mañana de una mala voluntad, al día siguiente de una dificultad imprevista. Después de tres meses interminables, durante los cuales aquellos mismos que trabajaban con más indomable tesón no osaban admitir una realización tan feliz, el sueño fantástico tomó cuerpo, entró en vías de realidad y se encaminó hacia una solución definitiva.

El 22 de enero de 1921, aniversario de la muerte del venerado fundador, la última pesadilla se desvaneció, y el 25, finalmente, se firmó el acta de compraventa.

Las comunidades de Madrid, puestas al corriente de las negociaciones tan sólo algunos días antes de la terminación de las mismas, se creyeron víctimas de un engaño y su estupefacción no acabó hasta el instante de hallarse en presencia del hecho consumado. Jamás se cantó un "Te Deum" con emoción más viva y agradecimiento más profundo. Al día siguiente de la firma, los alumnos de primera enseñanza fueron a visitar su nueva morada. Entraron primeramente en la capilla, preciosa joya de estilo gótico, y en ella, apretados en la nave central, en filas de 12 en fondo, saludaron a su Madre con el "Ave Maria purísima" tres veces repetido y salido del fondo del alma. Era conveniente que los pequeños fueran los primeros en entrar en el nuevo Colegio, a fin de santificar con su inocencia y su plegaria la casa que su Madre, tan a menudo invocada por ellos, acababa de proporcionarles.

La noticia del resultado feliz de aquel transcendental asunto se extendió como reguero de pólvora. El entusiasmo de los alumnos y de las familias fue indescriptible cuando se les paseó por los largos corredores, los grandes salones y dependencias todas del grandioso edificio. Desde aquel día fue una verdadera peregrinación de familias, recorriendo "su Colegio" y admirando el magnífico conjunto y los mil detalles que le convierten en el más bello edificio de la Compañía de Maria.

Tercera etapa: Castelló, 54.-En octubre de 1921 se reúnen los alumnos de 1.a y 2.a enseñanza en el edificio de la calle Castelló. Adquirido en el mes de enero fueron precisos ocho meses para acondicionarlo a las nuevas necesidades. Treinta clases, ocho servicios de aseo e higiene, laboratorios, gabinetes, comedores, salas de dibujo, una reforma radical en la calefacción, en el alcantarillado, en las bocas de riego esterilizadores de agua, etc., etc.

La dirección inmediata de los pequeños siguió encomendada al venerado D. Clemente Gabel, que la venía desempeñando desde 1913. D. Luis Heintz, asumía, juntamente con el gobierno de los, alumnos mayores, las funciones de Superior de la casa.

A partir de septiembre de 1924 se implantó un nuevo régimen en la Dirección del Colegio. El P. Domingo Lázaro, de feliz memoria, cesó en el Provincialato para tomar la alta Dirección del Centro. Quedó al frente de la sección primaria D. Clemente y se encomendó la dirección de la segunda enseñanza a D. Antonio Martínez García, hasta entonces Director del Colegio de Santa María de Vitoria. Se hacía un ensayo para la mejor marcha de una obra de día en día más complicada por razón del crecimiento de alumnos y de profesores. Al excelente resultado que tuvo esta ordenación contribuyó las miras elevadas con las que cada cual se movió en su puesto respectivo, la abnegada colaboración de todos los religiosos y más que nada la bendición patente de la Santísima Virgen, Patrona del Colegio y verdadera Superiora de aquella su gran familia.

He aquí el movimiento de alumnos desde los años 1921 al 1933, último éste de la presencia de D. Fidel en Madrid:

Curso de 1921-22	977 alumnos
" " 1922-23	1.046 "
" " 1923-24	1.066 "

"	"	1924-25	1.143 "
"	"	1925-26	1.172 "
"	"	1926-27	1.185 "
"	"	1927-28	1.200 "
"	"	1928-29	1.215 "
"	"	1929-30	1.250 "
"	"	1930-31	1.300 "
"	"	1931-32	1.340 "
"	"	1932-33	1.366 "

El advenimiento de la República, no obstante sus leyes persecutorias y sectarias, no detuvo el ritmo creciente del Colegio que con el triunfo de la Cruzada nacional rebasó la cifra de los 2.000 alumnos.

CAPÍTULO XI

RÉGIMEN INTERNO DEL COLEGIO DEL PILAR

La apertura del Colegio del Pilar, en medio del aristocrático barrio de Salamanca, fue vista en sus comienzos con curiosidad mezclada de un vivo recelo. Extrañaba a las gentes, por de pronto, la indumentaria del profesorado: levita y bombin, traje de etiqueta que vestían entonces los Diputados en las sesiones de Cortes, los Jueces en los Tribunales y los invitados a las recepciones de Palacio. Llamativa era también la condición de extranjeros que tenían varios de los señores, infundiendo la sospecha de que pertenecieran a alguna secta protestante que se había infiltrado descaradamente en el corazón de la Patria. No bastaba a disipar ese temor entre ciertas gentes el título y advocación tan mariana y española que llevaba el Colegio.

El uso habitual del idioma francés entre los profesores y entre los alumnos fuera de las clases, era un tercer motivo de preocupación más el tiempo, que todo lo descubre, el trato de las familias con la Dirección o los maestros, y, sobre todo, el testimonio diario de los colegiales que acudían a las aulas disiparon aquellos temores y determinaron un cambio radical en la opinión que la gente se había formado en un principio acerca de los nuevos educadores que trabajaban en el incipiente Colegio. Trocóse el temor en admiración, y poco a poco se hizo el Pilar el Colegio de "moda" de la capital, disputándose las plazas las familias distinguidas y de elevada posición.

Funcionaban en las proximidades del nuevo Colegio algunos otros dirigidos por seculares, como "El Clásico" y el "León XIII", que desdeñaron en los comienzos a su competidor. Pronto comprobaron, sin embargo, que aquellos maestros de levita eran unos terribles rivales que día a día iban absorbiendo todo el alumnado un poco selecto del barrio de Salamanca,

¿A qué se debió el rápido desarrollo del Colegio? Es pregunta que se han hecho no pocas personas. Analizando el fenómeno pudieran apuntarse diversas causas; extrínsecas unas, intrínsecas otras. Entre las primeras citaremos las siguientes:

a) La insuficiencia de centros religiosos de enseñanza en Madrid por aquella época. La capital de España, con sus 800.000

habitantes, no contaba más que con los veteranos vetustos colegios de San Fernando y San Antón dirigidos por los Padres Escolapios, el de Chamartín de la Rosa de los Padres Jesuitas y el Comercial que abrieron poco antes los HH. de las Escuelas Cristianas en la apartada calle de Bravo Morillo.

Pululaban, eso sí, las Academias y pequeños Centros de piso, dirigidos por beneméritos profesores privados. Todos ellos, los de los religiosos y los de los seculares, rendían exámenes anuales en los dos únicos Institutos que tenía la corte; a saber, San Isidro y Cisneros.

b) La preocupación que se iniciaba en las familias de la clase media de proporcionar a sus hijos una cultura suficiente para llegar a las carreras liberales. Este afán y comezón por los estudios de segunda enseñanza ha prendido luego en las clases más modestas de la sociedad, de tal modo que la multiplicación de los Centros oficiales y privados sigue siendo insuficiente.

c) La propaganda indirecta, no buscada, pero real, que hicieron del Colegio sus alumnos, dirigiéndose a media mañana y a media tarde al parque del Retiro para tomar sus recreos. Durante los catorce primeros años de existencia, el Colegio, alojado en pisos y casas de vecindad, no disponía de patios de juego donde los alumnos se expansionaran durante los ratos de asueto entre clase y clase. La Dirección, con gran sentido pedagógico, resolvió esa notable deficiencia conduciendo a los alumnos al Retiro para que tuvieran media hora de expansión y ejercicio físico. Dos veces al día, pues, veían las gentes desfilar ordenadamente y en animada conversación a los grupos de niños yendo y viniendo de la calle de Goya al Retiro y viceversa.

Sabemos de alguna señora que antes de conocer a los marianistas, viendo pasar por debajo de su balcón a aquellos niños con sus profesores y tomándoles a éstos por pastores protestantes, decía: "Rezo todos los días para que ese Colegio no prospere." Después envió a sus seis hijos para que se educaran en él.

Hoy día son sus nietos quienes reciben allí la misma formación.

El conocido notario Sr. Bofarull confesaba en cierta ocasión: "Cuando veía a los chicos que jugaban en el Retiro con sus profesores a los que trataban con tanto respeto, cariño y confianza, hondamente apenado por la idea de que aquellos señores fueran

protestantes, me decía: ¡Señor, qué pena, cómo se extienden las sectas en nuestra pobre nación!”

Las causas intrínsecas fueron con todo las que en mayor grado determinaron el auge y crédito del Colegio. Las enunciaremos así:

1. Una formación religiosa y moral basada en la condición peculiar y en la espontaneidad del niño y del joven.

2. La enseñanza de las materias literarias y científicas, encomendada a un profesorado seleccionado y competente, y dada con métodos renovados.

3. Los repetidos éxitos obtenidos en los exámenes oficiales al fin del curso.

4. La importancia concedida a la formación física mediante los juegos dirigidos y la gimnasia practicada con sujeción a un plan técnico.

5. El cuidado que la Dirección puso desde la apertura del Colegio por interesar a los padres en la educación de sus hijos.

6. El ambiente de familia establecido y practicado de continuo para crear una atmósfera favorable a la libre expansión de los muchachos.

Vamos a desarrollar un poco estos puntos.

Formación religiosa. - “La educación en la Compañía de Maria ha sido siempre liberal, es decir, a base de libertad, dando la preferencia al acto religioso libremente aceptado más que a las prácticas de piedad impuestas.” Padre Hoffer, Informe del 2º Oficio 1951.

El nuevo Centro, aunque dirigido por religiosos, rompía los moldes tradicionales en los que se desenvolvía la vida de la generalidad de los Colegios regentados por otras Congregaciones. No admitía alumnos internos, no imponía la asistencia diaria a la santa Misa, ni tan siquiera el rezo del Rosario antes de que regresaran los alumnos a sus hogares. Se daba, si, la enseñanza de la Doctrina en cursos graduados y cíclicos con el mayor esmero; se comenzaban y terminaban las clases con una breve plegaria; existían grupos de congregantes dirigidos cuidadosamente por un sacerdote o simple profesor; se facilitaba cuanto era dado la recepción voluntaria de los Sacramentos de Penitencia y Eucaristía,

y se procuraba formar conciencias claras acerca de los deberes morales y religiosos para que en el Colegio y fuera de él, en sus hogares y en la calle, durante el curso y en las vacaciones, los alumnos cumplieran sus obligaciones y devociones por imperativo de su conciencia, espontáneamente, libremente y no por imposición de Reglamentos colegiales.

“En el mundo de los astros hay que hacer el bien, no forzando, sino atrayendo.” (El Obispo de los Sagrarios abandonados, pág. 118.)

Métodos renovados. -Personal suficiente y bien preparado, limitado número de alumnos en las clases y uso frecuente del material intuitivo fueron las tres preocupaciones esenciales del dinámico Director del Colegio del Pilar, que lo regentó durante los diecisiete primeros años. Persuadidos los Superiores Provinciales de la importancia que tenía el Colegio del Pilar, no le escatimaron el personal docente ni en calidad ni en número; a medida que se ampliaban las clases se proporcionaba los religiosos necesarios para evitarse el empleo de profesores asalariados.

La limitación de alumnos en cada clase permitía a los educadores conocerlos mejor, instruirlos con más eficiencia y hacer la corrección de los trabajos escritos con el detenimiento requerido. Para contrarrestar el memorismo preponderante y deformador de nuestro Bachillerato había que dar margen, como fuera, a la enseñanza intuitiva, de ahí el constante uso del cuadro, del mapa, del dibujo, de la fotografía, de la proyección, del experimento, de las lecciones ocasionales en los centros y lugares históricos, artísticos, industriales, etc.

Una enseñanza intuitiva, razonada, bien asimilada con clases suplementarias de Redacción y Matemáticas, de lecturas espontáneas, todo ello encaminado a conseguir una ortografía decorosa, un estilo correcto, la reflexión y el trabajo personal.

Los éxitos en el Instituto El Colegio del Pilar estaba incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros, y en calidad de tal los profesores entraban a formar parte de los Tribunales examinadores en la convocatoria de junio con voz y voto. La soltura con que los muchachos se presentaban ante los jueces, el nivel de formación que alcanzaban en las diversas materias estaba tan por encima de las riadas de otros examinandos, que los pilaristas se ganaron la estima y el crédito más subido ante el profesorado oficial. Llovían

año tras año las calificaciones más excelentes, y el público que presenciaba los exámenes salía admirado de la sólida preparación de que hacían gala.

Fue norma del Colegio, aceptando la situación legal creada, vivir en la mayor armonía con el profesorado oficial. Sorteábase con la mejor buena cara y disposición de ánimo la postura menos grata que pudiera adoptar algún genial y extravagante catedrático, pero manteníase un contacto amistoso, de mutua comprensión e inteligencia con el elemento docente estatal, de donde se derivaron no pocos beneficios al Colegio. Esta conducta no impedía, sin embargo, percibir las lacras del sistema de enseñanza que imperaba y trataba de amenguar el Colegio.

Educación física. - "Una pedagogía que prepara y educa al niño completo y cabal en la tierra y para santo en el cielo, ésa es la pedagogía que a mi me gusta" (Arcipreste de Huelva). Se quería que los hijos de las familias acomodadas de la corte fueran "muchachos" no "petimetres ni relamidos, sino lozanos y vigorosos", como diría Montaigne.

El plan de enseñanza oficial prescribía dos cursos de Gimnasia en el Bachillerato de 1903; pero la aprobación de esa disciplina se reducía a llevar un certificado médico de que no se podía hacer ejercicios gimnásticos por padecer alguna determinada indisposición o el aval de un profesor de educación física cualquiera.

En el Pilar se tenía otro concepto de la formación física que los Centros de enseñanza deben dar a sus alumnos, por eso la prestó el debido interés buscando al efecto un profesor diplomado de Gimnasia que la diera en todos los cursos del Bachillerato, y no sólo en los dos primeros como estaba prescrito; en horas bien determinadas y con sujeción a un Programa y método técnico. Y así se practicó siempre con ejemplar seriedad con vistas, no a la calificación oficial, sino al desarrollo más cabal y completo de sus educandos. Pero no bastaba eso; precisábase dirigir los juegos y dar a los deportes la cabida que permitieran, de un lado, los locales, y de otro, el horario escolar. Entre clase y clase tenían los alumnos un recreo de un cuarto de hora o de media hora, que tomaban bajo la vigilancia inmediata de su respectivo profesor, el cual se constituía en animador de los juegos y diversiones de los chicos en vez de limitarse al simple papel de "cabo de varas" o "polizonte". Organizó el Colegio los deportes, de fútbol principalmente, con animadas competiciones que tenían lugar los domingos por la mañana y los

jueves por la tarde en campos reglamentarios alquilados. De aquellos entrenamientos y campeonatos colegiales salieron no pocos jugadores que dieron fama y renombre al "Madrid" y al "Atlético" de la capital.

Huelga decir que todos los años los alumnos del Pilar hacían periódicas excursiones a la Sierra con fines deportivos, debidamente acompañados por sus profesores. Cosa hoy muy generalizada y entonces bastante singular, tenida incluso copio aventurada.

La colaboración de los padres.-Un gran medio educador que puso en práctica el Colegio del Pilar fue el uso de los volantes de notas semanales. Este método era ya tradicional en todos los Colegios marianistas desde que lo introdujo el P. Lalanne el siglo pasado. Por lo general cada sábado se entregaba a cada alumno una hoja o volante conteniendo la puntuación que había merecido en cada una de las asignaturas cursadas. Llevaban las hojas una orla de color diferente según la suma de puntos alcanzados en todas las materias. Aparecía consignado en las mismas el puesto logrado entre los compañeros de clase, la calificación merecida en el certamen de determinada asignatura. Con este documento los padres tenían una información acabada acerca de la manera cómo su hijo se había conducido en todos los aspectos de disciplina y trabajo. Si había ganado o perdido con relación a la semana anterior en el color del volante, en el puesto entre los condiscípulos, en la puntuación de cada materia de estudio. Por si aun se había deslizado en la vida colegial del muchacho alguna infracción un poco saliente llevaba el volante en su parte inferior un punteado con el epígrafe "Advertencia", que la Dirección llenaba atinadamente si había necesidad.

A este medio fundamental de estímulo, que eran los volantes de notas semanales, añadía el Colegio otros muy diversos, tales como el Cuadro de Honor, en el que se inscribían los alumnos que habían obtenido primero y segundo grados; el Libro de oro para los que ocupaban en clase el primer puesto mayor número de veces en el año; la Orden del día, volante de color dorado para el primero y segundo de cada clase. Los años en que el uso del idioma francés era obligado, en los recreos circuló el "accusateur" moneda de bronce que circulaba en manos de aquellos que se descuidaban en hablar español durante los tiempos de expansión y juego.

Aun se hacía llegar a poder de los padres anualmente un pequeño retrato psicológico de sus hijos. Puestos de común

acuerdo. los profesores redactaban el psicograma de cada alumno recogiendo en él cuantas observaciones había hecho sobre las condiciones psíquicas de cada alumno, su conducta, reacciones de carácter, trato social, disposiciones o aptitudes más marcadas para tal o cual disciplina, etc. Está fuera de duda que este estudio detenido sobre la índole y virtualidades de los chicos, realizado a conciencia y comunicado después a las familias, ha contribuido poderosamente a acreditar la educación dada por los religiosos marianistas.

Ambiente de familia,-El venerado Fundador de los marianistas dejó a sus hijos estas consignas apostólicas: "Debemos atraer al mundo, y sobre todo a los jóvenes, por nuestras maneras suaves, amables y pacientes. Tengamos para con nuestros alumnos el celo de una madre, un celo verdaderamente maternal. Sed padres, se dice, a veces, a los maestros; sed madres, diremos a los obreros evangélicos de la Compañía de María. Es ése un carácter distintivo que deriva de nuestra insigne piedad filial para con María."

Fieles a estas sabias recomendaciones, los marianistas son maestros que en clase ilustran y forman las inteligencias; fuera de las mismas, son los hermanos mayores de sus discípulos, compartiendo con ellos juegos y expansiones, alegrías y penas, aficiones y ensueños. Como buenos Hijos de María revistense para con sus educandos de los sentimientos de una madre dando una "educación basada en un verdadero espíritu de familia hecho de solicitud y esmero paternal en los maestros y de filial docilidad y de respetuoso cariño en los alumnos"¹¹.

Dos principios pueden crear y mantener ese espíritu de familia: el de la confianza mutua entre educadores y educandos y el de una libertad de movimientos compatible con el orden y los estudios.

"El arma más eficaz del apostolado es el amor", escribió un día García Morente. "Para atraer a los niños no hay más que un secreto, amarlos", consignó por su parte el Arcipreste de Huelva. El marianista que tiene como uno de sus más esenciales deberes conocer a los niños, ganar su confianza para mejor educarlos, se esmera por crear una atmósfera adecuada donde el niño se manifieste tal cual es, obre sin temor ni encogimiento; exprese en

¹¹ SANTAOLALLA. Bodas de Oro del Colegio de Santa María de Vitoria. Año 1940.

actos y palabras lo que siente, se explaye a sus anchas persuadido de que sus manifestaciones son acogidas benévolamente por educadores que son sus amigos y sus guías desinteresados.

Enteramente persuadidos de que la personalidad no se forma más que por actos libremente decididos, huyen los educadores marianistas del autoritarismo cuartelero, sin caer, por otro lado, en una disciplina blandengue, deformadora, para mantener un régimen en que la iniciativa tenga oportunidades de manifestarse y se habitúe a aceptar pequeñas responsabilidades. El educador marianista, como Siurot, ha encontrado "las fuentes de su inspiración en la observación directa y continua, en el cariño en su grado máximo a los niños, en la comunión diaria y en la tierna devoción a María Santísima".

Cada alumno salido de un Colegio marianista puede decir con José María Pemán: "Yo me considero como un producto de la confiada y riente pedagogía marianista. El P. Chaminade levantó frente a la Revolución francesa la Compañía de María, como frente a la Reforma se había levantado la Compañía de Jesús. La Reforma era corrupción intelectual y se levantaron contra ella los estandartes del Maestro. La Revolución era la corrupción moral y frente a ella se levantaron los estandartes de la Madre. El P. Chaminade fundó su obra sobre la revalorización de las más amorosas y entrañables esencias de la mariología. De aquí ese sello de confianza riente que distingue -la pedagogía marianista. Las filas de los otros Colegios son austeras y silenciosas como si las vigilara el ceño mismo de Jehová. Las de los marianistas son alegres y silenciosas como si las tolerara la sonrisa maternal de María"¹².

¹² Discurso pronunciado en Cádiz con ocasión del homenaje a D. Antonio Cubillo, 1948.

CAPÍTULO XII

PROFESOR DE HISTORIA EN EL COLEGIO DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR DE MADRID

De intento nos hemos extendido en los capítulos precedentes, haciendo la historia del Colegio y presentando las notas más destacadas de la labor profesional desarrollada en él. Fáltanos decir unas palabras del que fue fundador y primer Director del mismo durante 17 años, D. Luis Heintz Loll.

Nació este ilustre religioso marianista en el industrioso pueblo de Colmar, de la católica Alsacia (Francia). Siendo todavía joven profeso destináronle los Superiores al Colegio de Santa Maria de Vitoria, recién fundado, 1887. Con su peculiar entusiasmo entregóse al estudio del español, poniéndose muy pronto en condiciones de explicar las asignaturas de Ciencias. Por su carácter abierto y expansivo, por sus dotes de inteligencia y de laboriosidad, ganóse la simpatía y la plena confianza de sus alumnos vitorianos, entre los que dejó imperecedero recuerdo.

En 1906 fue a Madrid para encargarse de la Dirección de la Residencia de la calle Jorge Juan y adelantar sus estudios de la Licenciatura en Ciencias Naturales, que más tarde coronó con el Doctorado.

Por indicación superior abrió en septiembre de 1907 el Colegio del Pilar, del que fue cabeza y Director hasta 1924.

Poseía envidiables prendas como hombre: prestancia, distinción, don de gentes, caballerosidad. Como pedagogo: intuición psicológica, sentido de observación, espíritu renovador, exacto concepto de la disciplina y del ejercicio de la autoridad, delicado tacto con los jóvenes. Como religioso: justo y elevado concepto de su misión docente apostólica. Los que le conocieron no podrán olvidar aquella sonrisa de amigo, aquella palabra caliente y sugestiva, aquel gesto cautivador.

Todo ello contribuyó para que se ganara por completo la adhesión plena y la colaboración entusiasta de los Hermanos que veían en él a un guía hábil y seguro; de sus alumnos que le querían por su sonriente y bondadosa exigencia en el cumplimiento del

deber; de las familias que, plenamente confiadas en su prudencia y sabiduría, le entregaban sus hijos.

Comenzaba su cuarto curso académico el Colegio de Nuestra Señora del Pilar, cuando D. Fidel entró a formar parte de su profesorado. La Comunidad estaba integrada por un número todavía reducido de religiosos que, arrastrados por el ejemplo de su joven y dinámico Director, luchaban con redoblado ardor, en santa y nobilísima emulación. para acreditar y consolidar el Colegio marianista de la corte.

Los alumnos, pocos en número igualmente, se agrupaban en clases bien atendidas desde todos los puntos de vista, asegurando así. al fin del curso, unos éxitos envidiables y envidiados por los demás Colegios.

La experiencia ha permitido ver con los años que fue un acierto no admitir en el Colegio alumnos internos, facilitando de este modo la entrada de un número crecido de externos, prescindir de vigilantes o prefectos, de grandes salas de estudio y de dormitorios, etcétera. Cada profesor en su clase distribuía el tiempo de modo a asegurar el estudio de su asignatura, la toma de la lección del día y la explicación de la lección del día siguiente. El mismo se encargaba de vigilar su grupo en los patios, de acompañarlos en los movimientos y salidas al Retiro. La clase constituía como una célula autónoma dentro del Colegio; los condiscípulos que la integraban hacían juntos las tareas escolares, los recreos y expansiones; se encontraban tan íntimamente unidos en todo, que no sentían la necesidad de comunicarse con las demás clases. Despertábase con ello un espíritu de cuerpo muy acentuado y se mantenía el ambiente de familia que, como queda indicado, ha constituido, una nota distintiva del Colegio del Pilar.

D. Fidel quedó encargado de explicar las materias de Geografía e Historia, aquellas que estaban más en consonancia con sus gustos personales y su preparación académica. Merced a su espíritu abierto y comunicativo ganóse, y muy pronto, los corazones de los muchachos madrileños, de suyo también expansivos, alegres, confiados, cariñosos, prontos al entusiasmo. Mientras explicó en Madrid tuvo que habérselas en el Instituto con dos catedráticos de muy distinta condición: D. José Esteban Gómez y D. Francisco Morón. Era D. José Esteban hombre ya entrado en años, condescendiente y fácil de contentar en los exámenes. D. Fidel ganóse su confianza desde los primeros contactos en el tribunal

examinador y los éxitos de sus alumnos fueron rotundos. Al tomar la cátedra el Sr. Morán las cosas cambiaron un tanto. El carácter y las exigencias de este señor diferían mucho de las de su predecesor. Hombre sabio, dotado de una memoria prodigiosa, creía que todas las demás personas poseían su envidiable retentiva. En los exámenes llovían las preguntas sobre alturas de los montes, longitudes de los ríos, extensión y población de las naciones, productos del suelo y del subsuelo, batallas, generales, reyes, fechas, etcétera, etc. Hasta irle cogiendo el tranquillo de todas sus genialidades y de sus preguntas raras, D. Fidel y sus alumnos pasaron años de preocupación y de verdadera angustia. Sin embargo, el profesor del Pilar acabó por ganarse al catedrático de Cisneros, que, aunque de humor cambiante según el estado y la marcha de sus afecciones hepáticas, poseía un gran corazón junto con un pronunciado gusto por el Arte. La comunidad de aficiones llevó al Sr. Morán a interesarse por los hallazgos arqueológicos de D. Fidel y sus excursiones artísticas con los alumnos. Desde entonces la cosa marchó como sobre ruedas.

Dice Balmes en su Criterio: "El interés es la palanca principal, el excitante natural de la atención. El valor de un maestro se prueba en el talento que posee para hacer gustar a sus alumnos de las lecciones que da y de las explicaciones que pone en clase,"

D. Fidel presentaba la Historia en grandes síntesis que los alumnos retenían con facilidad: sirvan de ejemplo estos tres puntos:

1. ¿Cuáles son los más grandes ideales del hombre? La verdad el bien y la belleza.

2. ¿Cuáles son los tres pueblos que se destacan en la antigüedad? Israel, Grecia y Roma.

3. ¿Qué tres grandes generales ha habido en el mundo? Alejandro Magno, Aníbal y Napoleón.

De qué medios y resortes pedagógicos echó mano para llevar a los alumnos a gustar de sus asignaturas, a estudiarlas con agrado y prepararlas convenientemente. No fueron, en verdad, los represivos de la continua amenaza, de la reprensión humillante, ni del castigo enervador.

"Admitiendo que es necesario un *mínimum* de presión externa, ésta debe considerarse solamente como accesoria y coadyuvante, pues el principal problema del educador será

despertar el interés del alumno para trabajar por si mismo en su formación, excluyendo todo motivo de fuera o coacción externa”¹³.

En el quehacer escolar bien probado está que maestro que no sabe alentar y arrastrar es siempre y en cualquier clase una calamidad.

Tenía D. Fidel confianza en si mismo, se sentía con autoridad entre los alumnos, estimaba, trataba como buenos a sus educandos; por último, tenía fe en el valor e interés de las asignaturas que explicaba. Por carácter y por convicción admitía como verdadero el adagio popular: “Más moscas se cogen con una cucharada de miel que con un tonel de vinagre.” Llevado de su hombría de bien, usaba habitualmente los medios de emulación para sostener el esfuerzo de sus discípulos. Pocos profesores hemos conocido que hayan tomado tan a pechos, como nuestro biografiado, el llevar a sus asignaturas atractivo, calor y entusiasmo tan encendido. Ni escatimaba tiempo, ni rehuía molestias para preparar las lecciones que a diario debía explicar. Referencias, notas, dibujos, material de todo género había de estar a punto antes de comenzar la clase. Con todo ello debajo del brazo entraba en el aula, extendíalo en la pizarra donde quedaba expuesto a las miradas de sus alumnos. Con tiempo, paciencia y diligente preocupación fue reuniendo una abundante y rica colección de láminas, recortadas de las revistas ilustradas como la Esfera, Blanco y Negro, A B C, etc., postales y grabados artísticos, todo lo cual ponía complacida y gustosamente, a disposición de sus educandos. El ejemplo del profesor impulsaba a los discípulos a reunir colecciones parecidas histórico-artísticas e ilustrar los cuadernos de clase con dibujos hechos a pluma o con lápiz. Por medio de concursos y exposiciones, buenas notas suplementarias, lograba formarlos en el difícil arte de hacer trabajo personal, el único verdaderamente eficaz.

“Tengo veneración por D. Fidel -escribe el insigne arquitecto y académico de Bellas Artes D. Luis Moya- porque despertó en mi las aptitudes para el dibujo y me dio el método para enseñar mi asignatura. D. Fidel, teniendo que explicar materia tan extensa y delicada como la Historia, se limitaba a la Edad Antigua, donde se explayaba con todo lujo de vistas, grabados, mapas, dibujos y

¹³ P. HULL, S. J., Forjando una juventud mejor, pág. 165.

anécdotas, despertando gusto y entusiasmo por la Prehistoria y dándonos el método para aprender las demás partes sobre las cuales D. Fidel se limitaba a presentarnos el armazón. Yo -continúa el Sr. Moya- en la Escuela de Arquitectura hago lo mismo.”

D. Fidel hizo suya aquella consigna del célebre pedagogo Siurot: “Su Majestad el gráfico.” De todos son conocidas las palabras del ilustre abogado onubense, metido a maestro de niños pobres: “Todo en la vida tiene una expresión gráfica más o menos exacta. La ira tiene su gráfica en unos dientes que se aprisionan, en una frente que se arruga y en unos ojos que quieren salirse de sus órbitas. El amor se graficó en el beso. El culto, en el altar. Por eso ha dicho un santo que los altares son los libros de los que no saben leer. La riqueza, en el oro. La inocencia, en un niño. La infinitud de Dios, en la circunferencia. La Redención de la Humanidad, en una Cruz.

“El gráfico es, pues, el sustituto de la imaginación. Maestro que no grafica sus lecciones, no enseña; si se obstina en enseñar sin gráfico y no es constante en su empleo, llenará el aparato de audición del niño con palabras, pero entre el alma infantil y el objeto propuesto la incomunicación será completa”¹⁴.

D. Fidel repetía a diario ante sus alumnos y también ante sus compañeros y Hermanos en el apostolado el consabido “Su Majestad el gráfico”, se hizo esclavo de él en la práctica y quehacer escolar. ¿De qué manera podrían recordar mejor los chicos las batallas, v. gr., de Salamina, de Lepanto o de Trafalgar que pintando en la pizarra con tizas de color la disposición de las escuadras enemigas en el momento de iniciarse el combate?

Cumplía. además, la fórmula pedagógica de “hacer saber, “hacer hacer”, “hacer querer” y “hacer sentir”.

Un procedimiento que utilizó de tiempo en tiempo fue el de las conferencias históricas, dadas por los alumnos ante sus compañeros. Distribuía con alguna antelación los temas entre los voluntarios de la clase. El día fijado el muchacho designado subía a la cátedra y disertaba durante diez minutos sobre el punto que se le habla señalado. En el Anuario del Colegio “Recuerdos de 1919-20” se recoge un ejercicio de esta índole referido por un alumno: “Fue

¹⁴ SIUROT, Cada maestrillo.

el primero en hablar José Noblejas, que tuvo el gran mérito de afrontar por primera vez las dificultades del noble arte de la oratoria. Describió muy bien los monstruos de la Revolución francesa: Danton, Marat y Robespierre; tuvo tropiezos en algunos momentos, nada extraños teniendo en cuenta las condiciones en que hablaba. El segundo conferenciante fue J. Leiva, que posee una gran facilidad de palabra. Después hablaron: Escardó, sobre María Antonieta con mucha sencillez; Baztán, que dio no una conferencia, sino un señor discurso sobre Condorcet, ivaya parrafazos! Al principio lo hizo un poco de prisa, pero eso no fue óbice para el lucimiento general. Lassalle nos expuso con mucha claridad y concisión la toma de la Bastilla: empolladito se lo llevaba el chico. El último fue Julio López." Y termina el cronista con esta frase: "La más cordial en Norabuena a los confereciantes y al señor profesor por su feliz iniciativa."

Bien se alcanza la eficacia del sistema para avivar el interés de la clase por los conocimientos históricos, para ofrecer a los jóvenes una oportunidad de presentarse y hablar en público, vencer el miedo y. por qué no decirlo, para despertar los talentos. Un elevado personaje del Cuerpo Diplomático y Consular, D. José Sebastián de Erice refiriéndose a estas conferencias, afirma: "D. Fidel despertó en mí la afición a la oratoria y descubrió mis disposiciones para ello." ¡Cuántos alumnos de ayer, hombres de posición hoy día, podrían dar testimonio semejante, a poco que analicen el origen de las aficiones y carreras que profesan!

De tiempo en tiempo echó mano de los consabidos "campos", rivales de "romanos y cartagineses", "griegos y troyanos", sacando el mayor partido posible del espíritu combativo que es tan peculiar en determinada edad. Pero prescindía de este procedimiento tan pronto como advertía que la lucha era demasiado enconada o lo que ocurría con más frecuencia, perdía eficacia por efecto del cansancio y de la rutina.

Al grabado, la estampa y el cuadro mural añadió la proyección fija. Aparecieron por aquellos tiempos en el mercado los "Radiotican", progenitores de los estupendos "Ika" que se usan hoy día para la proyección fija o móvil, microscópica, etc.. Con alguna frecuencia veíasele a D. Fidel pasar de una clase a otra con su aparatito conducir a los alumnos a la sala de proyecciones para desarrollar interesantes lecciones de Historia o Arte con postales, ilustraciones pacientemente coleccionadas o diapositivas adquiridas

en el mercado. Era el modo más adecuado para fijar indeleblemente en la mente de los colegiales los hechos, personajes o monumentos. Un maestro que no tenga un alma de niño y, por decirlo así, un temperamento, una imaginación y una sensibilidad de niño, es absolutamente incapaz de inventar tantos y tan diversos procedimientos de emulación, y sobre todo, no tendrá ánimos para poner en movimiento todos esos mecanismos.

Provocar la actividad del estudiante, hacerle gustar las tareas de su formación intelectual, debe ser el ideal de todo profesor; evitar el memorismo su constante preocupación. Es por lo que D. Fidel tomaba a pecho ejercitar a sus alumnos de Historia en el manejo de tres preciosos instrumentos de gran valor educativo y que todo muchacho llene a su disposición: el lápiz, la pluma y la lengua. La exposición oral de los hechos y la descripción detallada de los monumentos fueron las formas adoptadas para que los alumnos hicieran sus pinitos en el terreno de la oratoria y de la composición literaria. La reproducción de los gráficos y dibujos puestos en la pizarra les llevaba al empleo del lápiz con harta frecuencia.

Los métodos de D. Fidel tenían además el sello peculiar que sabía imprimirles con su carácter, con sus expresiones lapidarias y sentenciosas, humorísticas y graciosas por lo común. Dentro de un relativo desorden que ello podía originar a veces, los alumnos aprovechaban, pudiéndose decir con verdad que D. Fidel habla acertado a "enseñar deleitando".

¡Cuán exactas son estas palabras de nuestro Balines!: "Los medios de mantener viva una clase nacen de las cualidades personales del profesor y de su destreza para dirigir la clase. Si la voz del profesor es somnolienta y monótona, el sueño intelectual se extiende a todos los alumnos que asisten a ella. Maestro pesimista y desalentado fácilmente se acoge a un tenor de explicación monótono y frío y en su clase infaliblemente se duerme o se enreda y, a veces, se introduce la inmoralidad. Al contrario, si el maestro está animado de juveniles ilusiones, si cree en sus discípulos y en sí mismo y tiene un concepto elevado de la importancia y fruto de su enseñanza, comunica a sus explicaciones el espíritu vigoroso que alienta en él"¹⁵.

¹⁵ El Criterio, pág. 160.

Tuvo a su lado profesores que ponderaban la facilidad e interés intrínseco que, tienen de suyo las asignaturas de Historia y de Geografía, la mayor afición que sienten por ella los muchachos y todavía añadían la benevolencia del catedrático examinador en las pruebas finales; dando a entender con todo ello que la euforia de D. Fidel se justificaba por esas solas causas. Prestóse en algunos cursos, de buen grado, a enseñar la lengua latina, materia árida y poco apetitosa para los escolares, a fin de demostrar a sus compañeros de cátedra que también esa asignatura puede hacerse grata e interesante si se emplean los medios para ello conducentes. Por los años 1920 a 1933 había en el Instituto del Cardenal Cisneros un catedrático de Latín, llamado D. Vicente García de Diego hombre culto, buen latinista, Académico de la Lengua, pero considerado como verdadero "hueso" en los exámenes. D. Fidel dedicó las primeras clases del curso a hacer el panegírico más cumplido de lo que el latín fue en la Antigüedad y en la Edad Media, lo que representa y sirve en la Liturgia eclesiástica, lo que nuestro idioma contiene de él, las ventajas que se derivan de su estudio aun hoy día en que tantas palabras técnicas están tomadas de ese idioma.

Con este elogioso recorrido histórico logró hacer boca para sus enseñanzas latinas. Ingenióse luego para sacar de la pizarra el mayor partido posible, dando una representación gráfica a cada una de las partes de la oración latina, grabando de esta manera el valor respectivo de ellas en la mente de los alumnos. Traía preferentemente a la traducción frases históricas o sentencias de personajes célebres que fijaban la curiosidad, y con estos y otros artificios suyos, mantuvo el interés de la asignatura todo el año. ¿Cuál fue el resultado final en los exámenes del Instituto? Tan excelentes o más que los alcanzados por otros profesores que a su lado llevaron la dura brega con métodos trillados y odiosos para los colegiales. Más que dar la clase importa despertar, nutrir y entusiasmar a las almas. La experiencia ha probado que en las clases donde el fuego sagrado no se apodera del corazón del maestro y de los alumnos, pese al empleo de ciertas industrias, los resultados serán siempre mediocres. Crear entusiasmo entre los alumnos es, ante todo, necesario para que el profesor se abra en esa llama de amor sin la cual no puede cumplir su misión. Precisa ese ardor sin límites que da la vocación. El esfuerzo íntimo y, sobre todo, el esfuerzo creador, no pueden jamás imponerse desde fuera. La disciplina rigurosa del que manda no hace salir las almas de su pasividad.

Pero, además, D. Fidel, en el caso de su cometido como profesor de Latín en el Colegio del Pilar, acertó, con su peculiar campechanía, a ganarse la confianza del poco menos que inabordable Sr. García de Diego. Este respetable señor catedrático era soriano de nacimiento, y oía con la natural complacencia los relatos que D. Fidel le hacía sobre sus descubrimientos arqueológicos en la provincia de Soria, ya se refiriera a las cenizas de Numancia, o a los castros ibéricos descubiertos por él en diversos lugares o, en fin, a monumentos célebres distribuidos en esa región de la vieja Castilla. Y García de Diego, sin perder su empaque académico y su concepto un tanto justiciero de la función examinadora, se recreaba tratando con el profesor marianista de las cosas de su tierra antes de comenzar y después de terminar las largas y penosas sesiones de los exámenes de Latín.

CAPÍTULO XIII

D. FIDEL Y LAS EXCURSIONES ESCOLARES DE CARÁCTER CULTURAL

Nadie puede negar que el excursionismo escolar es un fenómeno de nuestros tiempos. Nunca como ahora se ha despertado entre alumnos y profesores un afán tan encendido por viajar y por ver con el noble y levantado propósito de adquirir mayor ilustración, una cultura mejor basada. No nos interesa ahondar en el fenómeno del excursionismo, hoy en boga, ni filosofar sobre él. Existe de hecho; lo apoyan, por unas razones, médicos e higienistas; lo recomiendan por otras, los pedagogos altos, medios y bajos; lo subvenciona el Estado generosamente; lo realizan con agrado los chicos, y consienten complacidos en ello los padres; de manera que, aplicando la máxima de la pretendida soberanía nacional. diremos: "Vox populi, vox Dei".

"Poco más de veinte años, escribíamos en 1935, han bastado para que las excursiones escolares hayan tomado carta de naturaleza entre nosotros, de tal modo que lo que en sus comienzos era realizada tan sólo por algunos alumnos universitarios y de las Escuelas especiales, lo practican hoy con profusión los muchachos de segunda enseñanza y los niños de las escuelas.

Existe en Madrid un Colegio -el de Nuestra Señora del Pilar de reputar la fama- que se adelantó a los Centros similares de enseñanza secundaria en la valorización y estima de los métodos intuitivos. Desde su apertura en 1907 -adviértase que el Instituto-Escuela de Madrid no se abrió hasta 1919- tendió el profesorado del Colegio a romper los moldes un tanto rutinarios en que se desenvolvía la labor docente. El cuadro artístico vino a sustituir a los dibujos de colores chillones y las figuras sin expresión ni técnica; los mapas sin relieve y de poco más o menos, se cambiaron por las obras maestras con que los talleres de la casa Volkmar empezaban a invadir los Centros docentes; a una enseñanza exclusivamente libresca se la vitalizó acompañando a la palabra los objetos; a los hechos, las pruebas; a las lecciones, las cosas; a las teorías, los experimentos de los laboratorios- y gabinetes.

Pero ni los cuadros reflejan el verdadero ambiente, ni los mapas dan idea total y exacta de los relieves, ni las diminutas

máquinas del laboratorio pueden sustituir con perfección a las instalaciones fabriles mismas. Por ello el Colegio del Pilar adoptó como sistema el poner a sus alumnos en contacto directo con la misma realidad, de ahí el que estimara los paseos y visitas, con fines culturales, como parte integrante de sus planes de estudios.

Seria muy prolijo enumerar los objetivos de las excursiones llevadas a cabo; baste decir que todas aquellas ramas del saber que tienen cabida en el Bachillerato han alcanzado la comprobación práctica que las circunstancias han hecho posible.

La Historia, vida y costumbres de nuestros antepasados, el Arte en todas sus manifestaciones, ha constituido, sin duda, el tema más frecuente y rico en enseñanzas, pues no en vano Madrid ofrece con sus ricos museos y monumentos arquitectónicos, el más apropiado terreno experimental en esas disciplinas. Por si ello fuera poco, no lejos de la capital tenemos los lugares más representativos de nuestro Arte y de nuestra Historia: El Pardo, Aranjuz, El Escorial, Toledo, Alcalá, Guadalajara, Avila, Segovia; museos, palacios y ciudades que nuestros alumnos han recorrido metódicamente varias veces en cada curso. A medida que las facilidades para los viajes han sido mayores, se ha extendido también el radio de las excursiones, tocando unas veces a Ciudad Real y Salamanca, Silos y Burgos; otras, al Páular y Guadalupe, al Real del Manzanares y los Toros de Guisando, Valencia y Santander, Palma de Mallorca y Barcelona, Andalucía y Marruecos español, Francia, Suiza e Italia, Portugal, etc., etc.

En el orden industrial, tanto de la pequeña como de la gran industria, de lo que nuestra capital ofrece también variada y completa gama, pocas serán las actividades que nuestros alumnos no hayan presenciado: fabricación de ladrillos, de cementos, bombillas, cristales, cervezas, papel, estampados, instalaciones eléctricas, químicas y mil otras que se encuentran distribuidas en los barrios o extramuros de la ciudad; saltos de agua, granjas y todo género de explotaciones agrícolas y forestales.

Como elemento de formación ciudadana, al par que cultural, han visitado en varias ocasiones los servicios públicos de correos, telégrafos, central telefónica, matadero, de incendios, de limpieza, etc.

En época en que todavía apenas tenía la Sierra aficionados, ya nuestros colegiales escarpaban las alturas del Guadarrama con fines deportivos y afanes coleccionistas de plantas, insectos, minerales.

Esta variedad de objetivos y la frecuencia de las movilizaciones de estudiantes que en algunas ocasiones rebasaba la cifra de 300 y 400 alumnos de segunda enseñanza, es una prueba bien patente de que no se procede al azar, sino que todo obedece a un plan fijo y estudiado.

Cada una de las salidas va precedida de un trabajo largo y minucioso en el que toman parte profesores y alumnos. La excursión se considera siempre como un Centro de interés en torno del cual giran las lecturas, la preparación de itinerarios, selección de mapas y grabados, informes de todo género que muy a menudo ponen en movimiento a los propios familiares de cada escolar¹⁶.

No es fácil encontrar un profesor comparable al de Historia del Colegio de Ntra. Sra. y que como él haya utilizado las lecciones al aire libre, las excursiones histórico-artísticas, los centros de interés fuera del aula con más frecuencia, con más largo tiempo y en mayor escala. Sin arredrarse por la fatiga, desdeñando burlas, desafiando lluvias, fríos y calores, D. Fidel desarrolló, año tras año, un programa de excursiones cuidadosamente estudiado y previamente concordado con sus alumnos. Los domingos por la mañana y los jueves por la tarde veíasele salir acompañado de un grupo de discípulos animosos y bullangueros a recorrer los monumentos, iglesias museos de la capital. Llegados al lugar previsto: una estatua, un edificio, un altar, hacía D. Fidel un estudio del mismo, determinando su estilo, época de su construcción, valor histórico y artístico con todo el anecdotario conocido sobre él. Mientras tanto, los alumnos con pluma o lápiz y un cuaderno anotaban los datos, dibujaban un croquis, copiaban unas leyendas, entresacaban detalles y tiraban fotografías. Con frecuencia el público se acercaba curioso al grupo de colegiales, se interesaba por la lección y los trabajos que iban haciendo. En el momento que más gente se hallaba agrupada es cuando D. Fidel levantaba la voz y repetía los informes más importantes que había ido proporcionando. Ya tenía con ello logrados los dos fines que perseguía, instruir e interesar a sus educandos, y hacer, como él solía decir, "extensión cultural"

¹⁶ Anuario de la F. A . E., 1935. pág. 81.

entre las gentes. ¿Dudará alguien de la eficacia de este modo de dar una lección y conseguir que los chicos lleguen a saber lo que hay de bello en la ciudad donde residen, sientan orgullo por los valores superiores de arte, de heroísmo, que tiene la Patria?

El Madrid viejo con sus leyendas, los palacios de los Austrias y Borbones, los museos de arqueología, pintura, de reproducciones. el romántico, la armería real, la Biblioteca Nacional, el obelisco del 2 de Mayo, las estatuas de Colón, de Isabel la Católica, de Felipe III y IV, de Alfonso XII, del héroe de Cascorro, amén de otros muchos y renombrados.

Sus ambiciones eran más amplias, y los deseos de sus alumnos. en ese punto, ilimitados. No se contentaban con los paseos por las calles y plazas de la corte. En la medida que lo permitían la edad de los escolares y los medios de transporte con que entonces se contaba, irradiaban a las ciudades limítrofes tan cargadas de Arte y de Historia como es sabido. Alcalá, patria de Cervantes y tumba de Cisneros, con su Colegiata y su Universidad complutense; Guadalajara, con su regio palacio de los duques del Infantado; Aranjuez, con encantadores jardines, palacios y museos; Toledo, Avila, Segovia, verdaderos relicarios de incalculable riqueza histórico artística. Ayudado por varios profesores del Colegio salía D. Fidel muy de mañana en tren o en autobús con sus 70, 80 ó 100 muchachos de tercer año camino de una cualquiera de estas ciudades. La algazara era la nota destacada en el trayecto de ida y vuelta. Metódicamente y en cumplimiento del plan trazado, se daban las lecciones ocasionales previstas. Al igual que en Madrid la gente se agolpaba en derredor de los colegiales pilaristas y seguía la clase. Las horas de la mañana transcurrían veloces caminando de un sitio para otro, a veces a paso ligero, llevados de monumento en monumento por su profesor. Caminaba éste a la cabeza del grupo llamándolo con el silbato para que ningún chico se perdiera a través de las estrechas callejuelas. Cuando habían acabado la visita dedicábase el resto del día al dulce yantar en pleno campo y a jugar a lo que cada cual estimara más de su agrado. Al final de la jornada el profesor se encontraba satisfecho y rezumando buen humor.. Los alumnos, rendidos de cansancio, si, pero eufóricos también por el cúmulo de impresiones nuevas recogidas. Peripecias de diversa índole, ocurridas y elevadas a la categoría de aventuras por su rica imaginación infantil, llenaban luego las conversaciones, de la semana en el hogar y en el Colegio.

Alguien se preguntará: ¿qué resultado práctico sacaban esos estudiantes de 12, 13 y 14 años con la visita de tales edificios y obras de arte, que necesariamente quedan muy confusas en su mente: fugaz?

Si se fuera a juzgar del fruto cultural de estas excursiones por los conocimientos inmediatos que proporcionan, tal vez no valdría la pena imponerse las molestias que implican, ni cargar con los disgustos que acompañan muy a menudo. Pero no se trata de eso tan sólo, sino de proporcionar a los alumnos oportunidades que les impulsen a hacer un trabajo de lecturas espontáneas, a despertar en el fondo de su alma sentimientos culturales, estéticos y patrióticos en presencia de cosas tangibles y no de mera erudición teórica.

El autor del libro citado "Forjando una juventud mejor" propugna porque se fomenten las visitas a centros de interés, excursiones y conversaciones como remedio al fallo que tiene el sistema escolar actual cuantitativo, teórico y menorista. De esta manera las lecciones de carácter informativo se combinarían y completarían con más otras que son esencialmente formativas.

No es exagerado afirmar que muchos jóvenes deben mucha más cultura intelectual y educación en el verdadero sentido de la palabra a las correrías que han hecho por las bibliotecas de sus padres, o los centros de interés de la clase que sea, que a cuanto estudiaron en el Colegio.

Con la filosofía natural del sentido común valoraba un labriego manchego estas excursiones cuando decía: "Sr. Director, traigo ni hijo a este Colegio (de Nuestra Señora del Prado de Ciudad Real) porque he sabido que ustedes enseñan a los chicos a ver y conocer el mundo."

Tampoco puede pasarse por alto el aspecto social y educativo que tiene siempre una salida con los jóvenes y niños fuera de casa del Colegio, del medio ambiente en el que de ordinario viven.

Fijémonos y observemos el cúmulo de preocupaciones, cuidados y virtudes sociales que una jornada de esta índole pone en juego. Prevenir y preparar las cosas que necesita el escolar en orden a indumentaria, alimentación y elementos de trabajo; inmovilizar todo el personal de casa bajo su dirección y control a fin de que nada falte ni nada desdiga de los preparativos de sus otros compañeros. El trayecto, los ratos de esparcimiento, la lección

misma, todo el tiempo que dure la salida es un tejido de ocasiones en que las virtudes, tanto individuales como sociales, se ponen a prueba dentro de un ambiente de sana libertad y espontaneidad. ¡Qué de ocasiones para sobrellevar mutuas molestias, prestarse servicios. recíprocos, comunicarse alegre entusiasmo, estrechar legítimas y convenientes relaciones, romper timideces, limar asperezas de carácter, compartir preocupaciones, siquiera sean infantiles, corregir necios egoísmos...; en una palabra, adiestrarse en la vida social, humana y... cristiana!

¿Qué escuela, qué campo o laboratorio de psicología experimental más apropiado podrá encontrar el educador para conocer a sus alumnos? Mirando unas veces, haciéndose el distraído otras, ¡qué retrato más fiel de cada uno de sus alumnos podrá sacar al final de la jornada!

En la libre espontaneidad verá destacarse a los voluntariosos y autoritarios, a los egoístas y comodones, a los bullangueros y tracistas, a los fantasiosos recitadores de cuentos y aventuras, a los agudos de ingenio, a los encogidos y tímidos, a los bondadosos y serviciales, a los de sentimientos finos y delicados, toda la gama, en fin, de temperamentos y caracteres que, de modo tan natural, se perfilan en las agrupaciones de muchachos. El educador, finalmente, debe saber que estas jornadas le ofrecen incidencias y ocasiones - que no tienen las clases ordinarias- para actuar sobre sus alumnos y despertar en sus almas una mayor apetencia de la verdad, de la belleza y del bien, y un afán de mejoramiento y superación.

Las excursiones llevan consigo molestias y trabajos, a veces considerables -lo saben bien únicamente quienes las realizan-, pero son un elemento de enseñanza hoy imprescindible como complemento de las clases teóricas y como contrapeso al trabajo embrutecedor que imponen los Programas oficiales. Constituyen un medio adecuado e insustituible para desarrollar el carácter y la personalidad de los jóvenes. Sirven, en fin, para que, en contacto directo con la naturaleza, con el Arte y los seres todos, brote, en el fondo de sus corazones, un himno de alabanza al Creador de las maravillas, derramadas por Él o plasmadas por el genio humano.

CAPÍTULO XIV

ACCIÓN EDUCADORA DE D. FIDEL

“Para la gran obra de la educación, se dice en el Criterio, sería preciso que fueran todas almas escogidas, hombres que poseyeran, además de la ciencia, la elevación del espíritu y del corazón, el amor simpático de la Verdad, de la Belleza, dotados también de un carácter que está formado de dignidad, de desinterés, de sencillez, de fuerza y de dulzura, de golpe de vista, de sangre fría, de generosidad y de abnegación”¹⁷.

Encierran estas palabras una afinada descripción del educador. Los religiosos marianistas recibieron de su venerado Fundador una consigna que es al mismo tiempo un mandato: “Todos sois misioneros”, y se esmeran por responder lo mejor posible al deseo de su Padre.

Amaba D. Fidel la cátedra y se afanaba por llevar a las tiernas inteligencias de sus discípulos el mayor número de conocimientos, pero nunca se consideró como un mero docente. Ni ante los chicos ni ante sus familias ocultaba que su misión era más elevada, que si enseñaba Geografía, Historia, Latín u otras disciplinas era para, a través y por medio de ellas, hacer de sus alumnos “buenos y fervorosos cristianos”.

“El momento más feliz de mi vida -solía repetir- es aquel en que abro la puerta de la clase para misionar a mis discípulos.” Ahora bien, sus asignaturas, mejor y en mayor medida que otras, prestábanle múltiples oportunidades para formar poco a poco la conciencia y el sentido cristiano de la vida de sus educandos. Y cuando enjuiciaba personajes, hechos, conductas, guerras, desastres o victorias, hacíalo con frases lapidarias que quedaban bien grabadas en la mente y en el corazón de ellos.

Secundaba gustosamente las indicaciones que la Dirección del Colegio hacía de tiempo en tiempo, para preparar y realzar todo lo posible las fiestas religiosas. En la capilla, como en la clase, daba el ejemplo participando el primero en el rezo y en el canto. Antes de salir de excursión tomaba sus medidas para santificarla y darla un

¹⁷ El criterio, cap. XVII, 2.º.

sentido cristiano, oyendo la Santa Misa con los alumnos, saludando al Señor en las iglesias antes de comenzar la lección, rezando, a veces, el santo Rosario durante el viaje.

Cuando el Beato Papa Pío X publicó el decreto sobre la Comunión frecuente y cotidiana, se convirtió en apóstol y propagador de esta indicación pontificia. Así lo asevera el R. P. Lázaro a raíz de una visita al Colegio. "Hombre muy celoso -escribe refiriéndose a D. Fidel- se ha ingeniado para extender entre sus alumnos la práctica de la comunión frecuente."

Durante algunos años el calendario que colgaba de la pared de su clase traía en cada hoja un pensamiento profundo, que muy a menudo encerraba una lección moral y religiosa. Se titulaba: "Un minuto de filosofía." He aquí, a modo de ejemplo, algunos de sus pensamientos:

"El hombre que no sabe orar es un hombre vulgar y rastrero que no sabe elevarse."

"El tonto puede cambiar de tierra, de puesto, de rango; pero no de meollo: en todas partes es tonto."

"¿Aplausos?... Los más nutridos no pasan de ser aire sonoro y cesan muy pronto."

"Ni el placer ni la risa son signos de hombres grandes; el dolor y el llanto, sí."

"Los más de los desgraciados lo son porque miran más a lo que no tienen que a lo que tienen."

D. Fidel se encariñó con aquellos "minutos de filosofía", y una vez rezada la oración en la primera clase del día, mandaba sentar a los discípulos, leíales despacio la frasecita, recalcando bien las palabras y dejaba a cada cual rumiar durante un minuto aquella verdad moral o sentencia religiosa.

Nos haríamos interminables si quisiéramos relatar por menudo y con anécdotas chispeantes las lecciones prácticas de vida cristiana y social que daba a sus educandos en público y en privado. No debemos pasar por alto su activa intervención en una obra de carácter filantrópico y cristiano a la vez, que durante algunos años se desarrolló en el Colegio con los alumnos de los tres primeros años del Bachillerato. Aludimos a la llamada "Cruz Roja Juvenil".

Fue creador de esta Institución en Madrid, por encargo de Su Majestad la Reina Victoria Eugenia, D. Fernando Mariñosa, miembro destacado de la Cruz Roja Española. Cuando este señor, hombre de trato fino y muy distinguido, presentó en el Colegio su propuesta de crear una Sección juvenil al estilo de otras ya existentes en el extranjero, la Dirección no tuvo inconveniente en que hablara de ello a los alumnos, y les expusiera su plan. Hizolo así en el mes de noviembre de 1925, dando una conferencia en el salón de actos. ¡Cuán cierto es que para los niños no hay clases sociales, sino simplemente hombres buenos y malos!

El joven auditorio escuchó al Sr. Mariñosa con suma atención se entusiasmó con el proyecto y abandonó el salón dispuesto a hacer pronta realidad la correspondencia con los niños de las naciones más apartadas. El lema de la Asociación es "Servir". Servir a los niños pobres y necesitados de nuestra nación, servir a la gran alma infantil que ilumina y regocija la tierra, servir a todos los hombres del mañana.

Según el conferenciante eran 45 naciones las que tenían establecidas y en marcha esas Agrupaciones y se proponían inculcar en los niños las ideas de higiene, laboriosidad y altruismo. ¡Magnífica Escuela donde se van formando los miembros adultos de la Cruz Roja a la que pasan al cumplir los 18 años!

La correspondencia interescolar, la reunión de ropas, libros, juguetes, efectos de higiene, etc., para distribuirlo luego entre los niños pobres, constituía la tarea esencial de la Agrupación.

El periódico La Nación, en su número del 20 de diciembre de 1925 daba cuenta del primer acto realizado por alumnos del Colegio del Pilar en estos términos: "Enterado el Sr. Mariñosa, Director de la Sección juvenil, de un llamamiento a la caridad lanzado en favor de cinco niños que carecían de ropas y calzado para ir a la clase, invitó a los de Nuestra Señora del Pilar, dirigido por los marianistas de esta Corte, que acababan de inscribirse en las listas de esta "Sección", a recoger ropas y calzados para socorrer a esos desventurados. Pocas horas transcurrieron desde la invitación hasta recibir noticias de que podía disponer de ropas y calzado en cantidad suficiente, y participar al propio tiempo su deseo de ir personalmente a llevárselo."

En la mañana del día 20, no obstante la crudeza del tiempo y lo intransitable del camino, pues se guarecen en una choza del

barrio de San Pascual, en el camino de Canillas, allí se encaminaron doce niños en representación de los tres grupos de la Sección, juvenil organizada en el Colegio del Pilar, acompañados de sus Profesores, el Director de la Sección juvenil de la Cruz Roja y el Secretario de la misma, encontrándose con nueve criaturas en vez de las cinco que se les habían indicado. pero que pudieron ser atendidas todas merced a la abundancia de prendas que se les llevaron. Y era verdaderamente hermoso contemplar cómo confraternizaban y consolaban a aquellos desheredados de la fortuna, hacinados en una habitación entre unas arpilleras que les sirven de lecho, medio desnudos y extenuados, y a los que sus visitantes entregaron además todos los céntimos que en sus bolsillos llevaban. No puede empezar de modo más edificante su labor la naciente Sección juvenil de la Cruz Roja Española, que abre sus brazos a todos los niños de ambos sexos, ricos y pobres, pues su caridad límpida, inextinguible, no admite distinciones, y la abundancia de los unos servirá para remediar las escaseces de los otros, pues su lema es "Servir al niño".

Dos alumnos, Luis Rodríguez de Vigurio e Isidro Arcos, que participaron en el acto, lo relatan en esta forma: "El Sr. Mariñosa entró seguido de todos a la casa, saludándonos la madre y los hijos, respetuosamente. Empezó aquél diciéndoles: "Estos niños de familias acomodadas han sacrificado hoy domingo; podían pasar la mañana jugando, pero en vez de eso, la han aprovechado para hacer esta obra caritativa; han recogido entre otros y ellos ropas que no les servían ya por estarles pequeñas o por otras causas, y aquí han venido con estos señores, que son sus Profesores." Y terminó diciendo: "... y yo espero que vosotros cuidaréis estas ropas para que otra vez que vengamos las tengáis limpias y así podréis ir a la escuela a instruiros, no sólo a aprender a leer y escribir. sino también a aprender la Doctrina que es la base de nuestra vida."

Muchas gracias y que Dios se lo pague", respondieron.

"La madre ya no se pudo contener y comenzó a llorar, como también antes lo había hecho alguno de los chicos emocionado. A esto siguió el reparto de ropas y la visita de la casa. Consta de tres habitaciones, una la cocina, otra la sala donde estaba toda, la familia al calor del brasero y, por fin, la alcoba donde dormían todos en el suelo. Un montón de trapos constituye la cama común y todo el mobiliario se reduce a una banqueta desvencijada y rota", dice Isidro Arcos, después de tomar un apunte gráfico del natural.

Mientras se repartían las ropas, el Sr. Mariñosa preguntó al padre de los chicos qué oficio tenía. El respondió que había sido guarda del Retiro, pero que salió de allí para poner un negocio de tejer que fracasó a los tres años.

Entramos todos otra vez en la casa y el Sr. Mariñosa preguntó con su cariñoso afecto a cada uno de los niños cómo se llamaban y a qué colegio iban. Contestáronle que a Caldaeiro.

Después de entregarles algún dinero y darles otros buenos consejos, nos despedimos y emprendimos la vuelta guiados por el padre de las criaturas que nos acompañó un buen trecho. Por el camino nos entretuvo el Sr. Mariñosa con su agradable conversación y atravesamos sin darnos cuenta por un barrizal en el que los que llevaban el calzado todavía limpio se lo terminaron de manchar. Montamos al fin en el metro "pensando si nos reñirían en casa por manchar así el calzado, pero teníamos la conciencia contenta por la benéfica obra realizada"¹⁸.

El "Asilo de San Rafael" para niños deformes e impedidos, el de "Porta Coeli" para golfillos recogidos en el arroyo, fueron los centros más visitados por los dadivosos colegiales del Pilar. Con su habitual alegría y afectuosidad, lleváronles periódicamente los socorros en dinero y en especie, que su gran generosidad les permitía reunir. Había para ello una sala espaciosa en el Colegio, en la que se almacenaba todo cuanto la munificencia de los alumnos lograba juntar para estos fines caritativos. Servía dicha sala de exposición permanente de cartas, dibujos, colecciones intercambiadas con las Agrupaciones similares de Francia, Bélgica, Suiza, Argentina, Estados Unidos, etc. Los primeros beneficiados solían ser, ¿cómo no?, los niños pobres de las clases nocturnas que sostenían por entonces en el mismo Colegio los Antiguos con su Congregación de "Cruzados de la Inmaculada".

¿Quién era el animador de toda esta filantropía, digamos mejor, de esta caridad cristiana? ¿El infatigable y siempre generoso colaborador de todas las nobles empresas? D. Fidel Fuidio. Al frente de sus colegiales más adictos y fervorosos proyectaba, sugería y su inventiva no tenía límites cuando se trataba de dar a los alumnos lo que les convenía en cada momento, imponiéndose fatigas y desvelos. En cierta ocasión, teniéndoles reunidos en la sala de

¹⁸ El Pilar, enero 1926.

exposición, les dirigía estas palabras: “Todos esos objetos que ahí veis son fruto del desprendimiento que los niños agrupados en derredor de la Cruz Roja Juvenil y en la Congregación entregan a los niños de la “Academia nocturna”, expresión de la caridad cristiana de que están animados. Además, aquí tenéis un obsequio higiénico que los niños adscritos a la Cruz Roja de los Estados Unidos envían a los muchachos del Pilar. Es una pastilla de jabón, porque estiman que la pureza del alma empieza en el aseo del cuerpo. ¡Cuidado con que el deseo no os haga confundir el jabón con el turrón!”

Una carta del Director de la Sección juvenil de la Liga de las Naciones de la Cruz Roja de París dará idea de cómo los alumnos de D. Fidel llenaban sus cometidos en estas actividades: “Acabamos de recibir los tres álbums de correspondencia interescolar del Colegio de Nuestra Señora del Pilar y os remitirlos adjuntas las hojas de expedición. Me complazco en expresaros toda la admiración que hemos experimentado a la vista de los tres álbums que son verdaderamente espléndidos y dan una elevada idea de la educación, así histórica como artística, de los jóvenes que los han dibujado. Le ruego muy encarecidamente se sirva transmitirles todo el agradecimiento de la sección de la Cruz Roja juvenil de la Liga a los autores de tan hermosos e interesantes álbums”¹⁹.

“Un educador es un alma que se ha dado a los alumnos por ellos y con ellos revistióse de juventud”²⁰.

D. Fidel amó a sus alumnos, penetró en sus almas infantiles y porque los comprendió puso cuanto estuvo en su mano para hacerles gratos los estudios y grata también la vida. Mezclaba a menudo sus enseñanzas con anécdotas, chistes y salidas de buen humor, reflexiones llenas del optimismo que inundaba todo su ser. Por sus alumnos se desvivía y se fatigaba, no omitiendo nada de cuanto pudiera contribuir a ilustrarlos, hacerles las materias interesantes, amenas.

“El religioso educador -escribe el P. Enrique Rousseau- esta doblemente obligado a hacer amable el yugo de la autoridad, bien con el fin de lograr los resultados deseables de la disciplina por la educación del corazón y de la voluntad, o también para dejar

¹⁹ El Pilar, enero 1925.

²⁰ COURTOIS, ¿Sabes educar?, pág. 33.

impresión en el fondo del alma de los educandos, recuerdos de estima y respeto al carácter y a la misión del religioso”²¹.

Bien sabía que el niño, y más al entrar en la adolescencia, se encuentra en una edad de equilibrio inestable y de movilidad. que en él todo está sometido a un rápido desarrollo.

En las excursiones y a veces en clase toleraba a sus alumnos lo que pudiéramos llamar “tomaduras de pelo”, que él sabía aceptar sin alterarse lo más mínimo, darlas vuelta y servírselas al que “yendo por lana salía trasquilado”.

“La alegría es el sol de la educación”, se ha dicho. La simpatía y popularidad de que gozó era grandísima y no producía envidia ni inspiraba recelo. Franco, abierto, sencillo, brotaba como espontáneamente de su ser mismo. Los alumnos se le acercaban con confianza ilimitada, seguros de que D. Fidel acogería con su bondadosa sonrisa sus preguntas, aún cuando encerraran un asomo de maliciosa intención. De ahí que al llegar al Colegio la primera persona por la que generalmente preguntaban era por D. Fidel y ansiaban verse con él y saber de sus hallazgos prehistóricos.

He aquí algunas anécdotas que pintan la confianza con que se trataban los alumnos y su profesor, dentro siempre de un conveniente respeto del que el mismo D. Fidel sabía mostrarse celoso.

Cierto día esta D. Fidel escribiendo un cuadro sinóptico en la pizarra y para aprovecharla bien se ponía de puntillas para llegar hasta el borde superior de la misma. Los chicos, detrás, cuchicheaban con una simpática malicia: “No llega, no llega.” Oyéndolo D. Fidel se vuelve a ellos y les dice: “Han de saber ustedes que al hombre no se le mide por su estatura, sino por la altura de su frente”, al mismo tiempo que recorría con su mano la interminable carretera que, partiendo desde sus bien pobladas cejas, seguía por su calva hasta encontrar el primer mechón de pelo.

En la clase de Historia, refiere un testigo, cierto alumno bastante pigre y que rara vez acertaba a abrir la boca, no obstante los numerosos y redondos “ceros” y de las reiteradas advertencias con que a diario le obsequiaba, aquella tarde, sin embargo, cuando

²¹ La question vitale du Recrutement, pág. 67.

D. Fidel le llamó para que diera la lección sobre la iniciación de la Reconquista, ante la expectación de los compañeros, el aludido muchacho comenzó con voz que fue adquiriendo firmeza: "Destituido Ayub por el califa Omar, fue nombrado para sustituirlo Alhor, en el año 718." Aquello se ponía interesante. No se había equivocado de fecha. "Hombre extremadamente duro y fanático, comenzó la guerra santa y conquistó la Septimania visigótica. Esta dispersión de fuerzas árabes fue aprovechada por los cristianos, refugiados en las montañas asturianas al mando de D. Pelayo para comenzar la Reconquista del suelo patrio. Enterado Alhor, para reprimir la ofensiva de las tropas cristianas, mandó a su lugarteniente "...a la cama". Una carcajada general rubricó el eco de sus palabras. Había equivocado el nombre de Al kama, y el gran D. Fidel le mandó a él a su sitio diciendo: "Debe usted descansar, ipobrecito!"

Cerremos este capítulo con la apreciación que hace de su labor educadora uno de sus Superiores: "No sólo instruye, comunica a sus alumnos el gusto por el estudio, que es cosa de más valor. Si la educación es obra de amor, D. Fidel cumplía ese requisito porque amaba y era estimado por sus alumnos que le perdonaban no pocas cosas porque era bueno y les quería sincera y cristianamente." P. Lázaro.

Si pidiésemos a todos los alumnos que han pasado por su clase la opinión que se había formado de él, tendríamos juicios y apreciaciones que diferirían muy poco de ésta: "Toda mi enorme afición a los estudios históricos se la debo a él, de quien puedo considerarme aventajado discípulo, por las notas que merecí y por lo bien que aprendí aquella lección de patriotismo constante en la que se exaltaba la idea de Patria al máximo. Siendo su discípulo no se podía ser más que buen español. Creo sinceramente que la huella que D. Fidel dejó en mi formación es de la máxima intensidad. ¡Ay si todos los... del otro lado le hubiesen oído, qué distinta conducta habrían seguido!" José María Maureta.

CAPÍTULO XV

POR QUÉ Y CÓMO D. FIDEL SE AFICIONÓ A LA PREHISTORIA

Fines de julio de 1914. Una mano alevé arrebató en Sarajevo la vida del Archiduque Carlos heredero de la corona de Austria. Estalla la Gran Guerra en la que se ven envueltas la casi totalidad de las naciones europeas, y más adelante también los Estados Unidos de América.

En el momento de romperse las hostilidades entre Alemania y Francia encontrábase en París, entregado a sus tareas de investigaciones científicas en colaboración con los sabios franceses, un arqueólogo de fama mundial llamado Hugo Obermaier. Por su condición de alemán juzgóse peligrosa y comprometedora su presencia en la capital francesa, de ahí que por propio impulso y a ruegos también de sus amigos, decidió emigrar y refugiarse en España. No le era enteramente desconocido nuestro país, ya que había pasado en él algunos veranos.

Teniendo en cuenta la influencia decisiva de este extranjero en la orientación de los estudios arqueológicos de D. Fidel y las relaciones de sincera amistad que le unieron a la Dirección y al Profesorado del Colegio de Nuestra Señora del Pilar, no extrañaré que dediquemos unas líneas a dar a conocer al autor del célebre libro *El hombre fósil*. Tomamos al efecto algunas notas biográficas de las reseñas que publicaron los periódicos suizos al ocurrir su muerte en la ciudad de Friburgo en 1946.

Nació Obermaier en Ratisbona (Baviera) en 1877. Su padre era Consejero de Instrucción pública en aquel reino. Terminados los estudios de Humanidades hizo la Teología, ordenándose de sacerdote en 1900. Se lanzó luego por las investigaciones de la Prehistoria, se coronó con el Doctorado en 1904 en la Universidad de Viena. Aparecieron sus primeras publicaciones científicas por el año 1905. Dio lecciones particulares de Prehistoria en Viena desde 1909. En 1911 el Instituto de Paleontología humana presidido por el Príncipe de Mónaco, le llamó a Paris, donde enseñó hasta 1914. Comenzó la guerra cuando estaba ultimando el viaje a Persia, sufragado por dicho Príncipe, en el que Obermaier debía ir en calidad de especialista en los estudios de Prehistoria. Desde 1914

hasta 1936 fue España su campo de actividad, haciéndose célebre por la creación de la Prehistoria española. El efectivamente, y de un nodo técnico, metódico y científico, exploró las cavernas y monumentos prehistóricos de nuestra nación. La Academia de Ciencias de Madrid le testimonió su admiración admitiéndole en su seno. En 1922 la Universidad Central creó para él la cátedra de Prehistoria. Su libro *El hombre fósil* alcanzó rápida difusión en el mundo entero y fue leído con avidez por sus muchos discípulos y admiradores.

Casi desde su llegada a España vivió como huésped del Duque de Alba, siendo confesor de la familia ducal. En ocasiones sirvió de guía al Rey D. Alfonso XIII y a la Reina Victoria en las cavernas de la provincia de Santander para explicaries las extrañas pinturas de la época cuaternaria.

Obermaier frecuentaba no sólo el gran mundo y el inundo de los sabios, sino que también se encontraba a gusto en medio de los campesinos, de los pastores y de los obreros con los que se vela obligado a trabajar y a vivir en una tienda de campaña o en una caverna, aislado por completo de la sociedad durante varias semanas.

Sabía hablar y alternar maravillosamente con los grandes y con los humildes de España.

Al iniciarse la guerra civil española abandonó nuestra patria, sin ser molestado lo más mínimo, y se refugió en Roma; pero se perdieron gran parte de las colecciones acumuladas por él en Madrid durante sus 22 años de trabajos. Con todo, la biblioteca y los enseres personales pudieron salvarse y serle enviados a Friburgo al final de la guerra. Abandonó la ciudad eterna en 1937 y se refugió en la tranquila ciudad Suiza ya nombrada, en cuya Universidad católica inauguró sus cursos de Prehistoria. Un ataque de apoplejia le sumió en el lecho. Entre los visitantes que acudieron a verle durante su enfermedad se cuenta al Duque de Alba, su entrañable amigo el abate Breuil y varios religiosos marianistas españoles de la Villa Saint Jean. Expiró plácidamente en el Señor el 12 de noviembre de 1946, celosamente atendido por las religiosas del Salesianum y el Obispo de la ciudad Monseñor Bossier. Cuantos le asistían, exclamaban: "¡Es tan bueno y tan amable!" Cuando a la monja que le cuidaba se la advirtió que era un gran sabio, contestó con este elogio, el mejor que se le podía hacer: "En ningún

momento se ha podido percatar uno de que lo fuera.” La humildad es la virtud de los verdaderos sabios.

¿Cómo entró este reputado arqueólogo alemán en contacto con los marianistas? Durante las ausencias más o menos prolongadas y frecuentes de los duques de Alba, sus protectores, el doctor Obermaier acudía al Colegio del Pilar para decir la santa Misa los domingos. Es de advertir que, aunque sacerdote, vestía de seglar y se hallaba dispensado por razón de sus estudios e investigaciones, del rezo del Breviario y de la Misa diaria. Modesto y cumplido siempre en el trato, vivía por entero metido en sus libros.

Desde los primeros contactos encontró en el Colegio del Pilar una acogida franca y leal, creciendo la estima y el aprecio hacia su persona a medida que se fueron conociendo sus envidiables condiciones de hombre, de sabio y de investigador. D. Luis Heintz, acogedor y entusiasta de todo cuanto significara cultura, le abrió de par en par las puertas del Colegio y puso en juego cuantas influencias tenía, que no eran pocas y muy valiosas, para ayudar al extranjero a abrirse camino en la capital de España. Los religiosos, por su parte, le consideraron en todo momento como uno de casa; complaciéndose en conversar con él, escuchar sus sabias disertaciones arqueológicas, quedando prendados de su modestia y de su sabiduría.

Cuando por razón de sus exploraciones el doctor Obermaier recorría las provincias españolas, sabía de antemano que allí donde había una casa o comunidad marianista tenía una capilla a su disposición para celebrar, una mesa y una cama preparadas. Obermaier frecuentó el Colegio del Pilar para dar conferencias a los alumnos y para tomar parte en cuantas fiestas un poco destacadas se celebraban en él. “Conferenciante, en ocasiones que se recuerdan con fruición; capellán benévolo y complaciente, eminente colaborador de la Revista y, sobre todo, un excelente amigo, simpático, amable, decididor y de sana alegría”²².

Por punto general todos los años acudía a Madrid para visitar al eximio paleontólogo el abate Breuil, afamado sabio francés, dado igualmente a la Prehistoria y muy amigo suyo. Era este señor de condición muy distinta. Alto, nervioso en extremo, de genio vivo,

²² El Pilar, marzo de 1923.

impacientábase al menor contratiempo. También el Pilar y otros colegios marianistas fueron para él cobijo cuantas veces lo solicitó.

D. Fidel complaciase en ayudar al santo sacrificio de la Misa a uno y a otro, y siempre que podía acompañábalos durante el desayuno para conversar con ellos, oír sus relatos, saber de sus hallazgos arqueológicos y conocer, en definitiva, el auge que tales estudios iban alcanzando.

La Prehistoria se encontraba todavía, como suele decirse, "en mantillas", pero ya comenzaba a tener entrada en los textos del Bachillerato, aunque sólo fuera a modo de introducción al estudio de los Manuales de Historia. El roce y trato con estos dos sabios, la lectura de algunas de sus publicaciones en periódicos y revistas, los relatos que fue recogiendo de sus labios acerca de los descubrimientos en nuestra nación, llevaron a D. Fidel a encariñarse de tal modo con ellos que el tema llegó a ser una como "chifladura" y obsesión suya. ¡Noble y legítima chifladura en verdad!

En adelante el doctor Obermaier será su maestro, su guía y su mentor en los trabajos arqueológicos que emprenderá. Las más y las mejores horas libres que le dejarán las tareas profesionales, las invertirá preferentemente en -la investigación prehistórica. No desaprovechará lecturas, ni paseos, ni penalidades de toda índole para adentrarse en esos nuevos conocimientos. D. Fidel encontró en ellos, podemos decir, en cierto modo, su vocación como investigador. Las energías físicas e intelectuales que poseía se centraron en esa rama del saber estimando el estudio de la misma como una obra cultural, patriótica y hasta apostólica, que debía realizar. ¡Y cuánto bien no hizo con esta su obsesión por la Prehistoria que acertó a infundir a sus colegas, a algunos padres y amigos!

CAPÍTULO XVI

ENTREGADO A LA PREHISTORIA.- SUS DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS

Desde que terminó la Licenciatura acarició D. Fidel la idea de proseguir los estudios universitarios hasta verlos coronados con el Doctorado. Por su propia cuenta y aprovechando horas que le dejaban libres las tareas de clase, preparó las asignaturas correspondientes que fue aprobando, unas tras otras, sin grandes prisas, pero con envidiable tesón.

¿Qué tema escoger para la tesis? Anduvo bastante tiempo vacilando sobre cual podría ser el asunto a estudiar bajo la dirección de un catedrático de la Universidad. Aun vivía su antiguo profesor D. Eduardo Hinojosa, y asaltóle la idea de hacer un trabajo de investigación sobre "El Fuero de León" que tanto le había interesado en su clase. Dio algunos pasos encaminados al logro de su propósito frecuentando bibliotecas, consultando libros y códices en la nacional, etc; pero he aquí que, cuando más encariñado parecía encontrarse con su tema, hizo su aparición en el Colegio del Pilar el doctor Obermaier. Ya queda dicho cómo las sabias exposiciones y descubrimientos paleontológicos de este maestro influyeron de tal manera en el ánimo de D. Fidel que cambió el rumbo de sus investigaciones. Quedó arrumbado "El Fuero de León" y ocupó su lugar la "Romanización de Castilla la Nueva".

Solo, muchas veces, acompañado, de vez en cuando, por D. José Pérez Barradas, otro discípulo de Obermaier, diose D. Fidel a buscar con febril actividad y tesonera constancia en el yacimiento prehistórico, de fama mundial, llamado de San Isidro. Es éste un arenal situado en la margen derecha del río Manzanares, cerca del cementerio y de la llamada pradera de San Isidro. Con tiempo, paciencia y buena suerte, llegó a encontrar en los montones de piedra del yacimiento, hachas y raspadores de algún interés, que con la experiencia aprendió a valorar y clasificar. Aprovechaba para ello las tardes de asueto. Con un bastón de torneada montura y la mochila a la espalda, salía con un grupito de sus alumnos de Historia. Seguíanle éstos, en los comienzos escépticos y burlones, sobre el valor e interés de los pretendidos hallazgos de su maestro. Pero no tardaron ellos, a su vez, en cobrar afición a la búsqueda de

piedras prehistóricas, llegando a discernir las buenas de las que no lo eran.

Con los chicos contagiáronse, poco a poco, algunos padres que se fueron sumando a los excursionistas.

Destaquemos, entre otros, al catedrático de Farmacia Sr. Baeza López Neira, al Sr. Antigono Puerto, también farmacéutico; al comandante Sr. Bento, al médico militar Dr. Felipe Rodríguez Martínez-Toledano, al profesor de Historia del Instituto de Velázquez don José Terreros, al fotógrafo Sr. Quintas, etc. Estas salidas de Madrid, repetidas cada jueves, más los días de vacación, llegaron a interesar a las mismas empleadas del "Metro", que trabaron amistad con los excursionistas y preguntaban a D. Fidel noticias de sus hallazgos. Este, complacido y complaciente, las enseñaba ejemplares de raspadores, cerámica saguntina, de Perra sigilata, trozos de vaso campaniforme y monedas romanas. Lo propio hacía con los porteros y demás servidumbre del Colegio, si había lugar y tiempo, dándoles una lección sobre objetos usados por los hombres primitivos.

En cierta ocasión regresaba a Madrid, eufórico y altamente satisfecho, llevando un molino neolítico; piedra que por su tamaño y forma atrajo las miradas de los ocupantes del tranvía donde subió con sus alumnos. D. Fidel, con toda naturalidad y complacencia, púsose a explicar a los curiosos la clase de piedra que llevaba, su antigüedad milenaria y el uso que tenía entre los hombres de la antigüedad.

Con estas ingenuidades, que se repetían cada vez que regresaba de sus paseos y exploraciones, despertó la vocación arqueológica de un cobrador de tranvías, llamado Villanías. Este modesto empleado se aficionó a la rebusca de tales objetos, salió con D. Fidel varias veces y adquirió un tan certero golpe de vista que le permitió colocarse en el Ayuntamiento madrileño como prospector y guardián del yacimiento de San Isidro.

Por aquellos años de 1926, 27 y 28, el doctor Ohermaier estudiaba el yacimiento de las Carolinas; el Sr. Pérez de Barradas, el del Almendro, y D. Fidel, con sus alumnos, recorría el Cerro de San Blas, Tejar de D. Pedro, Portazgo, Parador del Sol, casa del Moreno, San Fernando de Henares, Arenero de las Mercedes, el Sotillo, el Ventorro, Hortaleza, Carabanchel, etc. La suerte le deparó un

grandioso éxito en 1928 con ocasión de unas excavaciones llevadas a cabo en Villaverde Bajo.

He aquí cómo la Prensa se hizo eco de aquellos valiosos descubrimientos: "En el término municipal de Villaverde ha sido descubierta una "villa" cristiano-romana. El autor del hallazgo ha sido D. Fidel Fuidio, marianista, profesor del Colegio de Nuestra Señora del Pilar. Las excavaciones que han dado por resultado el poner al descubierto, hasta ahora, tres habitaciones de dicha villa, construida sobre los restos de otra villa, también romana, se realizan bajo la dirección del arqueólogo D. José Pérez de Barradas.

"Dos villas superpuestas. El descubrimiento a que nos referimos es de una importancia extraordinaria, además de por su valor estrictamente arqueológico, primero, por la escasez de restos romanos procedentes de los alrededores de Madrid, y después, por ser el primer documento cierto que prueba la existencia de cristianos en Madrid durante la época que nos referimos. Hasta hoy sólo se habían encontrado en las inmediaciones de la capital, como restos de la civilización romana, un mosaico en Carabanchel y una lápida en el Pardo.

"El hallazgo presente consiste en una villa netamente romana (especie de finca de recreo y labor), construida sobre los restos de otra de la misma índole. Estas villas se levantaban en el lugar más elevado del predio y constaban de tres partes: casa del amo, edificios rústicos y dependencias. La del término de Villaverde es una villa extensa, importante y muy rica, de la cual los edificios rústicos y dependencias, en opinión del Sr. Pérez de Barradas, han desaparecido.

"De la villa primitiva no quedan ni muros ni cimientos. Sólo queda de ella una espesa capa de ceniza, carbón, tejas y ladrillos, revueltos con los cuales se han encontrado los más valiosos vestigios. Se deduce que existió porque aquella capa aparece debajo de los cimientos de la villa más reciente.

"De esta última quedan en pie los muros hasta la altura de 70 centímetros; dichos muros, de unos 55 centímetros de espesor, son de mampostería, adobes y ladrillos, y están revestidos de estucos pintados.

"La primera data del mediados o fines del siglo II; la segunda, de época aun no determinada. Aquélla fue sin duda alguna habitada por cristianos; lo prueba el hecho de que muchos trozos de la

cerámica saguntina hallada en sus restos aparece con cruces y cipreses, y éstos como aquéllas, eran también signos de los primeros tiempos del cristianismo. Del hecho de que esta cerámica ha aparecido en el mismo nivel que unas monedas a las que luego aludiremos, se deduce que hubo cristianos en los alrededores de Madrid; por lo demás, a mediados o últimos del siglo II, es muy probable que la villa primitiva fuese destruida con motivo de la persecución decretada por Diocleciano, en la que murieron los Santos Justo y Pástor en Alcalá de Henares, y que años después, al volver a otras manos, fue reedificada.

“Las excavaciones, que empezaron el día 16 de enero, sólo han afectado hasta ahora a una mínima parte de los restos romanos.

“Entre la ceniza procedente de la villa primitiva se han encontrado numerosísimos vestigios, si bien todos en pedazos, de cerámica saguntina, o sea en barro rojo, trabajado con una delicadeza y un arte exquisito, y recubierto de un barniz cuyo brillo existe perfectamente a través de los tiempos; cerámica pintada de tradición ibérica; fusayolas, o pesas de telar, en cerámica (la madera de los telares ha desaparecido), y cerámica negra o barro cocido trabajado a torno de tradición neolítica.

“Se han hallado además, entre otros objetos, clavos de hierro, una pulsera y una fíbula(brazalete de bronce), varias monedas de las llamadas bronce grandes, etc.

“De la Villa superior se han puesto al descubierto, hasta ahora tres habitaciones: una larga, con piso de cal; otra que, según las trazas fue un pasillo, y una tercera bastante amplia. En estas dos últimas se han hallado dos riquísimos mosaicos que miden, respectivamente, 5 por 1,50 metros y 3,40 por 2,50. Ha aparecido asimismo entre los restos de construcción un depósito de agua, de mampostería revestida de cemento, de unos 7,70, metros de longitud por 2.10 de anchura.

“De la riqueza de la villa puede dar idea el hallazgo de una columna (sólo el fuste de mármol).

“Sin embargo, y a pesar de todos estos descubrimientos, sólo comprenden las excavaciones una mínima parte. La villa, repetimos, era muy rica y extensa, y se calcula que comprende una extensión de 25 por 21 metros; es decir, únicamente se han puesto al

descubierto unos 50 metros cuadrados de los 500 que, probablemente, tenía.

“El Dr. Obermaier, al felicitar al Sr. Fuidio por este feliz hallazgo, le ha dicho que el descubrimiento de esta villa es de tal importancia que difícilmente habrá otro semejante en veinte años de exploración.

“La villa que ha sido descubierta está enclavada en el término municipal de Villaverde, a orillas del Manzanares, casi en el punto de intersección de los caminos de Villaverde y San Martín de la Vega, y en las proximidades del ferrocarril de Cáceres a Portugal y la carretera de Andalucía”²³.

Y la Esfera, revista ilustrada, en su número del 25 de marzo del mismo año, hizo un largo reportaje acompañado de una fotografía de D. Fidel y dos más con trozos de cerámica saguntina. El artículo va firmado por el reputado escritor D. Cristóbal de Castro. En él se pondera la perspicacia y tesón de D. Fidel, afortunado descubridor del yacimiento.

En el mismo Debate, en su número del 8 de febrero de 1928, se dan pormenores de otros dos yacimientos denominados “Illarcuris” y “La alcantarilla”.

“Un día un discípulo hijo del Sr. Gómez-Acebo, le dijo a su profesor D. Fidel que en una finca suya, situada en Illescas, había interesantes restos arqueológicos. En efecto, el Sr. Fuidio y el Sr. Pérez de Barradas conocieron en los muros que se veían a flor de tierra y en otros restos, los vestigios de una ciudad romana .dllarcuris”, la antigua Illescas. Los restos de cerámica y vasijas dan idea de una gran cultura, muy semejante a la de la villa descubierta en Madrid hace unos días.

“Invitados por el Sr. Santibáñez, dueño de la finca “La Alcantarilla”, visitáronla el mes pasado los Sres. Pérez de Barradas y Fuidio. La finca se halla en el término de Sonseca, a 31 kilómetros de Toledo.

“D. Fidel Fuidio nos dice que allí han encontrado el principio del acueducto que abastecía de agua a Toledo y el muro del depósito. El agua formaba un gran lago entre los Montes de Toledo y el muro. El Sr. Fuidio estaba muy interesado con los trabajos que

²³ El Debate, 4 febrero 1928.

realiza el Sr. Rey Pastor sobre la terminación del acueducto. Se pretende demostrar que llegaba a la altura de la explanada del Alcázar toledano, el lugar más alto de la ciudad. La altura sobre el río sería, en tal caso, de 70 metros, mucho más que en el de Segovia. Se trata, pues, si se comprueba lo dicho, del acueducto romano más alto de España. En cuanto al origen, según datos que nos facilita el Sr. Fuidio, el gran muro de contención tiene 700 metros de longitud y de 25 a 30 de altura. Para evitar el empuje de las aguas se dio al muro forma de ángulo; mas a pesar de ello y de que junto al vértice se formó una montaña artificial para unir las dos entre cuyas faldas se halla dicho vértice, fuese por filtraciones o por una gran arremetida de aguas, el muro se rompió por el centro. Hay grandes trozos de él a 200 metros de distancia. Tiene el muro una capa de grandes piezas graníticas, otra de un conglomerado impermeable y una tercera de pared tosca. Gran parte del granito se ha utilizado en construcciones.

“Por la parte derruida del muro corre un río. En la balsa o pantano vertían sus aguas en la época romana cinco ríos pequeños.

“En la misma finca se conservan arcos del acueducto, y en un lugar más elevado, junto a uno de los restos de poblados que se han encontrado, el canal, a flor de tierra. El canal tenía una gran capacidad.

“También se ven restos de dos poblados, uno a 200 metros del muro y otro a unos 500. Entre los restos del último se halla la casa del guarda de la finca. Según dicho guarda, al construir la casa encontraron trozos de cerámica; junto a las ruinas de uno de los poblados, se ven restos de vasijas y cerámica toscas; cerca del otro hallanse piedras de mármol. En las rocas están señaladas sepulturas de niños y adultos que, desde luego, según el señor Fuidio, son romanas. Las tumbas aparecen sin rastros de cubiertas.

“Por la tosquedad y carencia de todo refinamiento en los restos arqueológicos, deduce el Sr. Fuidio que se trata de poblados muy poco cultos, seguramente de esclavos al servicio o cuidado del acueducto y de la balsa.

“La casa de los dueños de la finca está construida entre las ruinas de los dos poblados.”

En el mismo reportaje periodístico se hace mención del más antiguo adorno de mujer madrileña. Es una pulsera de pizarra del período neolítico o eneolítico, que la acción del tiempo rompió en

varios pedazos, pero que el Sr. Fuidio ha unido. Fue encontrada en el mismo lugar en que Obermaier halló en 1918 el primer grabado en barro de ciervos y soles.

Poco a poco D. Fidel fue extendiendo el radio de sus excursiones por toda la provincia y las limítrofes de Madrid. Utilizó para sus viajes el tren, el autobús o el coche particular de un amigo, de un antiguo alumno, que, amaestrado por D. Fidel, le indicaba la existencia de un posible yacimiento. De este modo le fue dado reconocer los ya citados en Illarcuris y La Alcantarilla, Navalcarnero, Vaciamadrid, Ories, Baños de Azofrin, Cubas, Esquivias, Villaviciosa de Odón, Carabaña, Hontalva, Alberguillas y otros muchos.

A ruegos del párroco de Orusco de Tajuña, D. Alberto García Marcos, sacerdote de la Fuencisla en Segovia y que había leído los artículos de El Debate sobre los descubrimientos de D. Fidel, fue a Madrid para entrevistarse con él e interesarle en la visita de la cueva neolítica de Chiloeches (Guadalajara).

D. Fidel cumplió la promesa que le hizo de ir a visitar dicha cueva, acompañado por Obermaier, Pérez de Barradas y Maura, concejal del Ayuntamiento de Madrid en 1930. En ella observaron indicios de haber estado habitada por el hombre primitivo y la clasificaron como cueva sepulcral neolítica de tan subido interés como la de Altamira (Santander).

En las páginas de la revista El Pilar encontrará el lector abundantes reseñas e ilustraciones gráficas de la mayoría, si no de todas las exploraciones llevadas a cabo con mayor o menor fortuna a lo largo de los años 1925 a 1933.

CAPÍTULO XVII

LA CAPPETANIA ROMANA. - OTROS CAMPOS DE EXPLORACIÓN

El material recogido a lo largo de tantos años de incesante búsqueda era copioso, y cuidadosamente estudiado y clasificado, se depositó en el Ayuntamiento de Madrid en un museo que para este efecto se creó. Del mismo fue nombrado conservador el señor Pérez de Barradas, gracias a la influencia que tenía D. Fidel con los concejales del Ayuntamiento señor Maura, D. Manuel, y el escultor Coullaut-Valera, D. Lorenzo.

Cuando se proclamó la República, temiendo que lo que aún guardaba D. Fidel pudiera desaparecer, llevólo a la Fuente del Berro, donde tenía su morada el Sr. Pérez de Barradas, dejando tan sólo los desperdicios y objetos de escaso valor en los sótanos del Colegio del Pilar.

El estudio concienzudo y metódico de estos descubrimiento, apareció publicado en un libro titulado *Carpetania romana*, que sirvió de tesis para que el autor obtuviera el birrete de Doctor.

El trabajo, llevado a cabo con tiempo y paciencia y con los debidos asesoramientos, fue leído ante el Tribunal universitario en la sesión tenida el 6 de mayo de 1932. Pocos días después daba cuenta D. Fidel del resultado de la prueba al Secretario de la Administración General. He aquí sus palabras: "Muy estimado D. Miguel García: Atendiendo a su cargo y a la amistad que nos une tengo el honor de comunicarle que el día 6 del corriente, viernes hice el ejercicio de grado de Doctor en Ciencias Históricas con la calificación de "Aprobado".

"La Memoria versa sobre la "Romanización de la Carpetania" o región central. En ella van anotados de sesenta á setenta yacimientos romanos. Lleva un estudio epigráfico de 80 lápidas, otro numismático de unas 30 monedas y el tercero cronológico a base del primer trabajo que se hace en España sobre "terra sigilata".

"El ponente de mi trabajo es un catedrático de la institución libre, lo que le hará comprender a usted lo corto de la calificación.

"Esperemos a conocer el juicio científico, arqueológico e imparcial de los autores nacionales y extranjeros que me han

servido de guía en mi estudio. Después veré la manera de publicar el trabajo, juzgado, como usted ve, con un espíritu sectario. Todo sea para mayor gloria de Dios y el honor de nuestra Madre. Ha sido éste un esfuerzo que, ayudado por Ella, he realizado durante varios años, desarrollando dos funciones a cual más duras, la docencia diaria y la labor investigadora en el tiempo que aquélla me dejaba libre.

“He experimentado claramente el apoyo de nuestro Padre Fundador y de la Madre del Cielo, que me han acompañado, sostenido y alentado durante estos momentos de vida intensa, elevada hacia lo alto por el espíritu de fe.

“Saluda cordialmente al Superior General y a toda la Administración, encomendándome a sus oraciones. Su Hermano en J. M. J. - Fidel Fuidio.”

Esta carta sencilla, concisa, impregnada de espíritu de fe y de amor filial a la Santísima Virgen y al Fundador nos revela el alma transparente del buen hijo de su familia religiosa que era D. Fidel.

La mermada y calculada calificación con que el Tribunal examinador sancionó su tesis no ha de extrañar ya que la mayoría de los jueces eran institucionistas desafectos a los religiosos y que nos hallamos en plena euforia republicana.

La casa “Reus” editó el libro, que, una vez conocido por los especialistas en materias arqueológicas, mereció de ellos calurosos elogios. Si la prensa y las revistas no se ocuparon de él fue debido a que los tiempos no eran propicios para entretenerse con temas ajenos a la agitada política que se vivía entonces.

El mismo autor se vio impedido de hacerla conocer a las personas que hubieran podido enjuiciarla con competencia e imparcialidad.

Al margen de estos descubrimientos en la Meseta de Castilla la Nueva, D. Fidel llevó a cabo multitud de otras exploraciones en diversas provincias que le fue dado recorrer durante las vacaciones estivales, tales como Alava, Guipúzcoa, Santander y Soria. En la llanura alavesa visitó las cuevas de Oquina, Gorbea, camino de Lasarte, Marquinez, Faido, Albaina, Laño. En Guipúzcoa las de Landarvaso, Aizquirri. En Santander Altamira, del Castillo y alguna más.

Desde El Royo, en la provincia de Soria, donde los marianistas regentaban una escuela gratuita, irradió D. Fidel, durante varios veranos a los históricos lugares de Garray, la antigua Numancia, Medinaceli, etc. Reconoció los castros de Villar del Ala, Valdeavellano, Virgen del Castillo, balcón de Pilatos, Langosto, Vilviestre de los Nabos, que fueron descritos en un folleto hecho en colaboración del Sr. Pérez de Barradas.

En estos paseos por el campo nunca le faltaron en los bolsillos ejemplares de sílex tallados, raspadores, puntas de lanza, trozos de vasija, fíbulas, punzones, etc., restos todos de una antigüedad difícil de calcular. Los campesinos como las personas más ilustradas que veraneaban también por aquellos humildes pueblos, sonreíanse al principio de los entusiasmos de D. Fidel, pero pronto se convirtieron en voceros de sus interesantes hallazgos.

Refiérese que en cierta ocasión encontraron algunos veraneantes americanos del país a D. Fidel trabajando al pie de la ermita de la Virgen del Castillo. Preguntáronle lo que allí hacía. "He encontrado un yacimiento visigodo." Aquellos señores, que de pequeños habían sido hijos del santero de la ermita, picados de curiosidad, se dieron a cavar por su cuenta y hallaron, efectivamente, hebillas y objetos visigóticos que, entusiasmados, entregaron a D. Fidel.

Alguien pudiera estar tentado de creer que fuera de las relaciones con el Sr. Obermaier no tenía D. Fidel contacto con otros personajes entendidos en este arte de la Prehistoria y de la Paleografía. Nada más lejos de la realidad. Mantenía comunicaciones epistolares y también directas y personales con cuantas personas se dedicaban por aquellos años a ese género de investigaciones. Anotemos entre otros a los Sres. Taracena, conservador del Museo de Numancia en Soria; Martínez Santaolalla, Bosch y Guimpera, el alemán Schulten, el suizo Vernert y el inglés Oswald.

Vamos a cerrar este capítulo transcribiendo lo que acerca de las aficiones de D. Fidel a la Prehistoria nos cuenta un amigo, ya citado en otra parte de este libro, D. Claro Abánades: "Con D. Fidel me aficioné a las cuestiones de Arqueología. Para mostrar sus afanes y trabajos echaba siempre mano al bolsillo para sacar de él y enseñarme ejemplares de hachas de piedra, punzones, raspadores y otros objetos prehistóricos que encontraba en sus investigaciones por las afueras de Madrid. Era en él una verdadera obsesión hablar

de sus descubrimientos y trabajos y de cuanto con el Arte y la Prehistoria se relacionara. Hice una visita a uno de mis familiares en el pueblo de Libros (Teruel) y pude apreciar que allí se encerraban fósiles del período oligoceno entre las excavaciones que se hacían en las minas de azufre, mineral abundante en aquella montaña y sus alrededores. Traje algunos ejemplares a Madrid y se los enseñé a Fuidio. Y el amigo supo admirar aquellos fósiles entre los que había de bacracios y reptiles minúsculos. Fuidio quiso entonces adquirir algunos, y yo encargué que cuantos se encontraran en los trabajos de las minas me los remitieran. Y hubo un día en que recibí nada menos que una caja voluminosa con diversos ejemplares que se los entregué. No pudo ser mejor el obsequio. Me dio un fuerte abrazo, quedó satisfechísimo como si aquellas piedras fueran su mejor tesoro. Fueron algunos de aquellos fósiles a engrosar el magnífico museo que el Colegio del Pilar poseía y que fue objeto de la rapiña roja durante nuestra guerra de liberación.

“No pocos recuerdos tengo del entrañable amigo Fidel Fuidio. Todo su afán era conocer el museo arqueológico del marqués de Cerralbo, a quien visitaba con frecuencia por el hecho de ligurar yo en el cuadro de redactores del periódico El Correo Español, órgano oficial del tradicionalismo, del que el Marqués era el jefe principal.

“Aproveché un día en que el ilustre prócer recibía en su palacio a la aristocracia y a la intelectualidad. Fidel Fuidio pudo conversar con el Marqués un largo rato, quien le dio explicaciones de sus Trabajos y descubrimientos arqueológicos en Santa Maria de la Huerta (Torralha), Aguilar de Anguita y otros sitios.

“Algo más encontré en mi amigo, añade el Sr. Abánades. Además de sus aficiones al campo, pues disfrutaba de una potente voz, tenía una verdadera vocación religiosa, y obraba en todo, como amante de la Justicia y del Honor. ¿Cómo moriría? Seguramente los últimos momentos de su vida serían de buen cristiano, de resignado de mártir. Murió por sus ideas de amor al prójimo. Seguramente supo perdonar en los momentos de su martirio a sus asesinos.”

CAPÍTULO XVIII

PROFESOR DE EDUCACIÓN FÍSICA

“Trabajar, instruirse, formarse, adquirir el dominio del estilo y de la palabra, son fines inmediatos, pero en el fondo todos los esfuerzos intelectuales deben estimarse como medios para alcanzar un fin más elevado y más universal: la perfección del amor.

“El ideal es poder consumirse un día útilmente para el mayor bien de los hombres todos”²⁴.

Hemos presentado a nuestro biografiado como docente, como educador apóstol y como apasionado investigador de la Prehistoria. Quedan otras facetas de su personalidad que es menester igualmente poner de relieve por aquello de que “no hay prenda ni condición ventajosa en un educador de la que no se pueda sacar partido para la más completa formación de los muchachos”.

Un Centro de enseñanza es obra compleja por lo que los educandos son en si y por lo que es menester proporcionarles para que su educación sea acabada y total. Seres compuestos de alma y cuerpo y en periodo de desarrollo, precisan de apoyo en las necesidades propias de aquélla y de éste: religiosas, intelectuales, artísticas, físicas. Quiere ello decir que el Colegio ha de contar con personal apto y debidamente preparado para suministrar a sus alumnos todo lo que abarca y pide esta formación integral. Con harta frecuencia faltan profesores capaces de llevar debidamente la educación física y aun artística, o porque se desdeñan, cosa harto frecuente, o porque el personal indicado para ello, se muestra reacio frente al género y la cantidad de molestias que implica el adquirirla y enseñarla.

D. Fidel tenía un concepto distinto del problema, pues desde el Noviciado entendió que obligación suya era darse sin reserva y poner en juego todas las virtualidades que había recibido del Creador.

Hay en las Constituciones de la Compañía de María un artículo que dice: “Es un deber para el miembro de la Compañía imponerse

²⁴ P. CHARMOT, La pedagogía de los jesuitas, p. 318.

cuanto pueda en las materias que enseña, y hacer valer lo más posible su pequeño talento.” Art. 276.

D. Fidel lo hizo norma de toda su vida y con una constancia admirable se ensayó en todas las habilidades posibles a fin de rendir cuanto alcanzaran sus fuerzas.

Es tanto más laudable esta condición suya, por cuanto en la vida religiosa no es raro tropezar con personas que por timidez congénita, por una humildad mal entendida o por evitarse trabajos supernumerarios, ocultan aptitudes y disposiciones de su personalidad, dejándolas improductivas.

Alguien sonreirá, tal vez, al conocer los aparentes o reales fracasos de ciertos empeños de D. Fidel en tal o cual de sus intentos; mas quien sabe valorar esfuerzos independientemente de los resultados, no podrá por menos de aplaudir a aquel que se gasta en la prosecución de la noble empresa de “saber más y servir para más”. que fue como la divisa de D. Fidel toda su vida.

En el presente capítulo le veremos sacar partido de su robusta salud y de su envidiable agilidad para los ejercicios físicos, para llenar su cometido de profesor de gimnasia y encargado de los deportes. En el siguiente nos ocuparemos de sus aficiones artísticas y los ensayos realizados en ese campo de sus actividades.

Tenia D. Fidel una estatura media de 1,65 metros. Era ancho de cuerpo y algo cargado de espaldas. Su cabello como su espesa barba aparecían de un color negro fundido. Poseía una recia musculatura con bíceps y pecho que hacía ostensibles, a veces, con cierta pueril vanidad. Prototipo atlético tal como lo describe Ernest Kreeschmer en su famoso libro La envoltura del cuerpo y el carácter, tórax muy desarrollado, anchas y robustas espaldas, pecho saliente. En alguna ocasión describía ante sus alumnos a los iberos como hombres rudos, fuertes, sobrios, audaces, de baja estatura, color moreno, mirada brillante, barba bien poblada...; se paraba complacido y añadía señalándose a si mismo: “Aquí tienen ustedes un magnifico ejemplar ibero.”

Si es cierto que los alumnos veían a menudo en él a un compañero mayor que se les entregaba confiado, le respetaban, sin embargo, porque su potencia física era grande.

D. Fidel era un hombre inofensivo con alma noble de verdadero niño, enmascarado con un rostro de color cetrino y unos

ojos negros chispeantes, retadores, bien pronto traicionados por la dulzura de su sonrisa bondadosa.

Un aldeano que tenía confianza con él le dijo cierto día: "D. Fidel, viéndole a usted en el campo es como para entregarle el dinero antes de que lo pida."

Circunstancia hubo en que llegó a hacer el papel de serio agente de la autoridad. Refiere una religiosa oblata del Santísimo Redentor que hallándose D. Fidel en una casa de su Orden en Segovia, llamó a la puerta un señor que llevaba a su hija resuelto a encerrarla en aquel centro de corrección. Acudió la Superiora, escuchó la pretensión del caballero, pero fueron inútiles las instancias del padre y de la religiosa para que la muchacha se decidiera a ingresar por las buenas. Volvió la Superiora al recibidor y contó a D. Fidel lo que ocurría. En seguida dijo éste con su resolución acostumbrada:

-Espere usted, -madre, que yo me encargo del asunto.

-No veo cómo, D. Fidel.

-Venga conmigo y lo verá.

Y sin más esperar se levantó y se encaminó hasta el vestíbulo de la casa donde todavía se encontraban padre e hija forcejeando.

-¿Qué es lo que ocurre? -preguntó D. Fidel al señor con cara harto seria.

-Que esta mi hija, a quien traigo para que viva recogida con las Hermanas, se niega a obedecerme.

-Ha de saber usted, joven -dijo D. Fidel adoptando un empaque solemne de funcionario del orden público, al mismo tiempo que doblaba la solapa de su chaqueta-, que soy un agente de la autoridad, y, una de dos, o entra usted en esta casa, como lo pide su padre y nada malo la puede pasar, o esta noche duerme usted en una prisión.

No hubo necesidad de más. La joven se atemorizó y sin hacer ademán de resistencia alguna se entregó en manos de la Superiora.

Ágil y resuelto como pocos en los movimientos, distinguióse desde los años de formación por la flexibilidad de sus miembros y la pericia en toda clase de ejercicios físicos. Desde la inauguración de la casa de Escoriza se montó un gimnasio a la moderna, con paralelas, barra, trapecio, argollas, escalera vertical y horizontal,

etc. D. Fidel, resuelto como pocos, lucía sus habilidades en toda clase de ejercicios y acrobacias. compitiendo con él tan sólo D. Francisco Martínez Atristain.

En el Colegio del Pilar, en Claudio Coello primero, en Castelló después el profesor de educación física D. Marcelo Sanz, montó un gimnasio de tipo nuevo con espalderas, cuerdas, paralelas, perchas, cuadros, salto, pulso, etc. Dio también un curso a los profesores y D. Fidel demostró más pericia y soltura que ningún otro. Durante bastantes años bajaba todos los días con algunos jóvenes para practicar la gimnasia y mantener de ese modo el cuerpo sano, flexible y bien templado.

Tuvo a su cargo la clase de gimnasia con los alumnos de tercer año de Bachillerato que daba al aire libre en los patios. Cumplió su función con fidelidad, método y seriedad un año tras otro. Dejaba a los muchachos maravillados cuando, apoyado sobre una pierna, ponía el cuerpo perfectamente horizontal, flexionando sobre ello, se bajaba hasta el suelo y entretenía la otra en posición igualmente horizontal.

Encontrábase un día dando la clase de gimnasia en el reducido patio de Claudio Coello, rodeado de casas y dominado por las cocineras de la vecindad, las cuales seguían con curiosidad las evoluciones de los alumnos. A un momento dado y desde una cocina del piso alto, tiraron desperdicios al patio. D. Fidel, con voz fuerte y bien timbrada, se dirigió a la del piso y dijo: "Oigan, en esa casa: las cuerdas están arriba." Al oír estas palabras se asomó un joven que en tono airado preguntó: "¿Qué dice usted?" "Baje y lo oíría mejor." "Pues allá voy."

Descendió, en efecto, pero se quedó prudentemente a la puerta" de la calle. D. Fidel prosiguió el ejercicio de gimnasia. Al romper filas salieron los muchachos para sus casas, y al darse cuenta de la presencia del joven en la puerta, decían en voz alta: "Pues no sabe éste con quién trata. Es D. Fidel el campeón de boxeo y al primer guantazo le pone fuera de combate." Le pareció al mozo prudente la advertencia y se marchó sin entrevistarse con su presunto retador.

Estando todavía en Cádiz encariñóse con el deporte de la esgrima; por aquellos días de frecuentes duelos y desafíos, puesto de moda, en los colegios, casinos y cuarteles, llegó a Cádiz un tirador de florete, llamado Mr. Lyon, francés de origen. Pidió dar

lecciones en San Felipe Neri y el P. Bacquier accedió a establecer una clase de esgrima para los alumnos que voluntariamente lo pidieran. También se ofreció dicho señor a formar a los profesores en este arte y se presentaron, entre otros, D. Fidel. Demostró en ello habilidad y disposiciones tales que pudo medirse con el mismo maestro, quien en más de una ocasión salió vencido en el asalto.

Cuando se organizó el deporte del fútbol en el Colegio del Pilar D. Fidel se prestó gustoso a colaborar ayudando eficazmente al Padre Miguel Leibar, mártir un día de la Cruzada nacional. Utilizábase un campo situado en el barrio de la Guindalera, alquilado por el "Atlético" y se guardaban las porterías en una chavola. Al marchar el P. Leibar al Seminario. D. Fidel tomó a su cargo la dirección de los deportes 1912-1923. Alquilóse un campo cerca de la estación del Niño Jesús. que había sido utilizado antes por el "Español" de Madrid. Era propiedad de los marqueses de Villapadierna, quienes lo cedieron por unas pocas pesetas. Costó a D. Fidel no poco el tomar posesión de él, porque los golfillos de los contornos lo venían usufructuando a su placer. Tuvo que enseñarles el contrato de arrendamiento y alguna vez también acudir a razonamientos más contundentes, como eran el cinto y las que él llamaba "chuletas de aire comprimido".

Durante la semana le llenaban el campo de piedras e inmundicias y luego los mismos golfillos se ofrecían a limpiarlo por unas perrillas.

A medida que D. Fidel se dio a la Historia, a la Prehistoria y al Arte, perdió gusto por los deportes, cuya dirección se traspasó en cadena ininterrumpida a D. Eduardo Infante, D. Victoriano Martínez, D. Pedro Medina, D. Cayo Alegre y D. Serafín Arrieta.

Después se hizo D. Fidel explorador infatigable, montañero intrépido, andarín número uno en paseos y excursiones, llevando tras sí alumnos, jóvenes religiosos, a todos los cuales, como queda apuntado, comunicó su "chifladura arqueológica".

Y cuánto bien no hizo a los muchachos sacándoles de la calle. del cine y otros espectáculos, encariñándoles con la madre Naturaleza, con la Historia y las Bellas Artes. Era éste un género de apostolado entonces poco o mal valorizado, pero que en nuestros días felizmente se ha generalizado en bien de la juventud.

CAPÍTULO XIX

LAS AFICIONES ARTSTICAS DE D. FIDEL

Sin destacarse en ninguna de las Bellas Artes, indudablemente que D. Fidel las sintió profundamente y acertó a recrear primero y entusiasmar luego a sus alumnos con toda clase de manifestaciones artísticas. "Artista polimórfico" le llamó un día su admirador y amigo D. Francisco Cervera. Por propio impulso cultivó la música e hizo sus ensayos en la pintura, y si no logró mayores éxitos en esas actividades fue porque le faltó tiempo y careció de maestro que le guiara. Cargado de clases como el que más, tan sólo podía consagrar a ellas breves momentos y muy espaciados. Y bien sabido es el continuado ejercicio que exigen esas tareas si se quiere alcanzar positivos resultados.

Le hemos visto darse con afán a visitar monumentos arquitectónicos, esculturas y pinturas en iglesias y museos, a coleccionar, con un ardor propio de adolescente, láminas, cuadros, fotografías, ilustraciones de cualquier género para exhibirlos en clase y ofrecer una idea más acabada de las asignaturas que le eran propias.

De este modo es como se fue, si podemos hablar así, haciendo un especialista en la materia, un crítico del arte en grado suficiente para enseñar a sus educandos a discernir lo bello y grande de la riqueza artística nacional. Es esa una magnífica lección que daba de continuo a sus compañeros de profesión sobre el modo de ocupar bien las horas de descanso y de esparcimiento, a fin de ilustrarse más y hacerse útil en mayor medida.

En páginas anteriores se ha repetido que desde su ingreso en la Congregación D. Fidel dio muestras de poseer gusto por el canto, con una voz potente y bien timbrada. Los visitantes de los Colegios destacan cada vez en sus informes, esta cualidad saliente. El interesado sentíase orgulloso de su voz y no desaprovechaba ocasión de hacerla lucir con su peculiar vanidad infantil.

Siendo escolástico inauguróse en la parroquia de Escoriaza una estatua del Sagrado Corazón de Jesús, obra escultórica del notable maestro guipuzcoano Uribealgo. Con tal motivo celebróse una procesión a la que concurrieron el personal del convento, el pueblo en masa y bastantes forasteros. Terminó el acto en la iglesia

con una bendición del Santísimo, durante la cual D. Fidel y D. Francisco Martínez cantaron en el coro, entre otros motetes, el "Corazón Santo" con la mayor unción y suavizando los finales. Pero en una iglesia espaciosa como aquella daban ambos sensación de insuficiente pulmón. Eso hacia contraste con la voz potente del hijo del tamborilero del pueblo, Eduardo Insarroy, que se despachaba a su gusto a grito pelado. Andando los años este joven llegó a ser sacerdote y organista de la basílica de Begoña. Treinta años más tarde de este suceso que acabamos de referir, se encontraron él y D. Fidel en el convento de Escoriaza, y hablando de canto se desafiaron a ver quién conservaba más voz. Acudieron al coro; acompañó D. Eduardo, sacerdote, a D. Fidel con el armónium y luego se acompañó a si mismo. Los testigos presenciales del encuentro estaban algo disconformes en su opinión. D. Fidel, comentándolo algo después, declaraba con su peculiar ingenuidad: "El cura ha dado más voz, pero yo he cantado mejor."

Las fiestas religiosas del Colegio del Pilar veíanse realizadas por D. Fidel merced a su decisión, agradable timbre de voz, unción y buen gusto. ¿Quién no recuerda con agrado los villancicos de Navidad, aquellos solos de barítono en que ponía toda su alma, las Lamentaciones y Profecías de Semana Santa, los cantos polifónicos de las solemnísimas primeras comuniones, las flores del mes de mayo, los motetes a la Santísima Virgen y al Santísimo en las bendiciones, etc., etc.? Siempre oíasele con agrado y echábasele de menos cuando cualquier impedimento le mantenía callado.

Su condición de hombre complaciente llevábale a prestarse de buen grado para alegrar a la gente en las tertulias, en los paseos y en reuniones de todo género. Sin hacerse rogar mucho sacaba su variado repertorio de cantos religiosos, escolares, profanos, inofensivos y de buena ley, pero en los que la letra y el aire musical, a ambos juntos, provocaban la risa y la hilaridad. Tenía para ello un largo y variado repertorio. Conocidos son: "La salve de los tres amores", "La salve del molinero de Subiza", etc.

A las puertas de un molino
me puse a considerar
las vueltas que da la piedra
y las que podría dar.

Yo salí de mi cuartel
con hambre de tres semanas,

me encontré con un ciruelo
cargadito de manzanas.
empecé a tirarle piedras
y cayeron avellanas,
y al ruido de las nueces
salió el amo del peral
y dijo: "No tiréis piedras
porque es mío el melonar."

En lo profundo del mar
suspiraba una alpargata
y en sus lamentos decía
sácame. Perico Rata.

Tipiripitín, tipiripitaina, pim pom
clin, clin, clin, riau, riau
riau, riau, riau, clin, clin
clin, clin, clin, riau, riau
ya piripitaina, pim, pum.

Quisiera verte y no verte,
quisiera amarte y no amarte,
quisiera pegarte un tiro,
acertarte y no matarte.

D. Fidel se ensayó en el piano, en el violín y en la ocarina, instrumentos en los que no pasó de simple aficionado, por falta de tiempo para ejercitarse en ellos.

Tuvo una época en que le dio por cultivar la pintura. Tan inocentemente orgulloso estaba con los cuadros que pintaba que se complacía en enseñárselos a todos sin descorazonarse por la crítica burlona o más o menos despiadada que le pudieran hacer de sus trabajos.

Su temperamento optimista le inclinaba a ver todo de color de rosa, a no darse por enterado de las censuras y estimularse, en cambio, con cualquiera palabra elogiosa que se le dirigiera.

Durante los veranos por los años 1925-1926, pasados en el Colegio de Vitoria, entretenía sus ocios manejando los pinceles con la satisfacción y contento del neófito. Reproducía los cuadros del Sagrado Corazón de Jesús y de María, que existieron en la capilla de

Goya, 16, y que figuran hoy en la del Postulantado misionero de Segovia.

Su espíritu comunicativo y bondadoso le llevaba a invitar de vez en cuando a los Hermanos a ver sus cuadros. En cierta ocasión mostróle un religioso dedicado a los trabajos manuales su extrañeza de que no le hubiera enseñado sus cuadros. El Hermano expresó su opinión con toda naturalidad diciendo lo que sentía.

-Este cuadro -afirmaba D. Fidel- vale más de mil pesetas.

-No creo que valga tanto, porque la cara que le ha puesto no cae bien.

-Esa cara -replicó D. Fidel- es lo más grande que tiene el cuadro, sólo que no saben apreciarlo quienes no tienen ilustración. Bien dijo nuestro Señor en el Evangelio: "No se echan perlas..."

En Suances (Santander) veíasele algunas veces sentado con un caballete sacando acuarelas de la iglesia y caserío del pueblo marinas y "puestas del sol". Alguno de los que se acercaban con cierta burlona ironía decíanle que aquella puesta del sol más parecía "un huevo frito". Al principio tales apreciaciones le ponían de mal humor, pero pronto sabía sonreírse y tomarlo a guasa.

Regresando a Madrid a final del verano, alegre y satisfecho con sus trabajos pictóricos, hacía una exposición con la que finamente le tomaban el pelo los visitantes, profesores o alumnos de más confianza. Mostrósele un año al profesor de Dibujo del Colegio, Sr. García Hispaleto (auxiliar del Instituto de Cisneros y también del Colegio del Pilar), hombre que era buen dibujante y pintaba bastante bien, y después de verlo todo, dijo a D. Fidel: "Es usted un hombre original, no sigue módulo." En estas palabras vio él una alabanza y no una indicación de que los cuadros carecían de un principio técnico. Su natural ingenuidad le inclinaba a tomar siempre el lado favorable de las cosas y de los juicios que se emitían.

Los últimos años de su estancia en Madrid se dedicó a sacar fotografías, arte éste que necesitaba conocer en cierto modo para sus excursiones y descubrimientos arqueológicos. Fuera por inhabilidad práctica en el manejo de la máquina y, sin duda, más bien, por algún defecto visual no tuvo éxito, pues con frecuencia sus fotografías carecían de enfoque y de claridad. Cuando él acudía presuroso y satisfecho a enseñarlas a los demás, todos piadosamente tenían que asentir o decir con toda verdad que sus

fotografías tenían “velo”. Eso le llevaba invariablemente a replicar: “¡Qué velo ni qué churro!, ¡si usted no ha visto cosa igual y el verla le pone envidia en los ojos!” Felizmente para las necesidades de sus investigaciones tuvo siempre a su lado al afamado fotógrafo Sr. Quintas, que se las sacaba al acompañarle en sus viajes y exploraciones o se las revelaba con todo esmero cuando era el mismo D. Fidel quien las tiraba.

Pero aun en eso Dios sabe sacar de las piedras pan. Un antiguo alumno, Fernando Zapater, aficionado y muy experto en la fotografía, afirma que él debía todos sus aciertos fotográficos a su maestro D. Fidel.

Para terminar este género de actividades y gustos artísticos, digamos, por fin, una palabra acerca de sus ensayos literarios.

Apenas llegó a Madrid por los años 1910, 11 y 12, estuvo entretenido en la redacción de una novela de tesis, con carácter apologético. Su corazón de joven decidido y batallador, sentíase herido por la libre expansión de las ideas liberales y sectarias en nuestra patria. Tengamos presente que por aquellos años el Gobierno de Canalejas dictaba la ley del Candado y preparaba otras no menos lesivas a la Religión católica. D. Fidel planeaba una diatriba contra el turbio materialismo que se infiltraba en la sociedad. Fue, pues, elaborando lentamente en su cuarto de Claudio Coello, 41, una novela que tituló “Ernesto”, en la que trataba de rebatir con hábil dialéctica los argumentos del materialismo. A medida que escribía sus cuartillas convocaba al círculo de sus admiradores y les decía: “Vengan, vengan, ustedes son los favorecidos”, y les leía lo último que había escrito, terminando con esta expresión: “Esto es canela fina, el materialismo por los suelos.” El tema de la novela fue objeto frecuente de las conversaciones de los profesores que la comentaban en todos los tonos, tomándola lo más frecuentemente a broma. En cierta ocasión que D. Fidel se hallaba en corillo con otros religiosos en entretenida tertulia, se encontraba presente también el Hermano cocinero D. Anastasio Bilbatúa, hombre de genio bromista y muy guasón.

Tenia sobre sus hombros un felino muy zalamero al que llamaba “Ernestito” y le pasaba suavemente la mano por el lomo diciendo socarronamente al bicho: “Cuidado, Ernestito, que te vas a caer y vas a tirar el materialismo por los suelos.”

La salida del maestro cocinero produjo la natural carcajada entre todos los contertulios. D. Fidel fue el que menos se rió de la gracia. La novela no pasó de los primeros capítulos, pero la fiebre novelera la mantuvo un par de años, durante los cuales no hablaba de otra cosa.

Dió después por componer una "Paráfrasis" sobre el Oficio Parvo de la Inmaculada Concepción. Tampoco duró mucho esta afición y arrinconó las páginas que sobre el tema había escrito.

Esto que para algunos pudiera ser indicio de un espíritu raro y extravagante, quizás megalómano, era no más que ensayos y forcejeos para conocer el alcance de los dones recibidos del cielo. D. Fidel, lo hemos dicho repetidas veces, era en el fondo un hombre humilde, trabajador, que ansiaba formarse para mejor servir a los que estaban a su alrededor aunque sólo se tratara de alegrarles la existencia.

CAPÍTULO XX

NOTAS MAS SALIENTES DE SU CARÁCTER

El B. P. Domingo Lázaro, en funciones de Provincial, después de una visita al Colegio del Pilar, dejó perfilado por escrito el carácter de D. Fidel en estos renglones: "Hombre feliz que se hacía feliz fácilmente. Feliz e irradiando felicidad. Niño grande que presume incesantemente de hombre. Buen elemento de unión, de alegría, trabajador y abnegado."

El P. Salvador López de Luzuriaga, que le tuvo bajo su dirección algunos años, le analiza así: "Bueno y servicial hasta dejarlo de sobra. Noble y leal sin dobleces de ninguna clase. Su alma se reflejaba en todos sus actos. No creo tuviera enemigos. Todos: religiosos. alumnos y personas del inundo que le trataban, sentíanse a su lado, como junto a un amigo amable y cariñoso, que se ganaba los corazones. Abnegado y sacrificado como pocos. Sencillo, algo crédulo, no comprendía que en los demás hubiera dobleces o engaños porque él no los había experimentado nunca."

Cuantos juicios y apreciaciones pudiéramos traer aquí, y son numerosos, dirían en sustancia lo mismo que estos dos que hemos transcrito.

Carácter significa sello, impronta. Viene a ser en el hombre tanto como una individualidad acusada. El carácter y modo de ser de D. Fidel tuvo estas tres notas salientes: genio alegre, optimismo. simpatía.

"Sé alegre, la alegría es la sonrisa del alma." Fue un educador jovial, ocurrente, de buen humor y con "chispa" dentro de las conveniencias más elementales y agradables. Fue optimista porque confió en si y en los demás, supo ver siempre en los acontecimientos y en las personas el lado bueno, favorable, ventajoso, halagador. Y como dice un refrán inglés, "nada hay que ayude a triunfar en la vida tanto como el éxito" real o imaginado. Fue simpático e irradió simpatía en torno suyo porque a su alegría espontánea y a su optimismo innato unía un corazón bondadoso, un espíritu acogedor y una actitud siempre pronto a servir y sacrificarse.

En la vida de comunidad era un elemento insustituible para fomentar el contento y el bienestar en las horas de recreo y expansión. Grupo donde él se encontraba veíasele animado, jocosos. El "servite Domino in laetitia", salmo 99, era el lema de su conducta, reforzado aún por la Regla de la Congregación: "En verdad ¿quién tiene más motivos de ser y de mostrarse más feliz y contento que el hombre consagrado a Dios bajo los auspicios de María?"²⁵.

Este estado de ánimo se reflejaba en el rostro, se traducía en toda su persona por esos numerosos signos de expresión, que ni tan siquiera se pueden reprimir a voluntad: viveza en los ojos, sonrisa en los labios, afabilidad en las palabras, afecto en el corazón.

Tan inclinado se hallaba su ánimo a la euforia que las mismas depresiones de ánimo que inevitablemente le sorprendían alguna vez, bien sea por una indisposición o por algún disgusto, eran superficiales y de escasa duración. El valor y trascendencia que ello tiene en el educador es incalculable. "Si eso sucede, la mirada escrutadora de nuestros alumnos, que nos penetran muy adentro, no sorprenderá en nosotros el hastío, el disgusto, una especie de desencanto que sospechan aun en nosotros los mundanos; nos verán por el contrario sonrientes, afables y su corazón quedará prendado. Que este atractivo persista, que se arraigue profundamente en el corazón, y el germen divino de la vocación, supuesto que caiga, tendrá libertad para aflorar. Es esto mismo que hacía escribir al Padre Cheveaux, "lo que es altamente poderoso sobre el espíritu y el corazón de los alumnos es esa piedad afable, el contento que se refleja en el rostro, la abnegación, la bondad, las formas suaves y cautivadoras; en una palabra, una caridad a toda prueba"²⁶.

A modo de ejemplo insertamos tales o cuales de sus salidas chuscas, ilógicas a primera vista, pero que llevaban a explotar la risa.

Acudía los domingos a oír la santa Alisa en la capillita de Goya,¹³ un señor muy espigado que vivía en la misma casa. Cierta día el buen señor tropezó en un banco y cayó al suelo cuan largo

²⁵ Const., art. 23.

²⁶ Instrucción, n.º 7.

era. Acudió solícito D. Fidel y le ayudó a incorporarse. Comentando después en el recreo el suceso soltó esta frase: "¿Han visto ustedes el decámetro por el suelo?" La salida cayó en gracia y en adelante a aquel señor se le conocía en comunidad con el de "el Decámetro por el suelo".

Tratábase de formar entre los miembros jóvenes una sociedad artístico-deportiva.

-D. Fidel, usted será vocal en la nueva sociedad que se ha constituido -le dijo alguien.

-Y usted "dental" -replicó D. Fidel con premura, recogiendo la alusión del interesado, conocido por su buen apetito en las horas de yantar.

Cuando un Hermano le vio por primera vez con barba le preguntó por qué se la dejaba, y contestóle al punto:

-Mire, Hermano, es que me estaba quedando tísico.

Al entrar por una puerta tropezaba en el dintel con gran aparato, dando la sensación de que iba a caerse, pero salía con esta frase: "Quien tropieza y no cae, avanza."

Frases tuyas muy reídas fueron éstas: "Toda la farmacopea consiste en estas tres cosas: gimnasia, masaje y baños de sol."- "Ese es un mozo con c", refiriéndose a un joven que se las echaba de fornido y ágil.

"¡Ah. sí, está el pobre como una alquitara pensativa!", apuntando a uno que, sentado en una silla, se encontraba meditabundo.

"Se le ha estropeado la rueda catalina." - "A Fulano se le ha caído el puente de Barolio." - "Ese tiene la bicorniz torcida." Frases todas con las que daba a entender que los interesados estaban algo desquiciados de la cabeza.

"Ese niño es un percebe..., porque el pobrecito no percibe nada de las explicaciones que se dan en clase."

"¿Qué me dice de esta foto? Ha inmortalizado la escena."

Tiempo hubo en que le dio por hablar y recomendar a los demás el estudio y la práctica de los procedimientos y métodos pedagógicos. Como una tarde de fiesta, nada menos que el día del Corpus, dejara castigados a algunos chicos, reprocháronselo los demás, como contrario a los principios pedagógicos más

elementales y en un día tan señalado como aquel. Defendióse como pudo de los alegatos que le hacían, y al final, separándose de sus impugnadores, dijo: "¿Creen ustedes que voy yo a consentir que me tomen por el tercer tomo del Juan Lanas?"

Recorriendo las notas que semanalmente ponen los profesores en el registro correspondiente, hacía de vez en cuando esta algebraica reflexión sobre las coordenadas y las abscisas con una fina alusión a tal o cual de los profesores presentes: "La línea horizontal dice lo que es el alumno, la columna vertical expresa lo que es el profesor."

La explicación no era difícil de penetrar. La coordenada horizontal, integrada por las notas de las diferentes materias que cursa el alumno, mide su inteligencia, su saber, su trabajo, su voluntad. La coordenada vertical, que lleva las notas puestas por un profesor en su asignatura a toda la clase, da la medida del buen sentido, de la ponderación y de los nervios del profesor.

De su ingenuidad pueril a veces, y siempre totalmente inofensiva, se han dado algunas anécdotas a lo largo de estas páginas y no vale la pena multiplicarlas.

Por razón de los grandes calores estivales que azotan a Madrid, determinando el éxodo de una gran parte de la población, la Comunidad del Colegio del Pilar se distribuía entre las casas que la Compañía regentaba en otras provincias. Esto hizo que D. Fidel pasara varios veranos en Escoriaza, Vitoria, Suances, El Royo y Segovia.

En cualquiera de ellas los religiosos y los formandos recibían a D. Fidel con los brazos abiertos y se congratulaban en tenerle consigo durante unas semanas. En los Anales de cada casa podría encontrarse, tal vez, consignada una frase parecida a ésta que hemos leído en la casa de Escoriaza: "Esta mañana llega el simpático D. Fidel Fuidio." Y es que su presencia en las horas de esparcimientos imprimía un tono de satisfacción y alegría muy marcados. "¿Por qué hemos de tener buen humor? -pregunta Courtois-. Porque es un deber que tenemos para con Dios, para con nosotros mismos y para con los demás. Para con Dios es un homenaje que se le ha de rendir. Para con nosotros, una necesidad

y una fuerza. Para los demás, una condición preciosa, si se quiere realizar con éxito las obras de educación"²⁷.

¿Cuáles eran sus ocupaciones durante las vacaciones estivales?

Difícilmente se encontraba un momento ocioso, fuera de las horas de descanso concedidas por el Reglamento. Leía, escribía, pintaba o daba conferencias a los postulantes y escolásticos, clasificaba el material encontrado en sus paseos. Los siguientes relatos que insertamos a continuación nos hacen ver el agrado con que le recibían los postulantes y jóvenes profesos y la admiración que producían en su imaginación las charlas o conferencias que les daba y las exploraciones que en su compañía hacía.

"Era durante el verano de 1927 -escribe un testigo-. Varios profesores del Colegio del Pilar de Madrid habían llegado al Poslulantado de Escoriaza. Jovencitos entonces nosotros, llenos de entusiasmo por nuestra vocación marianista, acogíamos con verdadera curiosidad y aplausos a los distinguidos y amables veraneantes. Entre todos ellos nos llamó la atención D. Fidel Fuidio. Todas sus manifestaciones y trato, no obstante su edad, reflejaban un alma siempre joven y entusiasta de un ideal. Con aire de satisfacción y ánimo acogedor nos cautivaba por su aspecto digno. su oscura y bien cuidada, barba, la mirada penetrante de sus ojos negros, su paso firme y decidido, su magnífica voz, su amor al arte y más que nada su comunicativo entusiasmo al relatar páginas de Historia o mostrarnos algunos vestigios prehistóricos de que a cada paso exhibía ejemplares, auténticos. Ya desde los primeros días se conquistó nuestra admiración con unas conferencias que nos dio sobre Arte. Asistieron a las mismas profesores y postulantes.

"Dábalas los domingos y días festivos por la tarde. Su prestancia. sus ojos negros y vivos, su voz sonora y el dominio con que manejaba el tema nos tenía pendientes de sus labios. Recuerdo que para sacar al público de la monotonía o la distracción decía algún chiste. o salida humorística, que arrancaba carcajadas a los postulantes hacía exclamar a los profesores: "¡Qué D. Fidel!"

"Completó esa serie de conferencias con otras sobre el P. Chaminade y su obra. En ellas hizo resaltar de manera admirable la

²⁷ COURTOIS, ¿Sabemos educar?, p. 152.

figura del Fundador. En su tono familiar, claro y ameno, nos fue dibujando el estado político, social y religioso de la Historia de Francia en los siglos XVIII y XIX, destacando vivamente la santidad y la obra apostólica del P. Chaminade.

“Su especial afición a los estudios prehistóricos le impulsaron a organizar algunas excursiones, siendo la más importante la de Aitzorrozt en aquel verano. Nos acompañaba el Marqués del Saltillo, catedrático de Historia de la Universidad de Sevilla. La tarde era calurosa. Como dicho señor se hallaba algo entrado en años, D. Fidel trató de acompañarle a su paso y por los senderos más practicables, pero al subir una empinada cuesta alguno de los excursionistas que iba más arriba, hizo resbalar una piedra algo voluminosa que bajaba precipitada en dirección a D. Fidel y a su acompañante. Milagrosamente la piedra pasó en un salto inverosímil por encima de sus cabezas. Ya en la cima se empezaron las excavaciones, y el entusiasmo de D. Fidel y el nuestro subía de punto a medida que aparecía alguna cosa de interés.

“También nos acompañó D. Fidel al Santuario de Nuestra Señora del Castillo, próximo al pueblo de Salinas de Léniz. Al terminar los rezos de la tarde en dicha iglesita D. Fidel nos cantó muy gustosa y complacientemente la “Salve de los tres amores”, que nosotros oíamos por primera vez y con verdadera fruición.”

Años más adelante, en Segovia, dejaba a los jóvenes escolásticos la misma grata impresión.

“Terminado su Doctorado en Ciencias Históricas -escribe un joven profesor en 1932- fue a pasar unas semanas al escolasticado de Segovia (“templo del recogimiento y del estudio”, en frase de D. Fidel). Quería hacer “sus 21 días de Ejercicios intelectuales” como coronamiento del máximo título académico que acababa de obtener. En muchos aspectos fue durante un mes un escolástico más. En los recreos, paseos, canto...; en casi todos los actos colectivos o de comunidad participaba D. Fidel con sus escolásticos llana y sencillamente, gastaba y admitía bromas.

“Lo más notable de aquellos días de “madurez intelectual” fueron los paseos diarios a las lomas de la Fuencisla y del Parral. Todos nos sentíamos arqueólogos afortunados. Luego fueron unas cuevas situadas en las márgenes de la ribera izquierda del Eresma, a poca distancia de la Fuencisla, las que con más interés exploramos. D. Fidel, invariablemente, llenaba la mesa de la

presidencia del comedor con los objetos hallados en el paseo para que sirviera de conversación durante la cena. ¡Cómo se le veía gozar a D. Fidel!

“Admiraban unos su espíritu religioso y su piedad sincera, observábamos su costumbre de besar el anillo, símbolo de la consagración total y definitiva a la Santísima Virgen, siempre que hacia la señal de la cruz. Quedaban edificadas otros por su condición de hombre humilde y servicial. Cantó cierto día la “Salve de los tres amores”, yo le acompañé al armónium y le dije: “D. Fidel, me someto al ritmo y al aire que usted marque.” De ninguna manera -replicó-, soy un servidor y seguiré dócilmente al armónium.” Pocos días después, al salir a Comunidad, tuve ocasión de encontrarme en Madrid con D. Fidel de paso para Tetuán. Con gran abnegación y cariño, que jamás olvidaré, se brindó a acompañarme para visitar lo más importante de Dladrida

“Parecidos sentimientos y alegrías que los formandos tenían los religiosos jóvenes y viejos con D. Fidel en los días de campo. Por complacer a sus Hermanos repetía una y otra vez su repertorio de canciones, anécdotas y peripecias en la búsqueda de piedras prehistóricas, sucedidos pintorescos con los alumnos. Si se le rogaba poniase a remedar el rebuzno del asno, el canto del gallo, el ladrido del perro, etc.

“De esta forma podríamos continuar indefinidamente. En su compañía las horas pasaban amenas, entretenidas, veloces, viéndose llegar con pena el día de la separación por tener que regresar a su destino.”

CAPÍTULO XXI

EL RELIGIOSO MARIANISTA

De intento venimos destacando, a lo largo de estas páginas, la simpatía, como la cualidad más resplandeciente, en la persona de D. Fidel. No es la simpatía de suyo una virtud propiamente dicha, ni menos una virtud religiosa. Pero todos tenemos la persuasión de que ella contribuye a hacer amables y atractivas todas las virtudes morales y religiosas.

La simpatía, es cosa sabida, darse en las personas de buen humor, de sano optimismo, condiciones ambas que D. Fidel poseyó en alto grado. Fue un sembrador de alegría, de gozo y de contento, y lo que eso es y lo que eso vale, sólo lo podemos apreciar cumplidamente quienes por vocación hemos de llevar una vida común. Bendición de Dios es para toda familia contar con un miembro que tiene el don inestimable de desarrugar ceños, de provocar regocijo, de desentumecer y dilatar corazones.

En D. Fidel se dieron también virtudes religiosas que practicó en grado eminente y constituyeron un alto ejemplo para cuantos como él viven entregados a las penosas tareas del apostolado docente. Brilló ante todo su espíritu religioso, hecho de sincera piedad, de sencilla humildad, de caridad que se sacrifica por los demás, de austeridad de vida, de total entrega de sí mismo y tierna devoción a la Santísima Virgen.

“La piedad -dice Monseñor Dupanloup, una piedad verdadera, noble, sencilla, amable, es, entre todas las cualidades del educador, la más esencial, la más importante, la que hay que preferir a todas las otras y que a todas da un precio infinito”²⁸.

Religioso convencido dio múltiples muestras de una piedad sencilla, si, pero profunda y bien arraigada. Asistía con regularidad a los rezos de Regla y en los que tomaba parte activa manteniendo una postura recogida y devota. Veíasele postrado a los pies del Sagrario durante las cortas visitas que podía hacer entre los momentos que le dejaban libres sus tareas profesionales. Daba a sus alumnos un alto ejemplo de recogimiento durante las oraciones

²⁸ DUPANLOUP, La educación, pág. 325.

al empezar y terminar las clases, así como en los actos del culto en los que tomaba parte al frente de ellos.

Durante el verano de 1922 solicitó de los Superiores la gracia de hacer 21 días de Ejercicios en compañía de los religiosos jóvenes que se preparaban para su profesión perpetua. Fuele concedido ese favor tan señalado, yendo a Antony (cerca de París) para seguir los actos de aquellas tres semanas de oración y meditación. Edificó a todos por su fervorosa participación en los diversos actos del Retiro.

Con alguna frecuencia encarecía más tarde el bien inmenso que sacó para su alma de las tres semanas pasadas en el más completo recogimiento, y su agradecimiento a los Superiores por haberle concedido gracia tan grande.

Su colaboración gozosa en los actos del culto y particularmente en aquellos en los que él debía contribuir a resaltar con su voz es una prueba no pequeña de esa su piedad acendrada. Tenemos otra todavía en la solicitud con que trataba de levantar el ánimo algo decaído de tal o cual religioso que le confiaba sus penas. No son pocos los que deben a D. Fidel su renovación en las prácticas de piedad.

La espontaneidad y sencillez fueron dos notas muy destacadas de su carácter, lo hemos dicho ya. No tuvo doblez ni supo de rodeos o ficciones para conseguir sus propósitos. Se ha mencionado varias veces su ingenuidad y cierta pueril vanidad cuando hablaba de sus trabajos, lo que no contradice en absoluto su verdadera conducta de religioso humilde y sumiso. Así se deduce del hecho muy frecuente de reconocer y alabar las buenas prendas de los demás.

No sintió nunca ambiciones de mando ni de medro personal, ni se conceptuó rebajado porque Hermanos más jóvenes que él fueran elevados a puestos de responsabilidad y mando. Feliz y contento en medio de sus alumnos y con sus tareas profesionales no abrigaba envidia hacia nada ni hacia nadie. Su acatamiento bien probado a los Superiores fue otra de las muestras ciertas de su humildad. Ningún Director de los que le tuvieron bajo su mando pudo reprocharle la más mínima resistencia, no ya a sus órdenes, pero ni tan siquiera a sus mínimas insinuaciones. En cualquier momento y para cualquier trabajo se le encontraba propicio y dispuesto a acudir jamás salía de sus labios una queja ni pedía explicación del por que se le señalaban ciertos cometidos.

Se lee en la vida de San Pedro de Alcántara: “La caridad es gran remedio para todos los males y no ha de haber cosa más baja en nuestro corazón que el creer mal del prójimo.”

El hecho de procurar y mantener de mil maneras una santa alegría en las comunidades por donde pasaba, dice mucho de la caridad y de su espíritu de familia. Era un hombre para unir y unir riendo. Respetuoso con la fama del prójimo, nunca se le ocurría rebajar sus méritos, descubrir sus defectos, ni empañar su buen nombre. Alma sin hiel, a nadie quería mal, ni de intento le ofendía. Olvidaba pronto los agravios o desatenciones que de los demás pudiera recibir. Aquel hermoso adagio “cada uno para si y Dios para todos” pareció ser su lema en ese punto. Los disgustos que muchas veces nos llevamos en la vida provienen de que olvidamos la observancia de aquellos prudentes consejos que se leen en la Imitación de Cristo: “Mucha paz tendríamos si en los dichos y hechos ajenos que no nos pertenecen no quisiéramos meternos.”- “No te entrometas en lo que no te han encomendado”²⁹ “No hagas depender tu paz de la opinión de los hombres considerando que cualquiera que sea la interpretación que den a tus obras no serás otro del que eres”³⁰.

Fiel a estos principios ganó el alma de D. Fidel no poco para sentirse feliz en donde quiera que le colocó la santa Obediencia.

De cómo practicaba la caridad con el prójimo he aquí algunas muestras. Cuando veía a un Hermano cansado, al final del curso, o preocupado por la marcha de su clase, acongojado por alguna desgracia de familia, dábale maña para sacarle consigo de paseo al campo, contarle anécdotas chistosas que en el fondo tenían alguna relación de semejanza con la situación interior o exterior del Hermano en cuestión.

Le hacía pasar una tarde alegre, sacándole de su abatimiento, congoja o desaliento. Gozaba viendo el cambio que se había operado en el Hermano y decía regocijado a los demás: “Hoy he ido de paseo con el Hermano X. Al trasponer la puerta del Colegio, los que nos miraban creían que iba yo acompañando la presidencia del duelo. Le di unas inyecciones de optimismo, y al volver al

²⁹ Libro I, cap. II, 16.

³⁰ Libro I, cap. III, 18.

Colegio, muchos podían creer que regresábamos de un bautizo o de una boda, pues traíamos una borrachera de "alcohol quitapenas".

Otras veces decía: "He salido de paseo con el Hermano Z. que estaba hecho una piltrafa, pues sus treinta sanguijuelas de clase le habían chupado la sangre dejándole como una zapatilla rusa. En el tiempo de caminar le he dado unas cuantas chuletas de oxígeno y a la vuelta creía la gente que éramos dos boxeadores de los de peso bruto..."

¡Cuánto bien no hacía D. Fide con estos paseos! ¡Cuántas penas lo que y cuántos pesimismo mató y por lo que los hermanos le están muy agradecidos!

Su buen corazón no podía ver necesidades sin conmovirse. Disfrutaba haciendo el bien y todo lo que tenía lo prestaba o daba gustosamente. En otro lugar de este libro le vimos ocupado con santo celo en la obra denominada "Cruz Roja Juvenil". ¡Cuánto trabajó y cuánto gozó con ella! Sus recreos y días de asueto los dedicó por entero a reunir, catalogar y distribuir la cantidad de prendas, objetos y dinero que logró reunir con los alumnos del Pilar. No pudiendo disponer de cuanto su corazón hubiera deseado dar a las necesitados, ponía, como decía, "cara de cemento armado" y mendigaba para otros lo que él no tenía.

En sus excursiones, al ver caras macilentas o pies descalzos, se conmovía, y al regresar por aquellos lugares, llevaba uno o más panecillos, que distribuía con parte de su comida. Con su acostumbrado gracejo decía a los curiosos preguntones: "Aquí llevo el aperitivo para los hambrientos que tienen en paro forzoso la mandíbula superior e inferior." "¿Y el otro paquete?" "Es un par de alpargatas para los pies que, burlando la vigilancia de sus vecinos calcetines, se estuvieron riendo a carcajada limpia el otro día al ver que no pude encontrar la suela y puntera de unos zapatos prehistóricos. "Y sentíase feliz, porque "la satisfacción de dar es superior a la de recibir".

Hombre austero y duro consigo mismo, contentábase con lo que la santa Regla otorga para el sustento, vestido y habitación. Jamás se mostró exigente en estos puntos, aceptando lo que le ofrecían con santa conformidad. Parco y verdaderamente frugal en el comer, no admitía excepciones como no fuera por hallarse indispuerto. Cuando salía de excursión y debía pasar el día fuera de casa, metía en el morral lo que el cocinero tenía a bien ponerle,

despachando su comida en el campo, en seco, o regado tan sólo con el agua de una límpida fuente.

Con cierta facilidad el corazón humano se apega a mil chucherías y objetos que de poco o nada sirven. Nunca se vio en D. Fidel afición a cosas que no tuvieran valor y utilidad para sus trabajos de clase. Los únicos objetos que coleccionaba y manejaba con frecuencia eran los procedentes de sus excursiones arqueológicas con el solo afán de que las conocieran y apreciaran sus alumnos.

¿Quién podría negarle abnegación y entrega de si mismo a las obras? El empeño que tuvo siempre por perfeccionar y hacerse apto para todo género de ocupaciones pone en evidencia su amor al trabajo y su decidido propósito de darse y gastarse en el servicio de Dios y de María. "Hombre resuelto, sentía un placer activo y viril en sortear la piedra, el hoyo, la bestia, el hombre que nos corta el paso."

Aguijoneado, como pocos, por el deseo de saber, consideraba una pérdida de tiempo leer los periódicos y las revistas ajenas a sus trabajos profesionales. ¿Qué es lo que le sostenía animoso en sus esfuerzos, sacrificios y penalidades? Tan sólo la consideración y la certeza de que procuraba la gloria de Dios y la salvación de sus queridos alumnos. Cual otro P. De Lagarde, S. M., podía encararse con ellos y decirles: "No es por vosotros que he dejado el inundo y aceptado este trabajo de la enseñanza y de la educación, sino por servir a Dios en vosotros."

Hablaba con encomio de las cosas de la Compañía, a la que amaba como a una Madre sintiéndose orgulloso de pertenecer a ella. Desde que pudo trabajar en las tareas docentes se dio con toda el alma, no sólo porque era ese su deber de conciencia, sino también llevado del deseo de pagar a la Compañía la deuda que tenía contraída por los bienes materiales y espirituales que de ella había recibido a lo largo de sus años de formación. En todo instante y durante toda su vida estuvo dispuesto a prestar su concurso dondequiera que las obras de la Compañía se le pidieran.

Cuando en 1918 se inició el proceso de beatificación del Fundador, fue menester transcribir y sacar copias juradas de las declaraciones hechas por los testigos ante los tribunales eclesiásticos de Vitoria y de Burdeos. El trabajo era delicado, largo y penoso, por lo que se escogieron religiosos abnegados, que

dominando el idioma francés, pudieran llevarlo a cabo concienzuda y pacientemente durante las vacaciones de verano. La comisión española que para ello se nombró estaba integrada por D. Félix Ebert, D. Raimundo Saiz, D. Eduardo Infante, D. Carlos López y D. Fidel Fuidio, los cuales se reunieron a otros tantos religiosos franceses en la ciudad de Burdeos. Las tareas se llevaron a cabo bajo la dirección del P. Demangeon, Asistente General que había sido, en su juventud, novicio a el mismo P. Fundador Guillermo José Chaminade. Antes de dar comienzo a las faenas, hubieron de acudir al palacio arzobispal, y ante el Excmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal formular, uno tras otro, el juramento de guardar secreto sobre cuanto se fuera transcribiendo. Aquellos trabajos duraron dos meses con jornadas de siete y más horas que gozosamente consagraron todos por una causa que les llegaba tan al corazón de buenos hijos de la Compañía de María.

Al regresar a la Península, cuenta el propio D. Fidel, que en la aduana francesa dio su nombre al policía, y como no le entendía bien, se lo repitió despacio silabeando Fidel Fuidio, lo que hizo exclamar socarronamente al agente francés: "Tiens, fou et encore idiot, c'est pas mal!"

Hablar del celo de D. Fidel por la salvación de las almas sería repetir todo lo dicho acerca de sus trabajos profesionales. Enseñar para educar y la educación para él tiene una fórmula precisa en las Constituciones: "Hacer buenos y fervientes cristianos." - "Esculpir en las almas de los niños la imagen de Jesucristo."

Desde que comenzó su vida apostólica, se consideró como un misionero y un enviado de Dios y de María Santísima. Tenía como campo de misión el aula, sus misionados eran las promociones de muchachos que un año tras otro le enviaba el Señor; las materias de estudio servíanle para darles lecciones numerosas y magnificas de vida cristiana y religiosa en cualquier momento del día. Y ciertamente que no desaprovechó las múltiples y aleccionadoras que se hallan en las páginas de la Historia donde es tan fácil hacer ver a los niños la divina Providencia guiando los acontecimientos del mundo en general y de cada nación en particular, la divina Justicia humillando a los soberbios de la Tierra y ensalzando a los humildes, la misericordia infinita perdonando a los arrepentidos, etc.

Su frase "el momento más feliz del día es aquel en que abro la puerta de la clase para misionar a mis alumnos" indica bien a las claras cuál era el espíritu que le animaba en toda su actuación

docente y educadora. Se ha dicho que nunca nos parece más grande el educador que cuando se abaja a vigilar los juegos y esparcimientos de sus educandos para que no se hagan daño ni ofendan a Dios. ¿Podemos medir bastante lo que desde este aspecto significan las salidas de D. Fidel acompañado por sus alumnos?

Contaba además a diario con otro medio de apostolado directo con los alumnos, el de la lectura espiritual. Es punto del Reglamento en los colegios marianistas dedicar los últimos minutos del día a hacer a los muchachos una breve plática piadosa o una lectura sobre un punto de religión. Hermosa oportunidad que pone al religioso educador en la necesidad de dejar de ser dómine para convertirse en padre que aprovecha los últimos instantes del día para repartir a sus hijos espirituales, los alumnos, el pan del alma en forma de consejos y de pláticas piadosas que le dejen un último pensamiento de fe, de caridad, de servicio de Dios y de María Santísima. Es el fin cristiano de una jornada de trabajo. Es algo así como las "buenas noches" que los hijos expresan y desean a sus padres y éstos a sus hijos al ir a entregarse al sueño.

Sin hacer de los paseos y excursiones una peregrinación, sabía D. Fidel dar un contenido cristiano a esas expansiones y clases al aire libre, mediante los rezos antes de la salida del Colegio, de las comidas, visitas a las iglesias, etc.

¡Cuántas ocasiones no se ofrecían a lo largo del día para dar lecciones breves de respeto a las personas, a los lugares y demás!

Poco nos resta decir sobre la tierna devoción que profesó a la Santísima Virgen. Miembro de una Congregación que tiene a María Inmaculada por Capitana, Reina y Madre, no podía faltar en D. Fidel el acendrado amor, el servicio de total entrega a Ella. Desde el fondo del alma repetía todos los días estas palabras del acto de Consagración: "Os ofrecemos el homenaje de nuestros servicios y alabanzas, nos consagramos a vuestro culto, abrazando con transportes de alegría un estado en el que todo se hace bajo vuestros auspicios y se obliga uno a alabaros, servirlos y glorificarlos, - publicar vuestras grandezas y defender vuestra Concepción Inmaculada."

Desde que en agosto de 1904 hizo su profesión perpetua, llevó en la mano derecha un anillo de oro que le recordaba

constantemente su entrega total y para siempre a la Santísima Virgen su Madre.

Tenía la costumbre de besar este anillo cada vez que hacía la señal de la cruz.

De esa misma tierna devoción que le profesaba era prueba la satisfacción que sentía cada vez que tenía oportunidad de cantar sus alabanzas en la capilla, particularmente durante el mes del Rosario, el mes de las Flores o cualquiera de sus festividades.

CAPÍTULO XXII

ES TRASLADADO A CIUDAD REAL

Henos ya en el verano de 1933. Los acontecimientos políticos ocurridos desde el advenimiento de la República socialista se han sucedido como en cadena.

Cayó la Dictadura en diciembre de 1930, yendo el General Primo de Rivera a morir en el destierro. El Rey Alfonso XIII encomendó el poder al General Berenguer con el encargo de ir poco a poco al restablecimiento de las garantías constitucionales.

El 12 de abril de 1931 celebráronse elecciones municipales y los comicios dieron el triunfo a la candidatura republicana en las principales capitales de provincias. Esto bastó para que los triunfadores se envalentonaran hasta el punto de intimar al Rey que saliera de España para evitar el derramamiento de sangre. Los militares, a su vez, creadores y sustentadores de la Dictadura, se cruzaron de brazos.

En la mañana del 14 de abril nació la segunda República española, que en sus ocho años escasos de existencia había de dejar tamañita a la primera en atropellos, vejámenes, profanaciones, incendios, devastaciones, sangre y lágrimas.

Las medidas persecutorias contra la Iglesia y sus Instituciones religiosas se sucedieron con vertiginosa celeridad, no obstante la presencia de elementos de derechas embarcados en la aventura republicana, cándidas comparsas de los revolucionarios ateos y sectarios. Secularización de todos los organismos del Estado, laicismo en las escuelas, expulsión de los jesuitas, prohibición de la enseñanza a los religiosos.

La ley de mayo de 1933, llamada de las Congregaciones religiosas, prohibía a éstas enseñar ni dedicar sus actividades a ningún género de industrias o comercio. Sin expulsarlos del territorio nacional se los recluía a sus casas profesas, dejándolas sin medios de vida. Era una manera hipócrita y taimada de hacerlas emigrar so pena de extinguirse por consunción.

Para salvar los Centros de educación congregacionista, amenazados por la ley, apresuráronse los Superiores de las Ordenes docentes a crear Sociedades Anónimas con el fin de transpasarlas

los edificios. En ellos, profesores seculares, unidos con los religiosos secularizados, continuarían la labor educativa de los alumnos. Tales soluciones llevaban implícita la movilización del personal y el cambio de residencia de aquellos religiosos que, por demasiado conocidos, pudieran constituir un peligro.

Este trasiego, puesto en marcha con todo cuidado y diligencia, fue el que determinó la salida de D. Fidel del Colegio del Pilar de Madrid y su traslado a Ciudad Real. Con religiosa sumisión aceptó la voluntad divina, y alegre, pletórico de optimismo como siempre, abandonó su querido Colegio de Madrid para ir a "misionar", según su expresión, a los niños de la Mancha.

La presencia de los religiosos marianistas en las tierras de Don Quijote databa del año 1916. Los llamó a Ciudad Real el entonces Obispo Prior de las Ordenes militares Monseñor Irastorza. Encomendóles la dirección de una obra benéfico-docente titulada "Instituto Popular de la Concepción", vulgo "La Popular", para niños pobres de la capital. Se comenzó dando la primera enseñanza a escolares de los seis a los catorce años, recibiendo los mayorcitos una iniciación profesional. De tal modo llegó a estimarse acertada la labor de los marianistas, que ricos y pobres se disputaban las plazas de la escuela. A los pocos años hubo necesidad de abrir clases de pago para no perjudicar a los desheredados de la fortuna. A ruegos insistentes de algunas familias fue preciso introducir los estudios de segunda enseñanza, lo que puso en la apremiante necesidad de buscar nuevos locales y separar los niños de pago de los gratuitos.

Por fortuna las Hermanitas de los Pobres, que tenían un amplio edificio en las afueras de Ciudad Real, camino de Miguelturra, pusieronlo en venta con la huerta adjunta a las construcciones. Fijadas las condiciones de compra la Compañía de María entró en posesión de todo en 1928. De este modo nació el Colegio de Nuestra Señora del Prado, formándose dos comunidades independientes: la de la Fundación o Instituto Popular y la del Colegio.

Se encomendó la Dirección de la primera obra a D. Florencio Fernández, y de la segunda a D. Lino Esquibel. La vida de una y otra se deslizó tranquila hasta 1933, en que la malhadada ley de Congregaciones religiosas vino a turbar la paz y a poner en peligro la formación cristiana de los alumnos ricos y pobres.

¿Cómo se trató de soslayar la amenaza del cierre de estos Centros? He aquí la solución que los Superiores de la Congregación aceptaron, de conformidad con el Prelado de la diócesis y algunos buenos amigos del Colegio de Nuestra Señora del Prado.

Se acordó, previa aceptación de los interesados, nombrar directores propietarios del Colegio a los Sres. D. César Díez Hurtado y D. Francisco Cervera. Era el primero licenciado en Ciencias y persona que se hallaba bien situada social y económicamente en Ciudad Real. El Sr. Cervera, oriundo de Andalucía, desempeñaba en la capital manchega el cargo de Registrador de la Propiedad, y era licenciado en Historia. Fue parte a dar con esta solución el Excelentísimo Sr. Obispo Prior D. Narciso Estenaga y Echeverría, que tenía en gran estima la obra del Colegio de Nuestra Señora del Prado. A D. César aquella aceptación le costó la vida, como al Prelado la decisión de permanecer junto a su grey, como a D. Fidel el acudir, en virtud de santa Obediencia, al relevo de sus compañeros profesores desterrados de Ciudad Real en nombre de la cultura atea.

D. Francisco Cervera cuenta de este modo la primera entrevista que tuvo con D. Fidel a su llegada a la Mancha: "Cuando entró en el modesto comedor de nuestra casa de Ciudad Real con sus Hermanos disfrazados de seglares, sonreía satisfecho como chico con zapatos nuevos y parecía encantado de todo aquello. Celebraba episodios del viaje, bromeaba con los compañeros, lo festejaba todo como si se tratara de un viaje de placer. Nunca vi un desterrado más contento. Aquella alegría comunicativa de su sana, de su ingenua personalidad, casi infantil, pronto contagió a la comunidad que fuimos coleccionando paulatinamente en el Antiguo Asilo de las Hermanitas de los Pobres, transformado por la Compañía de María en vivero y plantel de bachilleres manchegos. Cuántas lecciones de optimismo impartió a más de un joven, quiero decir, a más de un compañero de menos edad a quien él repetía con su gozosa actuación:

"Ad Deum qui laetificat juventutem mean."

El profesorado del Colegio para aquel curso 1933-1934 estaba integrado por los señores siguientes: seglares. D. César Díez, D. Francisco Cervera y D. Antonio Tomás; religiosos, D. Rafael Rodrigo, P. Florentino Fernández, D. Bernardo Cueva, D. Fidel Fuido, Don Agustín Alonso, D. Fermín Galdeano, D. Celestino Montoya, D. Marcos Ruiz de Apodaca y D. Lorenzo Pedrosa.

El plan académico debía llevarse en forma completamente laica; sin crucifijo en las aulas, sin cuadros religiosos en parte alguna, ni oraciones al principio ni al fin de las clases. La capilla se cerró con candado. D. César, Director oficial, iba absorbiendo las atribuciones sobre todo el personal. D. Lino, en cambio, Director de derecho sobre los religiosos, estaba apartado del Colegio, viviendo alojado en la residencia de los Padres del Inmaculado Corazón de María. Los débiles contactos que D. Lino mantenía con el Colegio redújolos al minimum D. César por estimarlo mayor garantía de una verdadera y total secularización. El Colegio parecía una simple Academia sin calor de familia. El buen humor de D. Fidel y su entusiasmo despierto, fueron el mejor cobijo y la nota más grata de aquel curso llevado en forma tan extraña.

A los pocos meses se vio la necesidad imperiosa de encomendar la vigilancia y el cuidado material y espiritual de los religiosos a un miembro de la comunidad. Y al efecto, la Administración Provincial encomendó ese papel a D. Rafael Rodrigo, en lo que se refiere a la parte que pudiéramos llamar externa, y la dirección espiritual al P. Florentino Fernández Santamaría. Los once marianistas que trabajaban en el Colegio procedían de otros centros y se alojaban en diferentes fondas o pensiones, salvo tal o cual que permaneció en el edificio. D. Fidel con tres o cuatro más se colocaron en la fonda denominada la "Paca", situada en la travesía del Instituto, frente a la iglesia de la Merced. Después del triunfo de las derechas en las elecciones parlamentarios de noviembre de 1933, D. Fidel quedó solo en dicha fonda hasta el fin del curso, mientras sus compañeros se acogieron al Colegio.

Desde su escondite acudía diariamente a dar sus clases con su cartera debajo del brazo, vistiendo un traje gris claro unas veces, marrón otras, gorra-visera y corbata de pajarita, lo que le daba un cierto aire de persona de mundo.

CAPÍTULO XXIII

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE APOSTOLADO

Las ocupaciones de D. Fidel como profesor en la capital manchega no diferían de las que había tenido en Madrid. Regentó las cátedras de Geografía e Historia en 1.º, 2.º y 3.º, más el Latín y Francés en 3.º. Algunas semanas dio a los alumnos de tercero y cuarto reunidos en la casa de estudio, conferencias de cultura general acerca del influjo de España en la Historia Universal. Todavía le quedó margen de tiempo y ánimos para tomar una clase alterna en el Instituto de Segunda Enseñanza. Testigos hay que recuerdan la ilusión con que mostraba, al llegar al Colegio, el fruto material de su trabajo en el Centro oficial, moviendo los "diez duros" constantes y sonantes que mensualmente percibía por su trabajo.

Las mismas características que en Madrid tenían sus lecciones de Historia en Ciudad Real: "Sus clases -escribe D. Francisco Cervera- eran las preferidas por los alumnos; en ellas no había conflictos de orden, aunque hubiera, a veces, pasajero y controlado alboroto; ni se conocía la palabra "asco" o la mueca del hastío en la boca de los muchachos sus alumnos. Los cuales, encariñados con la materia a cargo de D. Fidel, fuese la que fuese, se convertían en sus colaboradores extraclase, ya coleccionando artísticos aldabones de portales, con sus dibujos y fotografías, ya practicando excavaciones y descubriendo yacimientos, sobre todo prehistóricos, ya organizando recitaciones, coros o excursiones en las que él era alma, vida y corazón."

"Este último, el corazón abierto al afecto sincero, era el rasgo que predominaba en aquella mente clarísima tan honda y seriamente cultivada. Hasta cuando celebraba la tesis monográfica que entonces tenía en prensa y absorbía sus ponderaciones lo hacía con la sencillez de la madre que alaba a su pequeñuelo, sin que a nadie le pueda extrañar ni ofender. Aun lo recuerdo una tarde saltando de alegría como un chaval en la que le llevé unos barros ibéricos de la Cañada, o cantando los matices poéticos de la vista de Miguel turra que se divisaba desde su modesta celda y que él trataba -artista polimórfico- de encerrar en un cuadro."

Pedernales, raspadores, monedas antiguas eran el atractivo y mordiente con que sujetaba la atención de sus jóvenes alumnos de Historia. Para la enseñanza del latín servíase de la pizarra, donde ponía un ejercicio que consideraba fundamentalísimo: "Singularizar y Pluralizar", y debajo de esta indicación la frase correspondiente latina que habían de traducir, entresacada del libro de Vicente García de Diego, cuya Antología le gustaba manejar.

Convencido de la buena voluntad que en todo momento ponían sus alumnos en el trabajo dábales calificaciones y notas buenas y elevadas, convencido de que han de ser un elemento de emulación y no de castigo como frecuentemente se las considera y emplea.

No olvidaba recordar a sus compañeros de armas aquello de la "ordenada horizontal expresa lo que el alumno es intelectualmente, y la ordenada vertical, en cambio, marca el exponente del trabajo o del nerviosismo del profesor". No le importaba que alguno le dijera en cierta ocasión con sorna esta advertencia: "D. Fidel, los apuros serán en junio."

Coronados sus empeños arqueológicos en Madrid con la publicación de su libro *Carpetania romana*, sintióse reanimado para proseguir en la Mancha sus exploraciones. Abridó el propósito de publicar en su día otra obra, similar y complemento de aquélla, que intitularía "Oretania". Le halagaba la idea de ser él quien enseñara a los manchegos los valiosos vestigios prehistóricos y romanos que yacían en el más completo olvido.

Sus paseos y exploraciones no cesaron durante los tres años de permanencia en la Mancha. Con más frecuencia visitó Oreto, Alarcos, Valderrachas y la Cañada, junto a los ríos Guadiana y Jabalón. Merced a su constante búsqueda y afortunados hallazgos logró despertar la curiosidad de ciertas gentes cultas que decidieron solicitar del Ministerio de Instrucción pública una subvención para llevar a cabo metódicas excavaciones en determinados lugares. El Ministerio libró, efectivamente, 10.000 pesetas para proseguir los trabajos en el yacimiento de Alarcos, que parecía interesar más de momento. Al saberse en Ciudad Real la noticia de esta concesión, D. Francisco Cervera publicó en el *Pueblo Manchego* un artículo altamente elogioso para D. Fidel. Es de lamentar que no se haya podido encontrar ningún ejemplar de dicho periódico en que apareció el artículo de referencia.

Durante el verano de 1935 diose a rebuscar en unos altozanos de Poblete, aldea próxima a la capital. Acompañábanle varios alumnos aficionados y por espacio de quince días anduvo tras los pedazos de una vasija que, pegados luego con una paciencia benedictina, dieron una espaciosa cazuela que llamó "vaso campaniforme tipo Ciempozuelos".

Alarcos, situado a cinco kilómetros de la capital, fue otro lugar muy frecuentado de donde volvía siempre cargado con alguna cosa de interés: monedas romanas, trozos de cerámica, puntas de flecha, raspadores, etc., todo lo cual enseñaba, con su habitual complacencia, a cuantas personas se ponían a tiro. Los guardianes o santeros de la ermita de Alarcos, admirados de la sabiduría de D. Fidel, decían a las gentes que se acercaban al Santuario: "Por aquí estuvo un hombre que ve las cosas que hay debajo de la tierra."

La colección de aldabones artísticos que le traían los chicos, las higas que los animales llevaban colgadas al cuello para librarse de seres malignos al beber en los arroyos, eran también objetos que le entretuvieron no poco.

El Diario local, antes nombrado, publicó algunos artículos en los que D. Fidel dio a conocer sus hallazgos y las perspectivas que en el campo de la Prehistoria ofrecía la región de la Mancha. Tenemos a la vista un trabajo de colaboración aparecido en una revista local en agosto de 1935. Lleva el título "Nuevos aspectos primitivos de la Mancha revelan lugares de turismo actual". Describe de modo muy sucinto los yacimientos de Alarcos, Valderrachas y la Cañada. Lleva el artículo tres grabados: una fotografía de la ermita y alrededores de Alarcos, el esquema de una piedra tallada, debajo de la cual se lee "tipo achelense", dibujo de un vaso prehistórico con la inscripción al pie: "vaso campaniforme, tipo Ciempozuelos".

En la vida de comunidad D. Fidel fue lo mismo que en Madrid. un elemento de unión, de regocijo, de contento. Los tristes sucesos políticos y sociales que a diario daba a conocer la prensa, no le apartaban de sus habituales ocupaciones: el estudio, la clase, los deberes religiosos y profesionales.

Cuando los calores apretaban más, los que vivían a su lado preguntábanle cómo se las arreglaba para librarse de los mosquitos.

-Yo me inhibo -les contestaba sonriente.

Un día, al entrar en clase cierto muchacho, subió al estrado del profesor, rompió una regla y la echó a la caja de los papeles. Cuando refería el suceso dijéronle los compañeros:

-¿.Y qué hizo usted en ese caso, D. Fidel?

-Yo me inhibí y empezamos la clase.

Es de advertir que por aquella época sentía D. Fidel cierta curiosidad por leer en El Debate las "Glosas filosóficas" de Eugenio d'Ors. Inspirado en alguna de ellas diole por hablar de un método que decía producir resultados maravillosos en la vida: "El método de la inhibición".

Los informes de los Superiores son un reflejo fiel de lo que los miembros todos -de la comunidad sienten y piensan de D. Fidel: "Es un excelente elemento para la Comunidad, vive animado siempre de un gran espíritu de familia, se complace en estar en medio de sus Hermanos. Aun cuando habla a menudo de sí mismo, lo hace de un modo tan ingenuo y sencillo que se le perdona fácilmente." (P. Marcos Gordejuela.)

No sabía lo que era rebajarse cuando se trataba de hacerse útil a los demás. En el comedor se sentaba en la mesa de los alumnos en el centro, no en el testero, porque decía que así podía servir mejor a todos. El no estaba allí para ser atendido, sino para servir. Enseñaba con delicadeza las buenas formas y no consentía que nadie se sirviera, pues para eso estaba él allí.

En Ciudad Real, como antes en Madrid, repetía su frase favorita: "Voy a misionar", "Voy a apostolar", particularmente cuando salía de casa para trasladarse al Instituto. Al regresar de este Centro oficial no era raro que exclamara: "¡Vaya lección sobre la Providencia de Dios que les he endilgado a los alumnos, porque en verdad en la Historia no se puede dar un paso sin que se vea el dedo de Dios dirigiendo los acontecimientos!"

Después de la cena solía tomar el recreo en las galerías con los chicos, distrayéndoles de mil ingeniosos modos, ya contando historias y sucedidos, ya remedando el grito de algunos animales como en los campos del Norte hacia los días de paseo. Era interesante ver después a los alumnos, con las manos formando embudo en la boca, producir sonidos roncros que querían imitar el rebuzno.

-D. Fidel -decía uno de los chicos-, ya sé la respuesta que vamos a dar en nuestras casas cuando nos pregunten qué es lo que nos enseñan los profesores en el Colegio.

-Si, si -apuntó D. Fidel-, que entre otras cosas les enseñamos a rebuznar.

Refiriéndose al estado religioso de las gentes del país, contaba en cierta ocasión: "Vengo de Miguelturra de ver la hermosa cúpula de la iglesia del Santo Cristo. En el camino la gente que me ha tropezado me ha dicho invariablemente 42 veces: "Vaya usted con Dios"; y añadía: "El pueblo es católico y siente la religión, pero la tiene en rescoldo y necesita avivarse y agitarse. Para que venga ese monstruo de Azaña a decir que "España ha dejado de ser católica"."

CAPÍTULO XXIV

LA REVOLUCIÓN DE JULIO EN CIUDAD REAL

Junio de 1936. En el Colegio de Nuestra Señora del Prado se llevan a cabo los exámenes de fin de curso normalmente, dando comienzo a continuación las vacaciones estivales.

Debidamente autorizado por el R. P. Provincial trasladóse D. Fidel a Madrid en los últimos días de dicho mes para hacerse una operación quirúrgica. Llevóse a cabo ésta felizmente en la clínica del Rosario, donde el paciente permaneció unos doce días, edificando a las religiosas que le asistían por su paciencia y buen carácter. Pero la capital de España era por aquellos días un hervidero de pasiones políticas que tenían impregnado todo el ambiente. Desde las elecciones de febrero el conglomerado de los partidos de izquierda trataba de ahogar la voz de las derechas, arrebatárles las actas, adquiriendo los debates en el Parlamento tal acritud que bien podía decirse que se mascaba la tragedia. Los militares, por su parte, conjuraban en la sombra, persuadidos como estaban de que si ellos no daban el golpe a tiempo, España sería presa del comunismo más feroz. El vil asesinato de D. José Calvo Sotelo, perpetrado el 13 de julio por agentes del mismo Gobierno republicano, colmó la medida de crímenes y precipitó los acontecimientos de todos conocidos.

D. Fidel regresó a su comunidad de Ciudad Real el 17 de julio por la tarde. Horas después salían de Castelló, 50, camino de Andalucía, el P. Provincial e Inspector Provincial con dos religiosos más para los Retiros anuales de Jerez de la Frontera.

El 18 de julio se produjo el glorioso Alzamiento nacional, dando, comienzo a la Cruzada.

¿Cómo se desarrollaron los sucesos-en la capital de la Mancha?

He aquí algunos datos más salientes. En julio de 1936 no había en Ciudad Real guarnición militar alguna, ya que el Regimiento de Artillería que existió hasta el año de 1929 fue disuelto al sublevarse como protesta contra la política militar del General Primo de Rivera.

En el antiguo cuartel no quedaban más que algunos centros burocráticos castrenses con un coronel, un teniente coronel, dos comandantes y algunos subordinados más.

El coronel llamábase D. Mariano Salafranca Barrio y era un buen componedor y en el fondo un cobarde que dio largas y dejó pasar los días hasta ver de qué lado venía el triunfo, si de parte del Gobierno republicano o de las tropas nacionales sublevadas con Franco.

La Guardia civil parecía hallarse favorable al Movimiento nacional, si bien su jefe, un teniente coronel, anduvo también vacilante es pretexto de que habiendo en la ciudad un jefe militar de superior graduación, a él correspondía dictar lo que la fuerza armada debía hacer.

Existía en Ciudad Real un grupo aun bien reducido de Falange, a cuyo frente estaba el industrial Andrés Mayor y su hermano Amadeo. Tenían su domicilio en la calle Calatrava, núm. 11, conocido con el nombre de los Corcheros, porque se dedicaban ambos a la industria del corcho.

Al frente del Gobierno civil se encontraba D. Germán Vidal Barreiro, médico, paisano y amigo de Casares Quiroga, que fue un juguete de las milicias desde los primeros días del Alzamiento.

El día 18 de julio discurrió en tranquila expectativa oyendo las radios de Madrid. También se deslizó tranquila la mañana del día 19. Mas a eso de las doce turba su optimismo una algarabía lejana y el ruido seco de unos disparos. Pronto llegan unas mujeres gritando y corriendo: "¡En la calle de Calatrava andan a tiros!" Los concurrentes de los bares se ponen en pie; los camareros recogen apresuradamente los veladores y las sillas. Por el arquillo del Ayuntamiento que da paso a la calle del General Aguilera llega un tropel confuso de hombres enfurecidos que procede de la Casa del Pueblo. "¡Armas, armas, hay que acabar con los fascistas! ¡Están en la casa de los Corcheros!" Y hacia allá se van engrosándose el grupo al paso con mujeres desmelenadas, con limpiabotas y mendigos y con rudos hombres de campo que salen de las tabernas.

En la casa de los Corcheros, establecida en Calatrava, núm. 11, se había verificado una reunión de jóvenes falangistas que presidía el delegado de José Antonio, Miguel Aguínaco. De los dos hermanos Mayor faltaba Andrés, que era el jefe local de la Falange y que se encontraba preso. Los concurrentes eran unos veinte. De

pronto, hacia las doce, resonó un recio aldabonazo en la puerta de entrada. Era la patrulla de milicianos y de guardias que se presentaba a efectuar un registro.

-Cada uno a su puesto -ordenó Aguínaco mientras amartillaba la pistola e hizo fuego a través de una mirilla hacia la calle.

Cayó herido uno de los de la patrulla y los demás se dieron a la fuga buscando las esquinas, a cuyo amparo dispararon a su vez sus armas. La casa es un edificio viejo que forma esquina y que se prolonga por un amplio corral que cierra una alta tapia. Los falangistas, agazapados junto a las ventanas, respondían con vigor al tiroteo que les hacían desde fuera. Pero pronto tuvieron encima a toda la Compañía de Asalto y a centenares de obreros de la Casa del Pueblo. Se les disparaba desde los tejados de las casas fronterizas, desde los balcones y las ventanas inmediatas. Miguel Aguínaco dirigía sereno la defensa e infundía ánimos a los suyos:

-La Guardia civil no puede abandonarnos, resistamos hasta que venga.

En aquel momento una bala, atravesando una ventana, le rompió la frente y se desplomó muerto.

Amadeo Mayor y los que con él se encontraban trataron de huir saltando la tapia del corral trasero, pero los obligó a retroceder el fuego que procedía de los tejados. Entonces sí que apareció la Guardia civil, pero no a combatir a su lado como Aguínaco había supuesto, sino a coadyuvar con las fuerzas de Asalto en la expugnación del edificio: Se presentó también el Juez municipal en funciones de Instrucción D. Juan Ignacio Morañes, al que se franqueó la entrada entre el fuego granizado de los milicianos. En sus funciones de Juez iba a proceder a la detención de los "facciosos", única manera de salvarlos. Todavía se creía en aquellos momentos que la cárcel era un lugar seguro.

Pero la conducción no pudo hacerse en mucho tiempo. La muchedumbre, cada vez más enfurecida, redoblaba sus gritos y amenazas. Todavía llovían las balas sobre el edificio. Pasaron unas horas interminables. El Sr. Morales habló repetidamente por teléfono con el Gobierno civil pidiendo protección. Hacia las cuatro de la tarde se pudo intentar la salida. Los agitadores más caracterizados se comprometieron a contener a las masas:

- ¡Calma, camaradas; se hará justicia en los traidores!

-¡Os prometemos que no se escaparán!

Así pudo salir el grupo lamentable de presos acompañado por el Juez, que era a su lado un preso más.

Tras este sangriento y ruidoso episodio la calma volvió a Ciudad Real, donde aparentemente no pasaba nada. Aumentaba el número de detenidos. La compañía de Asalto marchó a Madrid con su jefe el capitán Pascual y, en cambio, los guardias civiles de la provincia se concentraron en la capital. La mayoría de estos guardias piensan como sus compañeros del Ejército sublevado y muchos están comprometidos con los falangistas de sus pueblos. Si hubieran obrado por su iniciativa, habrían declarado el estado de guerra sin contar con sus jefes. Llegan a la capital animosos, pues creen que se les llama para sublevarse y como en la casa cuartel no hay espacio para todos se hace necesario alojar a muchos en el Colegio de los marianistas, a cuyo director le dicen:

-Perdone usted que nos incautemos de este edificio... Le hemos elegido porque es el que mejores condiciones reúne para el caso que nos veamos obligados a defendernos. Nadie sabe lo que puede pasar...

Luego, cuando la confianza se establece entre ellos y los religiosos, les confiesan sus propósitos de unirse al Alzamiento y de hacer frente desde el Colegio a las hordas.

El edificio, que fue Asilo de ancianos, es de sólida construcción, ocupa una posición dominante en el paseo de Ronda, muy cerca de la puerta de Granada. Como es época de vacaciones, sólo lo habitan el P. Capellán y varios profesores. Pero pese a este espíritu de la mayoría de los guardias, la debilidad de algunos jefes frustra todos los propósitos valerosos.

El martes 21 ya estaba de regreso de Madrid Salafranca y los demás jefes. Llegaban desalentados porque habían sido testigos de la toma del cuartel de la Montaña y del triunfo del Gobierno. El coronel los reunió a todos para recomendarles calma. Y como los capitanes Escribano y Salero le instasen a que adoptara una determinación, respondió, sibilino:

-Tengan ustedes confianza en mí. Lo que deba hacerse se hará, pero ni un momento antes ni un momento después...

A pesar de tan optimistas pronósticos, la verdad era que no existían motivos razonables para sentirse satisfechos. La hoguera

revolucionaria había prendido en la provincia con una fuerza aterradora y amenazaba devorarlo todo. Los vecindarios estaban en armas y como enloquecidos al desaparecer los vestigios de la autoridad. Ya habían ocurrido escenas atroces en Puertollano, en Manzanares, en Castellar de Santiago y en Arenas de San Juan. Malhechores armados se habían lanzado a los caminos y vigilaban las entradas de los pueblos. Todo coche que se aventuraba por estos peligrosos parajes quedaba detenido.

En las estaciones y en los trenes en marcha actúa la misma inquisición. Al llegar a Ciudad Real quedan presos dos tenientes coroneles y un teniente de aviación que procedían de Extremadura y que trataban de regresar a Madrid. Y en la mañana del 22 los milicianos ven, a la llegada del tren de Manzanares, unos viajeros que por su aire tímido y la torpeza con que visten las ropas seculares denuncian su condición de religiosos.

-¡Frailes, frailes! -gritaba la chusma, alborozada, presintiendo el espectáculo que se les prepara.

Se los detiene. Son, en efecto, religiosos pasionistas de la comunidad de Daimiel que ha sido dispersada, y cuyos miembros tratan por distintos caminos de ponerse en salvo. Atados con sogas se los conduce al Gobierno civil, entre las burlas y las amenazas de la hez más abyecta. El Gobernador, que no quiere comprometerse con sangre de crimen, recibe a los frailes con suntuosa cortesía. Reconoce que no hay motivo para el trato que se les aplica y les entrega salvoconductos para Madrid.

El día 22 el coronel Salafranca recibe una orden urgente para trasladarse a Madrid a conferenciar con el Ministro. Se trataba de que se hiciese cargo del mando de Badajoz, cuya situación inspiraba serias inquietudes. Cuando se despidió de sus subordinados les dijo:

-No se preocupen, no les pasará nada. Ya he hablado con el Gobernador, que está dispuesto a sostener el orden.

Pero apenas se había ido, la Caja de Reclutas se vio invadida por las turbas que insistían en que se les entregasen las armas. Llevaban volantes que firmaba el Gobernador Barreiro. Entonces el comandante D. Félix Villalón entregó los fusiles que había. Al cabo de algún tiempo los alborotadores volvieron a reclamar a los soldados que se fueran con ellos también.

Las misas se celebraban todavía, aunque con indecible zozobra, porque la inminencia de la tragedia flotaba en el aire. Ya se habían efectuado registros sacrílegos en algunos centros y en el propio Palacio Episcopal, situado a dos pasos del Gobierno civil. Allí, el doctor- Esténaga, Obispo de la diócesis y Prior de las Ordenes militares, asistía a los acontecimientos dolorido, pero sereno y resignado.

El anuncio de lo que se preparaba fue la invasión e incautación del Seminario. Los extremistas de la localidad no estaban contentos. A su juicio, la revolución no seguía en Ciudad Real el ritmo acelerado que en los pueblos. Se guardaban excesivas consideraciones al enemigo. Era una vergüenza que todavía se celebrasen misas y que los frailes y el Obispo siguieran en sus residencias como si no hubiese ocurrido nada. Hubo una nueva reunión de jerifaltes en el Gobierno civil para tratar de este espinoso tema. Los más intemperantes se impusieron y en la noche del 24 al 25 se adoptó el acuerdo de que el Frente Popular se incautase de las iglesias, conventos y del palacio del Sr. Obispo.

Ciudad Real, pueblo eminentemente religioso, cuenta con muchas casas de culto y devoción, algunas de venerable antigüedad y de mucho interés religioso y artístico.

El día 24, vigilia de Santiago, se dijo misa en la Residencia de los PP. del Inmaculado Corazón de María, donde la mañana transcurrió serena y en silencio como en un oasis rodeado de una algarabía tempestuosa. A la hora de la colación reuniéronse en el refectorio los Padres y novicios. Habían empezado apenas la comida cuando sonaron golpes descompasados en la puerta y ruido de voces como de disputa de gente que increpaba al Hermano portero. Salió el Superior a ver qué sucedía y se encontró de manos a boca con un tropel provisto de fusiles, a cuyo frente iba el chofer del Ayuntamiento Felipe Terol, que le dice:

-Venimos a incautarnos de todo esto.

El P. Estanislao se estremeció al escuchar tal anuncio. Pero se dominó al punto, pues pensó en los educandos, que había dejado en la mesa, ajenos al peligro. Pidió al jefe de la siniestra banda:

-Deme un cuarto de hora de plazo para que acaben de comer mis compañeros. Después nos iremos...

Volvió al refectorio y ocupó de nuevo su puesto en la presidencia de la mesa. Nadie adivinó lo que en su interior pasaba. Sólo, al terminar la parva comida, reclamó silencio y dijo tristemente:

-Que no se alarme nadie: debemos abandonar esta santa casa. Me lo han avisado hace un momento. Que cada uno prepare su equipaje, se vista de seglar y espere.

Padres, Hermanos y novicios, sin inquirir la razón de aquella orden, fueron a sus celdas, cambiaron por trajes civiles sus hábitos y con la maleta en la mano formaron en fila en una de las galerías.

Ya el monasterio estaba invadido por una muchedumbre desvergonzada y maldiciente formada de mineros de Puertollano y Almadén, campesinos de Almagro, ferroviarios de Manzanares y milicianos de las juventudes unificadas de Ciudad Real, algunos con aire y ropa de señoritos, porque eran dependientes de Banca y de Comercio.

Después de registrar en todas las celdas pasaron, insolentes, ante la fila de misioneros y de novicios, que permanecían mudos, insultándolos con frases soeces:

-Se acabaron las misas y el cuento...

-Ahora las vais a pagar todas juntas.

Abrieron las maletas y revolvieron su contenido. Los más agresivos, los más violentos, eran los forasteros.

Aquella noche la pasaron los religiosos recluidos en la "casa de Ejercicios". El delegado siguió mostrándoles consideración. Les permitió que el día Santiago dijese misa en la capilla, pero como los milicianos refunfuñaban, consintió que varios de éstos, armados de fusiles, se situasen en el presbiterio. Este mismo día 25 quedaron suspendidos los cultos en las restantes iglesias y por la tarde se cerraron. Se exhibió ante los párrocos y capellanes una orden hipócrita del Gobernador. Se explicaba en ella "que se adoptaba aquella medida para evitar que los facciosos se apostasen en los campanarios y disparasen contra el pueblo".

El 28 por la mañana recibe el P. Superior de los Corazonistas un aviso del Gobernador para que los estudiantes que quieran marchar a Madrid aprovechen la ocasión de un tren que ha de salir dentro de unos momentos. Se ofrecen casi todos; pero los milicianos que han de dar cumplimiento a la orden apartan a los que

son todavía niños. Quedan seleccionados de primera intención once, a los que a última hora se añaden tres más. La despedida entre los que se van y los que se quedan es ternísima y conmovedora. La incertidumbre de los tiempos, el porvenir negrísimo, el adiós al templo profanado, son motivos que contribuyen a hacer dolorísima la escena. Salen escoltados por milicianos.

El tren que conducía a los catorce estudiantes iba custodiado por mineros de Puertollano. En el trayecto a Fernán Caballero, que es la primera estación en el camino de Madrid, no ahorraron vejámenes y amenazas. Pero ya estaban acostumbrados a ello y el trato inhumano no les extrañó sobremanera. En Fernán Caballero se hizo un alto. Era la hora ardiente de mediodía. En la estación hormigueaba un gentío ávido de ver a aquellos frailes. Las mujeres, para vergüenza de su sexo, daban la nota de crueldad y de excitación.

-¿Por qué no los matáis a todos? -decían a los milicianos.

-¡Lástima de carbón que se va a gastar en el viaje!

A los energúmenos de la escolta les parecían estas observaciones razonables:

-Una vez en Madrid estos muchachos -pensaban- se pondrán a buen recaudo, porque no les faltarán influencias o dinero; lo mejor es acabar aquí.

Dicho y hecho. Apuntando con los fusiles al grupo inerme, dispusieron:

-Salir de uno en uno y ¡pronto!

Obedecieron sin comprender de lo que se trataba. Se los empujó a una de las paredes laterales de la estación; y se los puso en fila, frente a un piquete, que a unos cuantos pasos cargó sus fusiles. Ya entonces no tuvieron duda de que el Señor, a quien se habían consagrado, los habla elegido para aumentar el coro de sus mártires. Aquellos muchachos afrontaron el momento terrible y glorioso con una serena conformidad. Se encomendaron al-Purísimo Corazón de María, tutelar de su Congregación. Después empezaron en alta voz la oración de los agonizantes. La muchedumbre sanguinaria los increpaba a espaldas del piquete preparado para fusilarlos.

-¡No ha de quedar uno de vosotros para muestra!

-¡Ya no engañaréis más al pueblo!...

Sonó el trueno de una descarga, cuyo eco tardó mucho en diluirse por el campo. Después, como el respunteo de una máquina remachadora, la sucesión de los disparos rezagados. Los mártires se revolvían en tierra con las convulsiones agónicas. La sangre se mezclaba con la carbonilla y la tierra ocre. Fernán Caballero, el pueblo de nombre bellísimo, evocador de una gloria cristiana de las letras, quedaba envilecido por un crimen sin nombre, uno de los primeros grandes crímenes de la revolución de estas tierras trágicas de la Mancha. Los milicianos asesinos, tras de regodearse unos momentos en su obra, pusieron de nuevo el tren en marcha y desaparecieron a los sonos lúgubres de la "Internacional". Los cadáveres quedaron abandonados durante muchas horas, mientras el sol de julio secaba los charcos de sangre. Pero entre el montón había uno que conservaba un hálito de vida. Unos hombres piadosos le recogieron y le llevaron al hospital de Ciudad Real. Trabajo inútil. Pocas horas después expiraba.

Vengamos ahora a los establecimientos que regentaba la Compañía de María en la capital manchega. La revolución sorprendió en casa a los tres religiosos que trabajaban en el Instituto Popular de la Concepción: D. Francisco Aranzábal, D. Nemesio Pereda y D. Valentín Ruiz. No hacía más que tres días que se habían cerrado las clases gratuitas. Las milicias revolucionarias, entre gritos desaforados y aullidos de fieras enjauladas, ocuparon los edificios obligando a sus moradores a buscar alojamiento fuera. Después de unas semanas los dos religiosos jóvenes, obligados por la movilización, abandonaron sus escondites y se incorporaron a filas, temerosos de incurrir en las graves sanciones del Código militar y esperanzados también de tener oportunidad de pasarse al ejército de los nacionales.

En el Colegio de Nuestra Señora del Prado quedaban el P. Blas Fernández, D. Fortunato Peña, D. Leonardo Garay y D. Fidel Fuidio. Los demás religiosos habían salido días antes, unos para las casas del Norte y otros para Jerez, donde debían hacer los santos Ejercicios anuales.

A los cuatro marianistas antes citados se añadió D. Jesús Hita, llegado de Madrid el día 6 de julio para ayudar un poco en las clases de verano.

Los primeros días que siguieron al Alzamiento transcurrieron en el Colegio en medio de la zozobra e inquietud derivadas de las noticias que daban la radio y la prensa. El 22 llegaron, inesperadamente, cuatro religiosos, enviados desde Madrid con la esperanza de que pudieran encontrar una mayor seguridad para sus vidas. Eran éstos D. Mauricio Fernández, D. Cecilio Palacios, D. Jaime Rosas y D. Eleuterio Tamayo. El telegrama que anunciaba su llegada había sido detenido por los agentes del Gobierno, que desde aquel momento siguieron con cuidadosa solicitud la correspondencia y los movimientos de todos los marianistas.

El aumento de religiosos complicaba la situación económica, ya que no disponían de recursos más que para una corta temporada. Ello obligó a mandar a Madrid un telegrama, que detenido también en la central de Ciudad Real, llevó a los policías del Gobierno a la sospecha de que el firmante del telegrama y sus acompañantes eran dos enlaces militares, enviados por éstos para sublevar a la Mancha.

No tardó en presentarse en el Colegio uno de aquellos esbirros preguntando por D. Mauricio Fernández. Acudió éste a su presencia y sin prolijas explicaciones el representante de la autoridad le intimó la orden de seguirle. En el Gobierno civil sufrió un primer interrogatorio, seguido de la detención. Sus tres compañeros de viaje fueron igualmente llamados a declarar. El gobernador, hombre bastante sentado y ecuánime al parecer, cuando supo que se trataba tan sólo de cuatro profesores marianistas, les mandó poner en libertad. Mas no había tiempo que perder, precisaba dispersarse, buscarse un escondite y de dos en dos se colocaron en pensiones y fondas que tenían designadas de antemano.

El mismo día 24, en que ocurría esto en el Gobierno civil, se presentó en el Colegio un ayudante del teniente coronel de la Guardia civil para examinar las condiciones del edificio destinado, según dijo, a instalar en él a la Benemérita.

Los guardias civiles de los pueblos concentrados en la capital empezaron a llegar, en efecto, con sus impedimentas, lo que hizo comprender a los religiosos que estaban abocados a salir de su propia casa y refugiarse en otra extraña.

El día 25, festividad de Santiago Apóstol, celebróse en la capilla la última misa, se consumieron las formas y se cerró. El Colegio era ya un cuartel y ése fue su destino mientras duró la

guerra, sólo que en el comienzo lo ocupó un Cuerpo de seguridad con honra y después ejecutores materiales de un Gobierno deshonrado por crímenes y asesinatos.

CAPÍTULO XXV

TESTIGO DE CRISTO

Todavía el 24 de julio hallábase D. Fidel resentido y convaleciente de la operación sufrida en Madrid. Dispersada la comunidad, le era preciso emigrar del Colegio y refugiarse en la pensión. Con el ánimo un tanto encogido y preocupado por la suerte que pudiera caberle, marcha a la fonda denominada "La Paca", que le era bien conocida por haber estado alojado en ella el primer año de su estancia en Ciudad Real. Acompañóle el mozo del comedor cargado con el equipaje y algunos bultos. Apenas habían andado unos metros por la carretera de Miguelturra hacia la ciudad, cuando tropezó con unos milicianos que hacían la ronda armados de fusil.

-Alto, camarada, la documentación. Que se vea lo que lleva en esos bultos.

Registráronle el maletín donde tenía la ropa blanca y los objetos de aseo, los papeles y libros; después el morral de las excursiones que contenía diversos materiales arqueológicos: hachas, raspadores, cerámicas, etc. Aquellos pedruscos rodaron por el suelo, provocando la natural extrañeza de los analfabetos milicianos que no entendían lo que aquello sería y podría valer. La intervención del mozo del Colegio enseñando a los rojos su carnet sindical puso fin a la escena. D. Fidel y su acompañante metieron de nuevo las cosas en su sitio y prosiguieron el camino hasta la travesía del Instituto.

Tuvo de contertulios en "La Paca" al P. Blas Fernández, D. Juan Herreros, D. Joaquín Feced y D. Felipe Ballesteros, oriundo este último de Manzanares. El Sr. Feced se alejó pronto de aquella pensión por no encontrarse a gusto entre otros elementos que la frecuentaban.

Instalado en la fonda D. Fidel recobró bien pronto su ánimo:

-He traído -decía a sus compañeros- material interesante y suficiente para trabajar.

Los sucesos no tardaron en venir a robarle aquella tranquilidad y aquella euforia. A los tres días se presentó un agente de policía. D. Ismael Sánchez, sobrino de la fondista, y le dijo confidencialmente.

-He visto en la Comisaría un telegrama que viene dirigido a su nombre. Acudirán, pues -añadió-, dentro de poco en busca suya y sufrirá un interrogatorio. Prepare las respuestas que pueda dar. El texto del telegrama es este: "Van tres aficionados a la Historia. Firmado, Alegre." Tiene usted que conocer a esos señores. El telegrama procede de Alcázar de San Juan: No pierda usted tiempo.

Después de escuchar estas declaraciones confidenciales, D. Fidel quedó desconcertado, inquieto, sumido en un mar de cavilaciones. "¿Cómo respondo yo que no conozco a esos señores? ¿Por qué me dirigen a mi el telegrama? ¿Qué declararán ellos por su parte si les someten, como es natural, a un interrogatorio?"

Aun se debatía en estas consideraciones cuando llegaron, efectivamente, dos policías requiriendo a la dueña la presencia de D. Fidel Fuidio.

-¿Es usted el señor Fuidio? -dijole uno de los agentes.

-Para servir a ustedes -respondió el aludido.

-Arréglese usted y venga con nosotros al Gobierno civil porque es menester evacuar una consulta que será cosa de breves momentos.

El interrogatorio ante el gobernador se prolongó más de la cuenta, y al terminar le condujeron al retén donde permaneció hasta las doce del día siguiente.

Le habían hecho una porción de preguntas relativas a su persona. sobre el autor del telegrama y por qué el telegrama se lo dirigían a él. Las contestaciones que dio fueron negativas, ni conocía a esas personas ni sospechaba quiénes pudieran ser.

Sin embargo vió al salir que en otra sala del mismo Gobierno civil se encontraban los cuatro religiosos llegados a Ciudad Real días antes. La presencia de esos Hermanos le dejó más perplejo. También ellos fueron sometidos a interrogatorio sin que, al parecer, llegara a esclarecerse el misterio del telegrama. Al fin un señor, que debía ser jefe de Intervención, dijo al gobernador que él conocía a aquellos señores del Colegio de Madrid. Explicó cómo, en los meses de verano, algunos de los profesores iban a vacaciones, mientras otros se quedaban en la capital hasta que regresaban los primeros. La venida de estos señores a Ciudad Real coincidiría, tal vez, con la ida de otros profesores al Norte. Esta explicación pareció tranquilizar

a la primera autoridad de la provincia y dio orden de dejarlos en libertad.

-Nos han recomendado -dijo D. Fidel al llegar a la fonda al P. Blas- que no salgamos a la calle.

Lo sucedido, con todo, llevó al P. Blas a la persuasión de que la fonda de "La Paca" era demasiado conocida ya por los milicianos y la policía. Estimó prudente buscar un escondite más seguro y se marchó, aconsejando a su compañero y Hermano en religión que hiciera lo mismo.

Tres días después ocurrió, efectivamente, la segunda y última detención del querido D. Fidel. El hecho se produjo de la manera siguiente. Muy de madrugada, serían las tres de la mañana, se presentaron en la pensión dos rojos armados de fusil y pistola, buscando a D. Juan Herrero, capellán del Instituto Popular de la Concepción y depositario de los fondos de la diócesis. Ocupaba este benemérito sacerdote una habitación en el piso superior de la casa. Al subir a ella, dialogar con él en voz alta y bajar después los milicianos, hicieron bastante ruido. Despertóse D. Fidel que dormía en la planta inferior, levantóse algo sobresaltado, y deseoso de saber lo que pasaba, abrió la puerta en el preciso instante en que pasaban por delante de su cuarto las fieras con su presa. Viéronle éstas el crucifijo pendiente de su cuello y, ¡oh nefando crimen!, no fue menester más para que se desatara la furia satánica y blasfema de semejantes energúmenos. Indignados y expeditivos, seguros de que allí tenían otro cura escondido, detuviéronle al punto. Suplicó D. Fidel alegando que hacía tan sólo unos días había estado en el Gobierno civil, donde prestó declaración y garantizaron su personalidad.

-Melodías y engaños -rugió un desmelenado bípedo-. Adelante, adelante.

-Pero si soy profesor del Instituto, si no he intervenido en nada ni jamás me he metido en política. Los catedráticos señores Pinto Bernabeu y Escrich darán fe de lo que digo.

-Vístase en seguida, camarada, y al coche, déjanos de explicaciones que no estamos para escucharlas. Y a estos dos al cementerio, allí los fusilaremos contra la tapia.

Todo forcejeo y argumentación resultó estéril y no sirvió más que para enardecer más los ánimos de aquellas bestias con forma humana.

Ambos presos fueron metidos a empellones en el coche y conducidos, no al paredón, pero sí al Gobierno civil. Aun no les había llegado su hora.

D. Fidel, en la fonda, dejó un recuerdo gratisimo por su carácter sociable y bondadoso, por su sencillez de niño grande y su ánimo siempre levantado. Era uno de esos hombres que se hacen querer de todos y saben hacerse simpáticos en todas partes; que no sospecha de nadie y a quien se le pueden decir las cosas sin que se moleste. No obstante lo grave de la situación se mantuvo optimista y condado, pensando que nada malo podría sobrevenirle a él que a nadie había hecho daño ni perjudicado en lo más mínimo. En aquella casa produjo en todo momento la impresión de ser un religioso ejemplar que se sentía con lento y orgulloso de su condición de marianista.

Al ingresar en el Gobierno civil esta segunda vez encontró detenidos como él a Tres sacerdotes del clero secular, dos Padres jesuitas y dos señores seculares. Formaban un equipo de ocho víctimas dispuestas para la inmolación. Hacia el final del mes de agosto ingresaron algunos más.

El trato que recibieron los prisioneros en la cárcel del gobierno no fue en general tirano, ya que no hubo torturas ni ensañamiento con los presos; pero vivieron, eso sí, en condiciones muy deplorables. Carecían de retrete, comían a cualquier hora y cualquier cosa. dormían sobre el duro suelo. teniendo como almohada si no ladrillos o los tomos encuadernados de la Gaceta de Madrid.

El P. Sánchez Oliva, S. J., y D. Fidel ejercían entre los presos una saludable y consoladora influencia, con sus conversaciones amenas, sus reflexiones espirituales sobre todo, con el ejemplo de una santa conformidad con lo que Dios tuviera a bien enviarles.

Ni lo extraño del lugar, ni la sombría perspectiva que ofrecían los acontecimientos fueron parte a impedir que D. Fidel entretuviera a sus compañeros de infortunio con sus hallazgos prehistóricos, sus proyectos de nuevos descubrimientos, mostrando con su habitual fruición ejemplares típicos encontrados en la región manchega.

Por algún tiempo debió abrigar la esperanza de salir de aquel prolongado encierro, utilizando los buenos oficios e influencias de un amigo que estaba bien situado en el Ministerio de Instrucción Pública. Le escribió, en efecto, pero la respuesta no llegó o debió ser muy diferente de la que esperaba. Ello le llevó a perder poco a poco toda ilusión y el presentimiento de martirio cobraba mayor fuerza de día en día en su ánimo.

Indudablemente, sintió en algunos momentos decaimiento y depresión, pero pronto se reponía y se serenaba. De ordinario, era él quien infundía más ánimo y confianza a los demás. Se le veía pasear con un libro de rezos entregado a una oración fervorosa. En ella es donde encontraba la fuerza necesaria para reaccionar contra los decaimientos obligados de la propia naturaleza y para mantenerse firme en sus convicciones. Recordando a los mártires de Méjico durante la sañuda persecución de Calles, hablaba a menudo de "Cristo Rey" y de que había que hallarse dispuestos a dar la vida por Él. No dudó de que el triunfo sería de las tropas nacionales, como tampoco de que eso mismo acarrearía las consecuencias más funestas para ellos. En alguna circunstancia pronunció estas hermosas palabras: "Si es preciso sacrificar la vida por la causa de la Religión y de la Patria, yo ofrezco mi cabeza gustosamente por ese triunfo." Así era D. Fidel, espontáneo, generoso, el hombre de los ideales elevados, el santo religioso marianista que no vaciló en derramar su sangre y sellar con ella las lecciones que había predicado a sus alumnos.

Un día de bombardeo de la aviación nacional sobre la capital manchega, los guardianes del Gobierno civil, temiendo por sus vidas, huyeron a esconderse como conejos en algún refugio. Varios presos quisieron aprovechar la oportunidad e invitaron a sus compañeros a huir. Ni D. Fidel ni el P. Sánchez Oliva dieron un paso en semejante sentido.

Apareció por la prisión gubernativa cierto día un redactor de Ahora, diario madrileño que, habiendo nacido monárquico al final de la Dictadura, cambió de chaqueta y se hizo republicano moderado, poco después del advenimiento de la República. En la conversación que el periodista tuvo con D. Fidel hizo profesión de su fe sin rodeos de ningún género, declarándose además religioso marianista.

Anotemos este detalle que reviste cierto interés. De los ocho que formaban el primer grupo de prisioneros obtuvieron la libertad tres sacerdotes del clero secular y dos seglares. En cambio, había

tres religiosos y los tres corrieron la misma suerte de ser sacrificados por las hordas.

El ambiente que se respiraba en Ciudad Real durante el mes de octubre era como para enloquecer de espanto y de terror. A medida que los ejércitos de Franco avanzaban victoriosos hacia Madrid, se enfurecía más y más la fiera marxista en toda España, llevándola a cometer mayores atrocidades con los elementos de derechas. En el Comité revolucionario de Ciudad Real abogaron varios por hacer un exterminio general, sin distinciones ni componendas, entre las personas adineradas y católicas.

-Entonces -se atrevió a decir uno de los presentes, que parecía conservar aun algo de mentalidad de hombre- mataremos al 70 por 100 de la población.

Hubo en aquellas sesiones alborotos, gritos, blasfemias, amenazas. rugidos de fiera enjaulada. Se multiplicaron los registros domiciliarios, hubo nuevas redadas, colmaron las cárceles, los tribunales populares funcionaron noche y día.

Un policía que asistió al interrogatorio que sufrió D. Fidel por aquellos días, declaró: "Salió bien librado ante el Gobierno civil, también del Tribunal del Frente Popular y aun de las milicias; pero temiendo que en aquellos días de excitación cometieran con él "una barbaridad", como en otros casos parecidos, le aconsejamos que, para mayor seguridad, continuara por algunos días más en el Gobierno civil, en vez de volver a la pensión. Nosotros mismos le indicaríamos cuándo debía marcharse."

Pero, ¡altos designios de Dios! Su suerte estaba fijada. Debía ser inmolado como víctima propiciatoria. Y así sucedió. A viva fuerza -la autoridad gubernativa era pura ficción desde hacía tiempo arrancáronle de aquella casa las milicias y se lo llevaron. ¿A dónde? A la checa, antes Seminario Conciliar. Y quienes allí entraban bien podían considerarse sentenciados, pues no tenían otra salida que la ejecución en corto plazo.

Acontecía esto el día 15 de octubre, fecha en que la Santa Madre Iglesia conmemora la fiesta de Santa Teresa, la excelsa española que todo lo hizo y lo sufrió gozosamente por amor a su Jesús.

Si hemos de dar crédito a la esposa de una de las víctimas inmoladas, el martirio tuvo lugar en la fatídica noche del 16 de

octubre. Para fijar esta fecha tenemos también el testimonio de la sirvienta de la pensión que les llevaba la comida todos los días. Cuando al ir el 17 a la cárcel para llenar su cometido, la muchacha recibió de los carceleros esta contestación: "Ha sido trasladado a otro lugar", y le entregaron unas manías con un colchón propiedad de la fondista. De suyo era aquél indicio bien claro de lo que había ocurrido.

Cuatro fueron, al parecer, los sacados en aquella ocasión: D. Miguel Pintado, seglar; D. Juan Herrero, sacerdote; D. Francisco Fernández, beneficiado de la catedral, y D. Fidel Fuidio. En un viejo camión condujéronlos hasta el cercano pueblo de Carrión, y en un descampado hiciéronles bajar vendándoles los ojos. A una señal dada por el cabecilla resonaron en el espacio las secas descargas de los fusiles y simultáneamente dieron en tierra los cuerpos exánimes de los confesores de la fe.

De la terrible escena fueron testigos mudos tan solo la luna y las estrellas que brillaban en el cielo límpido de una noche otoñal. Este hecho produciría en nosotros verdaderos escalofríos si no tuviéramos el ánimo un tanto insensibilizado por relatos de viles asesinatos cometidos de día y de noche, junto a una tapia, en un barco, en una cárcel. ¿No se derramaron por Dios y por España ríos de sangre en el ámbito nacional por aquellos meses? No podía faltar la de los religiosos marianistas. Semanas antes y semanas después de D. Fidel fueron inmolados en Ciudad Real, D. Carlos Eraña, D. Mauricio Fernández, D. Leonardo Garay, D. Jesús Hita, D. Cecilio Palacios, D. Jaime Rosas y D. Eleuterio Tamayo. En Madrid, D. Cayo Elegre, D. Florencio Arnáiz, D. Sahino Ayastuy, P. Miguel Leibar, D. Joaquín Ochoa y D. Juan Vergareche. En Andújar (Córdoba), D. Bonifacio de la Fuente.

¿Cómo murió el querido D. Fidel? Sintió en su vida anhelos de gloria y el Señor le concedió la más alta y preciada del martirio. Bien puede afirmarse que acudió al martirio sereno, con su característica sonrisa en el rostro y perdonando a sus enemigos.

¿Qué fue de su cadáver? Por lo sucedido con otros prisioneros ejecutados en Carrión, podemos presumir que iría a engrosar el crecido número de los que habían sido arrojados a un profundo pozo o noria abandonada en las proximidades del pueblo. En unión de los varios cientos de mártires que yacen en las profundidades de la sima, espera el día de su resurrección gloriosa.

EPÍLOGO

Henos al final de este modesto trabajo. Nos daremos por muy satisfechos si, como fue nuestro propósito al empezarlo, los educadores que lo lean se sienten estimulados en su meritoria labor docente con el alto ejemplo de un profesor religioso que dejó a los quejumbrosos con sus lamentaciones, a los hastiados con su escepticismo, a los descontentos con sus recriminaciones porque llevaba en su corazón siempre viva la llama del entusiasmo y acertó a convertir la dura cotidiana brega de la enseñanza en tarea gozosa y simpática para si y para sus discípulos.

Su nombre aparece hoy esculpido en lápidas de mármol que penden de los muros de aquellos colegios en los que gastó sus energías: Jerez, Cádiz, Madrid y Ciudad Real. La Sociedad de Antropología de Madrid, de la que era socio, le incluyó también en la lista de sus mártires.

Pero lo que más importa es que su nombre quedó grabado para siempre en el libro de la vida, junto a los bienaventurados, así lo esperamos, que cantan en el Cielo las glorias del Altísimo y figuran en el cortejo de los confesores de la fe.

Hace unos años se comenzó el proceso de los mártires marianistas inmolados durante la Cruzada nacional. Dejemos que los Tribunales eclesiásticos realicen sus tareas informativas y que la Iglesia dé un día su fallo definitivo.

Cúmplenos cerrar esta Reseña biográfica con la hermosa semblanza que un día dedicó a su admirado maestro D. Fidel, en el "Boletín de los Antiguos alumnos de Madrid", noviembre de 1950, Jaime de Foxá, uno de sus aventajados discípulos:

"Todos los Antiguos le recordamos siempre: bajo, moreno, fuerte, con una barba negra y unos ojos vivos; curtido como si del campo viniera, musculado como si dedicara al deporte sus jornadas enteras.

"D. Fidel no era el profesor; era el mayor en clase. El que más entusiasmo ponía en cada tarea, el que con más voluntad acometía todas las actividades, el que más gozaba contando sus éxitos y sus luchas. El que se dedicaba a todo y en todo ponía el alma con calor de mocedad. Del mismo modo se ilusionaba cantando en la capilla

sus Salves a la Virgen, que buscando puntas de flecha por la pradera de San Isidro o trepando a los palos en el gimnasio. No conocía el desinterés o la abulia. Cuanto emprendía merecía el máximo calor y el mayor esfuerzo, y se envanecía por igual cuando en leal competencia con D. Melquiades conseguía una buena fotografía, que cuando lograba hacer diez flexiones seguidas sobre una sola pierna, asombrando nuestra endeble fortaleza de los doce años.

“En los veranos, trepaba, allá por los riscos de El Royo, en la tierra de Soria, buscando viejos “castros” ibéricos o monedas romanas. Durante el curso, cuando no había clase, marchaba hacia los campos sembrados cercanos a Madrid, para volver con los bolsillos llenos de pedernal y raspadores cuaternarios.

“Y cada vez que se encontraba a un conocido, sacaba de los rincones de su levita pedruscos y fragmentos de arcilla cocida, que él mismo ponderaba con frases contundentes: “Es un trozo de vasija de la cultura de Almería, ¡extraordinario! Vea usted ahora este hacha de fibrolita, es neolítica, única en su estilo.”

“Porque D. Fidel tenía un único e ingenuo pecado en su conciencia de niño fuerte y entusiasta. Tenía la deliciosa vanidad de sus hallazgos y de sus investigaciones; se sentía feliz -arrolladoramente feliz- cuando mostraba el fruto de sus caminatas y dibujaba a pluma en todas las posturas, las rascas de sílex que constituían su tesoro más rico.

“Pero además, gustaba de cantar, con voz navarra -voz viril de jotas y canciones-, suaves endechas a la Madre de Dios, y se complacía haciendo que su interlocutor comprobara el vigor de su brazo, palpando el bíceps de coloso, bajo la tela negra.

“Todas sus aficiones, todos sus orgullos eran limpios, como los sueños de los niños. Tenía alma de muchacho ilusionado, de adolescente sin temor al fracaso, de héroe infantil.

“Cuanto lo intentó en su vida, lo logró plenamente, o creyó conseguirlo; de ahí lo admirable de ese mínimo pecadillo de vanidad que le impulsaba a ser el mejor en cada esfuerzo, y el más capacitado para cada cosa.

“Los que le conocimos y admiramos, estamos seguros de que en su última hora -en ese minuto para tantos trágico y para él

sublime- deseó y quiso morir con el decoro máximo y las más altas ambiciones de cielo.

“D. Fidel llegaría al martirio -nos lo figuramos- con la cabeza alta, el corazón desprovisto de rencor para sus matadores y una resuelta decisión de bien morir.

“Recordaría en el postrer instante sus andanzas estudiosas por la tierra de España que amó tanto; la capilla silenciosa de. su Colegio querido, aquella imagen del Pilar cuyas virtudes excelsas cantara, endulzando su voz ribereña del Ebro.

“Alguien, cuando supimos la noticia, comentó dolorosamente: “Una revolución que ha sido capaz de asesinar a un hombre como D. Fidel, está calificada.” Y tena razón. No puede concebirse cómo nadie que no fuera portador de diabólicos mensajes, podía sentir el rencor más leve hacia quien sólo dedicaba su vida a los altos menesteres, a ingenuas aficiones y al ejercicio de las más elevadas misiones de la tierra: las de la enseñanza y las del servicio de Dios.

“D. Fidel tampoco comprendería aquel odio que le abría las puertas de la Gloria, pero aceptaría con júbilo su criminal mandato, y sonreiría con aquella risa de dientes blancos, entre el negro, ya cano, de su barba.

Para él aquello no era el fin, sino el principio de una felicidad eterna... y recordaría la Virgen de su Colegio y sus Salves en la capilla, y tendría para sus enemigos la frase de postrer perdón.

“Porque D. Fidel, que en todo quería ser el mejor, lo fue con toda seguridad también cuando comprendió que su alma de investigador, de maestro y de religioso, iba por fin a ascender al gran templo celeste para seguir cantando con voz de elegido sus Salves y sus rezos a la Madre de Dios.”

*Madrid, 2 de octubre de 1953, festividad de los Santos
Ángeles Custodios.*

ÍNDICE

Prologo	3
Introducción	6
Capítulo I. Los marianistas en la capital alavesa	14
Capítulo II. Nacimiento y primera educacion de fidel	18
Capítulo III. Postulante marianista	23
Capítulo IV. La prueba del noviciado	28
Capítulo V. Preparándose para el apostolado docente	35
Capítulo VI. El colegio de San Juan Bautista de Jerez de la Frontera primer campo de apostolado	41
Capítulo VII. En el colegio de San Felipe Neri en Cadiz	49
Capítulo VIII. Prosigue D. Fidel sus tareas docentes en Cadiz	57
Capítulo IX. Estudiante universitario	62
Capítulo X. En el colegio de Nuestra Señora del Pilar de Madrid	68
Capítulo XI. Regimen interno del Colegio del Pilar	76
Capítulo XII. Profesor de historia en el Colegio de Nuestra Señora del Pilar de Madrid	84
Capítulo XIII. D. Fidel y las excursiones escolares de carácter cultural	93
Capítulo XIV. Acción educadora de D. Fidel	99
Capítulo XV. Por qué y cómo D. Fidel se aficionó a la prehistoria	107
Capítulo XVI. Entregado a la prehistoria.- sus descubrimientos arqueologicos	111
Capítulo XVII. La carietania romana. otros campos de exploracion	118
Capítulo XVIII. Profesor de educacion física	122
Capítulo XIX. Las aficiones artisticas de D. Fidel	127
Capítulo XX. Notas mas salientes de su caracter	133
Capítulo XXI. El religioso marianista	140
Capítulo XXII. Es trasladado a ciudad real	148
Capítulo XXIII. Los últimos años de apostolado	152
Capítulo XXIV. La revolucion de julio en ciudad real	157
Capítulo XXV. Testigo de cristo	168
Epílogo	175